El trayecto a Moria

Ken Wade



La historia desconocida de cómo Abrahán se convirtió en el amigo de Dios

Ken Wade



Título original: *Journey to Moriah.* Nampa, Idaho: Pacific Press Publishing Association. 2004.
Traducción: Alvin Maya Aguilera
Diseño: Estela Hayasaka Reyes
Fotografía de tapas: Photo Stock

Editado por:
GEMA EDITORES
Ediciones Enfoque, A. R.
Dirección Editorial
Uxmal 431-2
Col. Narvarte C. P. 03020
Del. Benito Juárez
México, D. F.

A menos que se indique, todos los textos bíblicos son de la Santa Biblia Nueva Versión Internacional, publicada por la Sociedad Bíblica Internacional © 1999.

Primera edición, diciembre de 2005.

Impreso en México

ÍNDICE

(h r i a

Este libro está dedicado a todos aquellos quienes, como Abrahán, iniciaron un viaje para conocer a Dios, y se han detenido para preguntarse si, por alguna razón, tomaron el camino equivocado.

INTRODUCCIÓN

Sobre la historia antigua y los viajes modernos

Escribir este libro ha sido un trayecto para mí. Prediqué y escribí sobre Abrahán durante la década de los ochenta; así comencé el manuscrito que se convirtió en el presente libro. Retomarlo veinte años después a petición del editor de contribuciones Tim Lale de la Pacific Press fue, a su manera, otro trayecto, y me reveló que mi comprensión de Dios y su guía no se habían estancado, mientras que mi viejo manuscrito estaba cubierto de polvo.

La historia de Abrahán ha sido una luz guiadora de mi vida desde los primeros días de mi trayecto espiritual –pero no siempre de manera positiva, pues entendí a veces las cosas al revés. Los relatos deben leerse hacia delante. No me gusta echar vistazos al último capítulo de un libro para saber cómo termina. Para que una historia surta el mejor efecto, necesita desenvolverse página por página y, asimismo, todo trayecto debe avanzar. Existe una razón por la cual no podemos ver el futuro: necesitamos vivir un día a la vez, y aprender nuestras lecciones una por una. No fue sino hasta que logré percibir la vida de Abrahán como un viaje hacia un cierto lugar, desconocido para él pero no para nosotros, gracias a incontables narraciones, que el verdadero significado de la historia de su vida estuvo claro.

Por favor, acompáñeme en una travesía junto con Abrahán hacia el monte Moria. Intentaremos verlo a través de sus ojos, para que aprendamos lo mismo que él mientras avanzaba. La vida es un trayecto, y es mejor en la medida en que nuestra sabiduría se incrementa durante el mismo. Al final, si podemos confiar en Dios tanto como lo hizo Abrahán, el propósito de narrar su historia se cumplirá.

Durante la primera parte de nuestro viaje, nos adentraremos extensivamente en el contexto histórico, religioso y social de la vida de Abrahán. Si le interesa tener información más detallada acer-

ca del trasfondo histórico de la historia, en particular la línea temporal de la Biblia basada en las genealogías de acuerdo con la arqueología, tome un momento para leer el breve apéndice histórico al final del libro antes de comenzar a leer el primer capítulo. Una nota más antes de comenzar: por mera simplicidad, decidí usar los nombres *Abrahán* y *Sara* durante toda la obra, aunque no dejarán de llamarse *Abram* y *Saray** sino hasta cumplir los noventa años de edad.

CAPÍTULO UNO

El Dios de Abrahán

" Así dice el SEÑOR, Dios de Israel:'Hace mucho tiempo, sus antepasados, Téraj y sus hijos Abraham y Najor, vivían al otro lado del río Eufrates, y adoraban a otros dioses' "
(Josué 24:2).

En el comienzo de mi recorrido espiritual, me fascinó particularmente una parte del viaje de Abrahán: el final, o el Akedah, como se le llama; es decir, el ofrecimiento de Isaac. Estaba claro el significado. Dios quería que yo renunciara voluntariamente a lo que mi corazón más apreciara.

Luché con esta idea, buscando siempre cumplirla igual que lo hiciera Abrahán. Su historia me advertía constantemente que no me encariñara demasiado con ninguna cosa, temiendo que Dios me pidiera después que renunciara a ella. Comencé a ayunar. Dejé de comer postre. Ya no me interesaba ser popular o famoso. En un momento particularmente doloroso, intentando estar en completa armonía con la voluntad de Dios, me convencí de que tenía que dejar de cortejar a mi prometida -¡después de todo, ella era lo más preciado para mí, así que Dios seguramente querría que yo la abandonara! Afortunadamente, cristianos más experimentados me ayudaron a ver que eso no era necesariamente el plan divino, y he estado felizmente casado por más de treinta años.

Creo que me había obsesionado con el Akedah. Pensaba que la única manera en que podía probar que Dios era lo primero en mi vida era permitiéndole (o, más bien, *obligándole a)* quitarme todo lo que yo más deseaba. Si me hubiera criado en la religión católica romana, probablemente me habría hecho monje.

Ahora, años después, veo que me había equivocado -había comprendido mal a Dios, prestando tanta atención a una sola parte de la historia de Abrahán, que no veía el viaje como un todo. Para mí, el mensaje era que Dios se llevaba nuestras cosas. Por alguna

razón, pasé completamente por alto el meollo del asunto, el cual fuera expresado por el mismo Abrahán: "Dios *proveerá".*

Vale !a pena reflexionar en la historia del ofrecimiento de Isaac. Es uno de los relatos más poderosos de la Biblia, y presagia el sacrificio del propio Hijo de Dios para la salvación del mundo. Puede infundir el valor necesario para continuar sin importar cuán empinado sea el camino. Puede darnos la fe para confiar nuestro futuro a Dios. Pero no tiene el propósito de darle a un peregrino principiante un patrón a seguir. Sucedió al final del viaje de Abrahán. Fue un examen final, justo antes de la graduación -no un ejercicio del primer día de clases. Para cuando el viejo Abrahán llegó al monte Moria, Dios lo había tenido como alumno por más de un siglo. Abrahán aprobó, y también falló miles de pruebas y pequeños exámenes anteriores -todo era parte de su preparación para el gran momento en el Moria. Bien, vamos atrás, al comienzo de la vida de Abrahán, y sigámoslo paso a paso mientras aprende a caminar con Dios.

Los dioses de la tierra

Abrahán fue criado a la sombra misma de los lugares sagrados por excelencia de las religiones antiguas. El gran ziguraLde Ur en el sur de Mesopotamia (el actual Irak) era el centro del culto al dios lunar, conocido como Nanna cuando la luna estaba llena; Sin, cuando había cuarto creciente; y Asimbabbar, cuando la luna nueva era sólo un trozo del cielo occidental después del ocaso.

El zigurat medía 46 por 61 metros en la base y crecía en grupos de tres hasta llegar a los veintiún o veinticuatro metros de altura. Estaba construido con ladrillos de barro hechos a mano -aquellos colocados al centro eran secados al sol, y en la superficie, los que se habían cocido en el horno y sellado con betún. Ninguno de los ladrillos medía más de 38 centímetros de largo y, si hacemos los cálculos, sabremos que las personas que construyeron el zigurat tuvieron que hacer millones de ladrillos. Obviamente, para ellos el adorar a sus dioses era muy importante.

El arqueólogo André Parrot explica que

> el zigurat forma un pedestal diseñado para facilitar el descenso de los dios es a la tierra. Ningún dolor era excusa para no edificar un lugar digno del visitante celestial. En la cima de la torre, se encontraba un templo de bienvenida, y un segundo adoratorio [ubicado] en la planta baja alojaba al dios durante sestadía. Ambos lugares estaban conectados mediante escaleras cuya extensión subía y bajaba y que formaba, como tal, una línea permanente de comunicación entre el cielo y la tierra.[1]

¡Vaya! Se parece un poco al sueño que tuvo Jacob, el nieto de Abrahán, ¿verdad? (Véase Génesis 26). ¿Cree que cuando Jacob soñó con una "escalera" al cielo, lo que en realidad vio en su mente fue un zigurat? Sé que no es así como lo muestran los libros de relatos bíblicos para niños, pero siempre me ha servido esta imagen para visualizar las historias de la Biblia en su contexto original, en lugar de asumir que las personas que vivieron hace cuatro mil años veían las cosas como yo. La palabra traducida como *escalera* igualmente puede ser una *escalinata.* Una cosa es segura: ¡Jacob no soñó con una escalera extensible de aluminio como la que yo tengo en mi cochera!

¿Cómo supone que Ja gente que vivió donde creció Abrahán se imaginaba a sus dioses? Recuerde, estamos hablando de una época treinta y cinco siglos antes de que Miguel Ángel decorara el techo de la Capilla Sixtina con la pintura de un anciano y barbado Dios que le extiende su mano a Adán. El concepto de Dios que Abrahán tenía en mente en el comienzo de su viaje no era como nosotros lo imaginamos hoy. Cuando Abrahán partió en su búsqueda, tenía mucho qué aprender -y también olvidar- en el camino.

Para empezar, no conocía el nombre de Dios como *Yahweh, Jehová* o el *SEÑOR.* Eso nos queda muy claro en Éxodo 6:2, 3: "En otra ocasión, Dios habló con Moisés y le dijo: 'Yo soy el SEÑOR. Me aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob bajo el nombre de Dios Todopoderoso, pero no les revelé mi verdadero nombre, que es el SEÑOR *¡Jehová* o *Yahweh]'".* Los eruditos de la Biblia han señalado que ninguno de los primeros patriarcas tenía algún nombre que incorporara el de *Yahweh/Jehová* (como "Ye/?osaphat", *"Yehoram"*

y "Ye/7C>shiia"-Josué). Nombres como éstos no aparecen sino hasta la época del Éxodo.

Por supuesto, si leemos la historia de Abrahán en el Génesis, encontraremos el nombre del SEÑOR mencionado varias veces. Génesis 12:8 inclusive dice que Abrahán construyó un altar al SEÑOR e "invocó su nombre". El texto original en hebreo dice que invocó el nombre de Yahweh. Más adelante, inclusive bautiza un cierto lugar como "El SEÑOR provee" (generalmente referido como "Jehová-Jireh", véase Génesis 22).

¿Cómo podemos manejar esta contradicción aparente? Si el Éxodo dice que Dios no le reveló su nombre Yahweh/Jehová a Abrahán, entonces, ¿cómo es que el patriarca pudo dar su nombre a Jehová-Jireh?

Al parecer, esta es la obra de un cronista posterior que llenó ciertos vacíos con información que no estaba disponible en el momento en que sucedieron los eventos. Cuando Moisés escribió el Génesis, entendió que Abrahán se habría comunicado con el mismo SEÑOR en todo momento y, cuando fue su turno de contar la historia, escribió el nombre correcto para Dios -aunque Abrahán le llamaba por otros nombres, como "Dios altísimo" *(El Elyon*), o "Dios Todopoderoso" *(El Shaddai)*- apelativo con el cual el mismo SEÑOR se presentó en Génesis 17. Abrahán probablemente usó el nombre *El-Jireh* para el lugar mencionado en Génesis 22, pero las generaciones posteriores lo conocieron como *Jehová-Jireh.* Leer la historia de Abrahán y notar los diferentes nombres empleados para identificar a Dios es un estudio muy interesante. Parece claro que el proceso de llegar a conocerlo incluía el uso de diferentes nombres.

I. C) La Biblia también hace muy claro el hecho de que Abrahán fuera un producto de su ambiente politeísta. Por alguna razón, cuando yo era más joven, tenía la impresión de que Abrahán había sido criado en un hogar religioso, donde la conciencia del Dios verdadero de Israel había permanecido, y nadie miraba ídolos ni adoraba otros dioses. Pero eso no es bíblico. Años después, Josué recordó al Señor cuando éste dijo, "...sus antepasados, Téraj y sus hijos Abraham y Najor, vivían al otro lado del río Éufrates, y adoraban a otros dioses" (Josué 24:2).

Enfrentémoslo: para realmente comprender la historia de

Abrahán y sus experiencias, quizá tengamos que abandonar algunas de nuestras ideas preconcebidas. Necesitamos intentar ver el mundo como él.

Nanna, el dios lunar

Para empezar, podemos asumir sin problemas que una de las deidades veneradas porTéraj y su familia era la luna, simbolizada por la figura masculina de Nanna. Pero, para ver la luna como ellos, necesitamos borrar muchas imágenes de nuestra cabeza. Cuando ellos miraban al cielo nocturno, no veían una tremenda esfera de roca girando alrededor de la Tierra, atraída por la gravedad del mismo planeta donde vivían. No, lo que ellos veían era una mística fuente de luz en el cielo, como ninguna otra. Una fuente que menguaba, crecía y regularmente desaparecía en su totalidad, solamente para reaparecer y volver a crecer. Aunque, algunas veces, cuando estaba en su punto de mayor fuerza, era atacada -parcial o completamente devorada por algún poder misterioso y obviamente maligno. Lo que nosotros vemos como un eclipse, a ellos les parecía un grupo de demonios atacando a su dios. En algunas ciudades sumerias los sacerdotes hacían sonar un gran tambor, de casi dos metros de diámetro, durante un eclipse, para espantar a los agresores.

— Cuando Nanna crecía, perseguía al dios solar (conocido como Utu) a través del cielo, sus carrozas marchando a toda prisa desde un horizonte hasta el otro, tirados por inmensos, invisibles e incansables asnos o bueyes. En cuanto alcanzaba su mayor tamaño, Nanna reclamaba el horizonte oriental para sí, en el preciso momento en que Utu se hundía lentamente bajo tierra en el oeste. Entonces, por una noche gloriosa y triunfante cada mes, Nanna gobernaba como el supremo, recorriendo majestuosamente todo el cielo, el único señor del cielo y la tierra, igual a un vaquero entre su rebaño de estrellas.

Pero, la noche siguiente, Nanna llegaba tarde al escenario, y dejaba a la Tierra oscura y sin luna por casi una hora. A partir de ese momento, cada noche aparecía más tarde, débil y de menor tamaño, ahora huyendo para salvar su vida de las manos de Utu,

que venía persiguiéndolo. Finalmente, perdía la carrera de carruajes en el cielo, y desaparecía una vez más, dirigiéndose al inframundo junto con Utu. Generalmente Nanna estaba totalmente ausente del cielo durante tres noches. Durante ese tiempo, los sacerdotes de Ur llevaban a cabo ceremonias religiosas especiales en el zigurat, tratando de asegurarse de que el dios patrono de su ciudad recuperara la fuerza para volver del otro mundo.

En la cuarta noche, los sacerdotes esperaban ansiosamente, observando cómo Utu se hundía debajo del horizonte. Lo miraban atentamente, preguntándose si Nanna había sobrevivido y volvería. Entonces, en el momento justo en que se desvanecía la luz del día, sin falta, mes tras mes, año tras año, siglo tras siglo, desde sus posiciones en la azoteas de los zigurat edificados a través de las amplias y lisas planicies de Mesopotamia, los sacerdotes contemplaban la señal de Nanna que aparecía en el cielo, tal vez media hora después de que el sol se había marchado al inframundo. Esa primera noche se veía simplemente un fugaz halo de luz -pero que indicaba la presencia del dios: la forma creciente de los cuernos de un toro. Sí, Nanna, su gran toro, su protector celestial, aún vivía. Había regresado, después de convivir con Utu y los demás dioses en otro mundo, sujetos todos a juicio por sus obras mientras permanecieron en la Tierra.

Nanna y Utu no eran los únicos dioses que Abrahán y su familia conocían. Enki,/el dios del agua, fluía a través de los ríos Tigris y Eufrates y sus canales, dándole vida al subsuelo y a los peces, para alimentar a los que habitaban la tierra cuyas fronteras definían ambos ríos. Enki era un dios sabio y generalmente bondadoso, conocido por su habilidad para modificar las maquinaciones de otros dioses de manera que también beneficiaran a los humanos. Al igual que el agua que hoy intentamos limitar mediante las presas, Enki se las arreglaba para superar cualquier obstáculo que se encontraba en el camino.

Pero aun para un dios tan maduro, la vida no siempre resultaba fácil. Algunas veces (en la primavera) fluía con mucha fuerza pero, al igual que Nanna, se hacía más delgado hasta virtualmente desaparecer (en el otoño). Afortunadamente, casi siempre contaba con la ayuda del gran dios del viento Enlil, y el dios de

las tormentas, Ishkur, para que hicieran volver a las lluvias primaverales y le dieran fortaleza de nuevo. Así, a comienzos del año, I nki hacía equipo con Nanna para provocar las inundaciones de la primavera y sus acompañantes cardúmenes de carpas que alimentarían a la gente de Ur.

Si observamos esto desde nuestra perspectiva, hoy, veremos que el desbordamiento de agua desde las montañas en la primavera (oincidía con una marea especialmente fuerte por causa de la luna, y que ambos eventos generalmente sucedían cuando las carpas, que pasaban la mayor parte del invierno en un estado de semi-hibernación en el fondo del río, despertaban para efectuar un recorrido matutino. Los antiguos, sin embargo, no contaban con imágenes tomadas por satélites que les revelaran lo que ocurría en la cabecera del Eufrates en Turquía. Habían escuchado que los dos grandes ríos de Mesopotamia se originaban en las cuencas vacías de los ojos de la diosa muerta Tiamat. Tampoco podían entender la ley de la gravedad, que causa las mareas. Cuando las carpas volvían a su lugar de reposo en el fondo del río para pasar el invierno, básicamente desaparecían del mundo de los pescadores. Si los peces aparecían de nuevo en la primavera cuando tanto Nanna como Enki contaban con sus mayores fuerzas, ¡entonces los dioses eran quienes debían recibir el crédito! En una canción antigua, Enki proclama:

Cuando estoy cerca del cielo las lluvias de la abundancia
caen desde las alturas,
cuando estoy cerca del suelo, el flujo de carpas
llega a su mayor altura,
cuando estoy cerca de los campos amarillos,
a mi orden, son cosechadas las pilas de grano.[2]

En el mundo como lo conoció Abrahán, casi tod$ lo que sucedía en la naturaleza tenía una causa divina. Cuando lanolinas y los valles se volvían verdes en la primavera y castaños en el verano, no era la razón el movimiento de áreas de alta y baja presión que atravesaban el Atlántico Norte, ni los diferentes patrones en el flujo de las corrientes marítimas. Todo era verde en la primavera

debido a que Dumuzi (que posteriormente sería conocido como Tammuz, según Ezequiel 8:14), el dios de la fertilidad y la vegetación, había sido liberado de su prisión en el inframundo, lugar donde permanecía durante la mayor parte del año. Las tormentas eléctricas que se formaban en las cimas de las distantes montañas no eran el resultado de la humedad que se condensaba en el aire a medida que ascendía y se enfriaba. Era el dios de la tormenta, que hacía la guerra en contra del dios de la montaña, disparándose flechas encendidas y bramando como un toro, o rugiendo como un león. Los ríos que se veían rojos debido al fango después de una tormenta, estaban llenos de la sangre derramada en el combate.

No podemos saber con seguridad cuántas ¡deas absorbió Abrahán de dicha mitología politeísta. Tampoco podemos afirmar cuán profundamente se le había comunicado el origen de la Tierra de acuerdo con Noé. Todo lo que sabemos es que, en la época de Téraj, el padre de Abrahán, la visión que tenía la humanidad del Dios Creador era muy confusa. Y Dios quería hacer algo al respecto.

Los estudiosos han analizado el pensamiento religioso revelado en una multitud de tablillas de barro descubiertas en Mesopotamia. Le atribuyen el desarrollo de la concepción de un dios personal a dicha parte del mundo. De hecho, la idea de que un gran dios hizo amistad con un individuo aparece por primera vez en el área misma donde vivió Abrahán, y procede de la misma época. ¿Acaso no es fascinante? Seguramente Noé y sus hijos sabían que Dios se preocupaba por cada uno de ellos individualmente, pero esa idea estuvo perdida para la humanidad durante muchos años. Se necesitó que Abrahán la redescubriera.

Así pues, ¿cómo es que Dios estableció contacto con Abrahán? Tal es el tema de la historia del trayecto a Moria.

Referencia^

'André Parrot, *Summer: The Dawn of Art* (Nueva York: Golden Press, 1961), p. 201.

3Thorkjld Jacobsen, *The Treasures of Darkness* (New Haven: Yale University Press, 1976), p. 110.

CAPÍTULO DOS

El primer contacto

"Téraj salió de Ur de los caldeos rumbo a Canaán. Se fue con su hijo Abram, su nieto Lot y su nuera Saray, la esposa de Abram. Sin embargo, al llegar a la ciudad de Jarán, se quedaron a vivir en aquel lugar " (Génesis 17:31).

¿Cómo empezó todo -el viaje que llevaría a Abrahán hasta la cima de una de las montañas espirituales más altas que han existido?

Muchas personas cuentan esta historia, y las he escuchado, de manera que Abrahán aparece dispuesto y lleno de fe desde el principio. Lo imaginan en Ur, arrodillado e invocando el nombre del Señor entre los balbuceos de los idólatras paganos. Cuentan cómo se decidió con firmeza a llevarse a su familia lejos de todo ello -y así responder al llamado de Dios e ir a Canaán. El problema es que la Biblia no cuenta así la historia; me parece que deberíamos dejarle hablar por sí misma y, por lo tanto, eso haremos. Contemplaremos la historia de Abrahán tal y como la relata el Génesis, utilizando referencias adicionales y fuentes externas que puedan aclarar ciertos puntos y ayudarnos a comprenderla mejor.

Génesis 11:31 dice: "Téraj salió de Ur de los caldeos rumbo a Canaán. Se fue con su hijo Abram, su nieto Lot y su nuera Saray, la esposa de Abram. Sin embargo, al llegar a la ciudad de Jarán, se quedaron a vivir en aquel lugar". No está claro hasta dónde Abrahán tuvo que ver en esta decisión. Cuando el diácono Esteban relata la historia (en Hechos 7), la respuesta de Abrahán al llamado de Dios en Ur está implícita, lo cual nos indica una reflexión posterior de su viaje. Pero el Génesis, la fuente original de láfhistoria, no menciona en absoluto que Abrahán escuchara a Dios. Fue Téraj quien planeó el movimiento. Hasta donde sabemos, su hijo simplemente apoyó lo que su clan estaba haciendo. En aquel tiempo, aún más que ahora, era importante permanecer siempre con la familia. Las familias estaban unidas por lazos muy fuertes y bajo el control

del hombre de mayor edad. La libertad individual no era tan valorada como la unión familiar y la prosperidad de la misma.

Muy probablemente, la familia de Téraj se dedicaba al comercio de importación y exportación. Ur estaba convenientemente situada para esto, al igual que Jarán, como se mostrará más adelante.; Ur era el puerto principal donde paraban las embarcaciones que se dirigían río arriba por el Eufrates desde el Golfo Pérsico.

Los patriarcas de la ciudad habían hecho todo lo posible para facilitar el comercio. Una vez, tuve la oportunidad de contemplar una pintura sobre cómo se veía Ur en su mejor época. Lo que más me asombró fue el hecho de que no estuviera construida exactamente de manera adyacente al Éufrates; más bien, contaba con canales suficientemente profundos como para permitir el paso de barcos, que la conectaban con el río. Un canal atravesaba la muralla de la parte oeste, para que las embarcaciones pasaran por toda la ciudad y anclaran en alguno de los dos puertos seguros del interior (debo mencionar que la interpretación de Ur plasmada en dicha pintura es más bien especulativa. Los bosquejos de otros arqueólogos no llegan al punto de indicar puertos interiores, sino que dejan las áreas en blanco).

No cabe duda, Ur era un centro comercial muy importante. Creo que podríamos decir tranquilamente que fue la Nueva York de su época. La población probablemente alcanzaba las treinta mil personas, lo cual la convertía en una metrópoli gigantesca en esos días. Seguramente había bulliciosos mercados, donde las mercancías recibidas del sur podían intercambiarse por productos procedentes del norte.

Antes del nacimiento de Abrahán, en la época de la tercera dinastía de Ur, se habían establecido rutas terrestres y fluviales de comercio seguro a lo largo de todo el Éufrates hasta el centro de Turquía y luego al norte; los barcos que zarpaban en Ur viajaban poco más de mil kilómetros hacia el sur, a un lugar llamado Magán (hoy Omán) en la desembocadura del Golfo Pérsico. Magán servía como punto de cambio y traslado de mercancías que procedieran de la civilización del Harappa o se dirigieran hacia allá, a otros mil kilómetros de distancia por el río Indo en el moderno Pakistán.

Los productos que venían del sur incluían polvo de cobre y

estaño para elaborar bronce, piedras de diorita para esculpir estatuas, perlas del golfo, madera, oro; y hermosas gemas de lapislázuli de las minas de Afganistán, enviadas desde las ciudades del I larappa (Afganistán era también rico en estaño). A cambio de dichas mercancías, los mercaderes mesopotámicos tambiénjzomerciaban con lana, paño, plata, cobre, grasas, resina y granos. \

Los registros encontrados dentro de los templos indican que, durante los años previos al viaje de Téraj y su familia hacia el norte, el comercio era controlado por los sacerdotes. En aquellos días, los lemplos hacían las veces de bancos, además de ser lugares de adoración. En las ruinas del santuario de Ur, se han encontrado recibos de diezmos. Cuando los granjeros, pescadores y mercaderes de la ciudad llegaban con sus mercancías para vender, los sacerdotes eran los primeros en recibir una parte de las ganancias. Los diezmos se guardaban dentro del templo y se usaban como capital para financiar las expediciones hechas por el río y alrededor del golfo, además de otras labores comerciales. ¡Una tablilla revela que los sacerdotes llegaron a tener hasta 40,000 ovejas en sus terrenos!

Claro que las fortunas amasadas por los establecimientos religiosos tendían a levantarse y caer según la prosperidad política de la ciudad. Después de ser arrasada por los saqueadores amontas y los guerreros elamitas durante los primeros años de vida de Téraj, tanto los sacerdotes como su dios fueron hechos responsables. ¿Por qué cayó un desastre de tal magnitud en la orgullosa ciudad que una vez gobernara toda la tierra entre el Tigris y el Eufrates -el Irak contemporáneo y parte de la antigua Persia? ¿Por qué Nanna no libró a los ciudadanos de sus atacantes? ¿Acaso ya era muy viejo y frágil para defenderlos?

Un "Lamento por Ur"

Los antiguos creían que sus dioses eran los responsables de todo lo que acontecía. Así que, cuando una ciudad triunfaba sobre otra, debía existir una explicación divina. Esa explicación la contenía un largo himno (¡el cual llena cincuenta enormes tablillas!) llamado "Lamento por Ur", descubierto por los arqueólogos en las ruinas de Ur y Nippur, otra ciudad antigua.

Este himno explica que los dioses se reunieron en un consejo en Nippur ya que la ciudad tenía el templo principal dedicado al poderoso dios Enlil -dios del aire y del viento. En los días de Abrahán, Enlil era considerado una especie de oficial ejecutivo en jefe; ningún dios podía actuar sin su permiso. Nanna, dios patrono de Ur, estaba sujeto a la voluntad de Enlil. De hecho, cada año, cuando llegaba la primavera, una de las tareas más importantes del rey y los sacerdotes de Ur era preparar un cargamento lleno de leche, crema, queso y otros productos de la ciudad, y enviarlo junto con una estatua de Nanna, en un viaje por los canales hasta llegar a Nippur que duraba siete días. Otro himno contiene los detalles de dicho recorrido, "El Viaje de Nanna hacia Nippur".

Los dioses solían consultar al consejo de Nippur antes de tomar decisiones. Una de las cosas que discutían en sus reuniones era cuál de los humanos debía ser el siguiente rey. De acuerdo al "Lamento por Ur", después de que la dinastía conocida como la Tercera de Ur había reinado por alrededor de cien años, los dioses decidieron que ya era suficiente. El "Lamento" nos muestra a Ningal -deidad y esposa de Nanna- rogándole a Enlil y An, el padre de todos los dioses:

Arrastré mis pies y extendí mis brazos,
en verdad lloré ante An.
En verdad yo misma me lamenté ante Enlil:

"¡Que mi ciudad no sea destruida!"
les dije de hecho.
"¡Que Ur no sea destruida!' les dije de hecho.
7Y que no muera su gente!"
les dije de hecho.
Pero An jamás se conmovió con estas palabras,
y Enlil al igual que An, "¡Nos place, y que así sea!"
y eso calmó mi corazón.

(Atención), dieron la instrucción
de que la ciudad fuera destruida.

(Atención), dieron la instrucción
de que Ur fuera destruida,
y su destino decretado,
¡y que sus habitantes murieran![1]

Por alguna razón, Nanna y Ningal habían descendido de categoría entre los dioses y, como resultado, su ciudad cayó presa de los atacantes. Esto debió causar que los sacerdotes también perdieran su prestigio. Quizá las personas dejaron de diezmar y dar ofrendas a los dioses si éstos ya no podían protegerlos. Ciertamente, los invasores saquearon y vaciaron la tesorería del templo. Después del ataque, los sacerdotes perdieron el control de su "Wall Street". Las tablillas cuneiformes de Ur dicen que, durante los años siguientes a su caída, las personas que deseaban organizar una expedición río arriba, o enviar una flota hacia Magán, ya no pedían apoyo económico al templo. Ahora, muchas de las principales familias de la ciudad habían tomado el control del comercio. ¿Acaso la familia de Téraj era una de esas?

Por otro lado, el saqueo de Ur y la destrucción de su templo demostró a todos los habitantes, incluyendo a Téraj, que Nanna ya no era un defensor confiable. No es raro que los eventos políticos conviertan la teología en un campo de batalla -por ejemplo, el declive de la religión y el crecimiento del agnosticismo y el ateísmo en Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Esto ha sido atribuido en parte a la sensación de los europeos de que sus oraciones y su comportamiento religioso no los había protegido de las horrendas atrocidades de dicho conflicto. De hecho, aquellos que se enfrentaban a Hitler en nombre de Dios y la religión generalmente recibían el peor trato.

Cuando Abrahán vivía, si un dios no trabajaba bien, siempre podía ser reemplazado. Aunque el no adorar a ningún dios tampoco iba de acuerdo con la ideología de las personas de la época. Tal vez algunos ciudadanos de Ur se hicieron seguidores de Enlil, o Enki, el dios cuyo poder fluía por el río. ¿Y, qué hizo Téraj? Quizá la tragedia de la ciudad era justo el estímulo que necesitaba para que sus pensamientos volvieran a sus raíces religiosas.

Los dioses se vuelven personales

Como mencioné en el capítulo anterior, en este preciso momento de la historia los registros escritos revelan que los hombres y las mujeres comenzaron a pensar en los poderes divinos que los rodeaban de manera diferente. En toda la historia registrada hasta el momento (que por supuesto excluye la época inmediata al Diluvio, del cual no se conservan materiales escritos), nadie se había atrevido a pensar que los dioses tuvieran un interés personal en los individuos. De hecho, de acuerdo con el poema épico sumeno sobre la creación, los dioses hicieron a los humanos principalmente porque estaban cansados de dragar los canales ellos mismos.

El Éufrates y el Tigris llevaban ambos mucho limo, el cual rápidamente llenaba y bloqueaba los canales necesarios para regar los campos de cultivo, y necesitaban limpiarse regularmente. Así que, cuando los niños sumerios le preguntaban a sus padres de dónde venía la gente, no escuchaban una historia cuyo amante Creador colocara a los primeros padres en un exquisito jardín para que se deleitaran; de hecho, el relato era muy diferente. Todo comenzó con una disputa entre las deidades, que terminó en una huelga. Parece que todos los dioses menores habían servido fielmente a Enlil durante toda la eternidad, pero él era un capataz muy cruel. Un día los dioses, cansados de tanto trabajo duro, se reunieron, formaron un sindicato, y quemaron sus herramientas. Entonces le dijeron a Enlil que ya no trabajarían más. Él, junto con los otros dioses, preparó la creación de los seres humanos y les dio a éstos las herramientas que necesitarían para mantener limpios los canales y conseguir comida tanto para ellos como para los dioses.

No hubo una pérdida de amor entre los dioses y su gente, o la gente y sus dioses. Sí, las personas separaban su diezmo, llevaban ofrendas al templo y hacían sacrificios -pero no porque amaran a su dios; más bien, esa era su responsabilidad. A cambio de tales regalos, podían hacer peticiones especiales al dios patrono de la ciudad o algún otro.

Los sellos cilindricos tienen mucha información acerca de la época bíblica. Muchos de los miles encontrados, expresan escenas

de importancia religiosa -algún adorador o suplicante que se acerca a cierto dios con una ofrenda. Generalmente, la persona en la imagen es un rey y, en las representaciones anteriores a la época de Abrahán, le acompaña una diosa que actúa como su mediadora .inte Nanna o Utu o algún otro dios principal. La mayoría de las veces, dicha diosa está de pie entre el dios y su adorador. Sin embargo, el arte de algunos sellos cambió con el curso de los años. En las nuevas imágenes, aparece la diosa *detrás* del suplicante, lo cual puede implicar un cambio religioso que se inclinaba hacia una visión más personal de los dioses.

Para la época de Abrahán, se había desarrollado un par de nuevas formas literarias. En el tipo hoy conocido como "Salmos penitenciales", los escritores reconocieron, a la luz de sus infortunios, que probablemente habían hecho algo para ofender al dios, y entonces le pedían a su deidad personal que les señalara su pecado y cómo podían ser absueltos para recibir bendiciones una vez más.

En un tipo similar de literatura llamada "Cartas a los dioses", los escritores hablan a su deidad personal sobre sus problemas buscando una manera de enmendarse. Compare el siguiente pasaje de una carta dirigida al dios Enki con el gran himno penitencial del rey David en Salmos 51:

Hoy déjame llevarte mis tribulaciones,
líbrame de mis enemigos,
y cuando hayas visto mis fallas,
ten piedad de mí.
Cuando hayas convertido mis oscuros pasajes
(del camino) en luz,
déjame cruzar tu puerta,
la que me libra del pecado y las malas obras,
déjame cantar tus alabanzas,
déjame confesarte, (bramando) como un toro,
mis crímenes,
y déjame proclamar tu grandeza.[2]

El autor de este poema, un escriba llamado Suen-shamuh, espera claramente que su dios personal, Enki, le ayude a resolver sus problemas (convertir sus pasajes oscuros en luz), y planea cantarle alabanzas a su dios en consecuencia.

Lo que vemos en el arte y la literatura de Mesopotamia en la época de Abrahán, es un renacimiento teológico. De las épocas oscuras cuando se creía en dioses impersonales a quienes los humanos les interesaban meramente como esclavos, renace una conciencia de Dios, a quien le preocupan los individuos. La historia de Abrahán es una "Prueba A" de cómo sucedió.

Es probable que, el hecho de que Téraj volviera a sus raíces espirituales, le haya persuadido a llevar a su familia fuera de Ur y dirigirse a Canaán. No hay evidencia de que Dios en verdad le hablara o llamara personalmente. El llamado llegó después, allá en Jarán, y lo recibió Abrahán. Aunque, considerando el final de la historia, no puedo evitar pensar que cuando la familia por fin abandonó Ur, una ansiedad espiritual les llevaba a Canaán.

Por lo general, el primer contacto que tiene una persona con Dios es similar a tal situación. No es que suene una potente voz ni aparezcan relámpagos ni repiquen campanas. Lo que sucede es que, debido a una crisis personal o cierta nostalgia, como un deseo de tener algo más, las personas comienzan a viajar. Se vuelven ansiosas y cambian aspectos de su vida. Quizá no se dan cuenta, al principio, de que ahora viajan para encontrar a Dios. De todas maneras, el Espíritu Santo está cerca, vigilante y esperando el momento correcto para guiarles y que den un paso más, y después otro, y otro, hasta que su viaje se transforma en una verdadera odisea espiritual -esperanza, como hambre o sed; es decir, una urgencia que les impulsa a buscar a Dios y seguirle a cualquier lugar.

Así comenzó mi propio trayecto espiritual. No es que partiera en búsqueda del Señor; de hecho, le había dado la espalda y huía de su presencia. Entonces me topé con lo que mi joven mente vio como una catástrofe. El choque con tal obstáculo en mi vida me hizo tropezar entonces con Dios, quien estaba esperándome.

Tal vez algo similar le haya sucedido, o algún día sucederá. Si en estos momentos está enfrentando algún desastre, bueno, esta es su oportunidad. Quizá está listo para viajar a Canaán.

]ue el camino será muy accidentado.

, w. .o fue para Abrahán y su familia.

Referencias

'*Ibíd.,* p. 88.

Ibíd., p. 154.

CAPÍTULO TRES

Un largo camino hacia Canaán

"Cuando Noé despertó de su borrachera y se enteró de lo que su hijo menor le había hecho, declaró: '¡Maldito sea Canaán! Será de sus dos hermanos el más bajo de sus esclavos [...] ¡Que Dios extienda el territorio de Jafet! ¡Que habite Jafet en los campamentos de Sem, y que Canaán sea su esclavoV" (Génesis 9:24, 27).

"Pero, ¿por qué Canaán, Téraj? ¿Qué razón te hizo elegir esa tierra como un lugar para tu familia? ¿Estuviste leyendo folletos que resaltaran sus encantos? Tienes que ser cuidadoso con esas cosas –solamente muestran los lugares más bonitos y los mejores centros turísticos. La vida en Canaán será muy diferente a la que acostumbras llevar en Ur. Eres un citadino, y quieres ir a vivir al campo. ¿Acaso piensas que el choque cultural no te afectará?" Puedo escuchar a los vecinos de Téraj haciéndole preguntas similares cuando comenzaba a cargar los mulos de la familia anunciando a dónde se marchaban.

¿Qué tan consciente de las ¡deas que se encuentran en el Génesis cree que haya sido Téraj? Moisés no las escribió sino hasta casi cinco siglos después. ¿Será que la vieja frase que decía que los descendientes de Canaán serían los sirvientes de los hijos de Sem le llegó a Abrahán a través de su familia? Después de todo, él era un semita –un descendiente de Sem. ¿Acaso recordó las palabras de Noé y pensó que, si se mudaba a Canaán, Dios le daría todo un séquito de servidumbre? Aunque nosotros no aprobamos la esclavitud, y la sola idea de que una raza entera deba servir a otra simplemente por lo que dijera uno de sus ancestros, nos parece aborrecible, el mundo que habitaron Téraj y Abrahán veía las cosas de otra manera, y estamos intentando ver la historia a través de sus ojos.

No es posible saber con seguridad los motivos que llevaron a Téraj a elegir Canaán como su nuevo hogar. Todo lo que sabemos es que, cuando sacó a su familia de Ur, sabía a dónde iba. Y sería

un largo viaje. Me pregunto si comprendía bien la magnitud del recorrido que pensaba emprender.

Si se dedicaba a los negocios de importación y exportación, sin duda habló con los mercaderes que regularmente viajaban hacia el norte, a Turquía, y al noroeste, hacia Canaán. Estoy seguro de que no ignoraba del todo las condiciones de su proyecto. Quién sabe, tal vez él mismo había hecho el viaje en alguna ocasión anterior. Aún así, sería todo un desafío -mucho más difícil con la compañía de una familia que junto a una caravana de hombres rudos y experimentados.

No era tan simple como salir de casa con la esposa, los hijos y los primos apretados en una camioneta, llenar el tanque de gasolina en la estación y entrar en la carretera interestatal. Téraj debía calcular la cantidad de equipaje, además de las provisiones para el camino, según los burros y camellos que pudiera conseguir. Luego, tenía que invitar a toda la familia, cercana y lejana, y motivarlos a caminar desde el amanecer hasta el anochecer, cada día, durante muchos meses.

"¿Todos los días?", se preguntará. "¡Seguramente Abrahán y compañía se habrán detenido para descansar los sábados!"

Puede ser. Pero, las historias de Abrahán y sus descendientes inmediatos nunca mencionan el sábado. Recuerde, éstas eran personas que habían perdido mucho del conocimiento de la religión verdadera. Estaban a punto de aprenderla de nuevo, paso por paso. Y aún así, cuatrocientos años después, Dios tenía que *recordarle* a su pueblo que tenían que *respetar* el sábado -como aparentemente había olvidado (Éxodo 20:8).

Téraj y su familia probablemente tuvieron que unirse a alguna caravana para poder viajar a salvo. Los registros asirios de esta época indican que la mayoría de los mercaderes llevaba unos veinte burros, pero que se unía con otros para formar caravanas de hasta doscientos burros. Cuando se viajaba en caravana, todos tenían que moverse y detenerse al mismo tiempo. Debió ser similar al viaje que hicieron al oeste los pioneros norteamericanos por la Ruta del Oregon, claro que sin carretas. La ruta que debían seguir Téraj y compañía era demasiado difícil para llevar vehículos. Los peregrinos de Norteamérica, en sus carretas, recorrían hasta

veinticinco kilómetros cada día y, probablemente, las caravanas en la antigua Mesopotamia también.

Cuatro meses de caminata

En su *Archaeological History of the Ancient Middle East* (Historia arqueológica del antiguo Medio Oriente), Jack Finegan incluye el registro de una expedición militar en la época de I iammurabi, durante el siglo siguiente al viaje de Téraj y Abrahán. ('omenzó

> ... desde Larsa, no muy lejos de Ur, [subía] por el Éufrates hacia Babilonia y Sippar, por el Tigris hasta Ashur y más allá, y después cruzó la cabecera del Kabul hacia Jarán para llegar a Emar en Siria, en la parte baja de la gran cuenca del Éufrates. A juzgar por los largos días de marcha y toda la distancia requerida, el viaje necesitó una velocidad de veinticinco hasta treinta kilómetros por día; con las paradas y las escalas, en total, el viaje de ida duró 87 días, y el de regreso, 107.[1]

Canaán estaba aún más lejos -Siquén, en su región central, se encontraba al menos a otros 576 kilómetros de distancia. A veinlicinco kilómetros por día, ¡serían más de tres semanas de caminata! ¡Es decir, muchas sandalias desgastadas y bastantes ampollas! Además, viajando con la familia, debió tomar por lo menos cuatro meses. No era posible que muchos miembros de la familia se dieran el lujo de montar en burro o camello, pues dichas bestias de < arga eran necesarias para llevar equipaje, productos para vender y provisiones.

En un mapa, Jerusalén está ubicada casi hacia el oeste de Ur. Si una persona viajaba en línea recta, solamente debía recorrer poco más de mil kilómetros, pero el territorio entre ambas es un círido desierto sin carreteras. Nadie se atrevía a cruzarlo en esa época y, hoy en día, muy pocas personas lo hacen.

La ruta preferida de los viajeros contemporáneos de Abrahán seguía la ribera del Éufrates hasta llegar a Sippar (un punto al sur exacto de la moderna Bagdad, donde el Tigris y el Éufrates están más cercanos), y de ahí, recorría el Tigris para unirse al ca-

mino principal este-oeste en Ashur para dirigirse, desde Jarán, hacia Canaán. Los historiadores piensan que la ruta más corta -que seguía todo el Eufrates- probablemente era considerada más peligrosa en los años siguientes al colapso de la tercera dinastía de Ur. Los asirios del norte de Mesopotamia protegían la ruta del Tigris y le daban mantenimiento, además establecieron al menos veinte puestos de comercio en Turquía central.

Un día, mientras revisaba la sección de libros usados de historia en una librería, encontré una obra vieja llamada *With Star and Crescent* (Con estrella y creciente) escrita por un autor norteamericano anónimo, conocido simplemente como A. Locher (me pregunto si se llamaba Abrahán). El libro, publicado por primera vez en 1888, contiene una de las más fascinantes historias verídicas que jamás leí. Según el subtítulo, es: "UN RELATO COMPLETO Y AUTÉNTICO DE UN RECIENTE VIAJE CON UNA CARAVANA DESDE BOMBAY HASTA CONSTANTINOPLA, QUE INCLUYE UNA DESCRIPCIÓN DEL TERRITORIO, SUS HABITANTES E INTERESANTES AVENTURAS CON LOS NATIVOS". ¡Muy atractivo!

Me llamó la atención especialmente la historia del viaje del señor Locher en una caravana desde Bagdad por todo el norte mesopotámico, en un recorrido muy similar al de Téraj y compañía. Las condiciones no habían cambiado mucho durante los cuatro milenios de distancia entre los viajes de A. Téraj y A. Locher -excepto que la gente no montaba caballos en la época de Abrahán. Eso tardó al menos otros mil años en suceder. De hecho, Abrahán quizá nunca vio un caballo; aparentemente, esos animales llegaron al Medio Oriente cerca del 2000 a. C.

¿Y los camellos? Bueno, aún se discute si, en la época de los patriarcas, ya se habían domesticado. Los estudiosos que "niegan" el asunto, argumentan que rara vez aparecen en los textos de la época que se han descubierto. Piensan que, a medida que la historia fue pasando vía oral a través de los años, algún cronista incluyó a los camellos, asumiendo que, si los usaban en su época, también cuando vivió Abrahán. Los que "afirman" la cuestión, indican que se mencionan camellos domesticados en un texto cuneiforme del siglo XIX a. C., descubierto en las ruinas de Ugarit, en Siria.

Además, encontraron la figura de un camello recostado de la misma época en Biblos, también en Siria. La lectura idónea de la («videncia, apoya la ¡dea de que los camellos domesticados no fueron de uso común sino hasta muchos siglos después, aunque quienes discuten la autenticidad de las historias de los patriarcas con base en sus anacronismos -detalles que no encajan en la época real de una historia- probablemente se confían demasiado.

Asumir que Abrahán sí poseía camellos, más bien lo coloca en un grupo de élite. Quizá si viviera hoy, conduciría su propio Lamborghini, o un chofer lo llevaría en su Rolls Royce. ¡O, mejor dicho, contaría con un helicóptero personal para transportarse!

Un panorama desagradable

Leer el relato de A. Locher, que también habla del asfixiante calor, las molestas pulgas y moscas areneras, los precipitados trayectos y otras dificultades, me hizo apreciar de manera muy diferente la magnitud de la peregrinación que Dios le pedía a Téraj y a Abrahán que hicieran. Al principio, me imaginé al grupo de personas viajando por la ribera de un pacífico río, deteniéndose cada tarde en algún agradable prado para que las ovejas y las reses pastaran, mientras las mujeres cocinaban carnero asado y tortas de cebada bajo la sombra de un majestuoso abedul.

No estoy seguro de dónde me venía esa imagen, quizá de algún libro de historias bíblicas para niños que alguna vez leí. Por otro lado, los reportes televisivos de la guerra en Irak durante el año 2003 por televisión mostraron el verdadero territorio recorrido por Téraj y Abrahán, muy diferente y mucho menos idílico. El siguiente pasaje de *With Star and Crescent,* que describe la primera noche de Locher después de salir de Bagdad, es suficientemente representativo del tipo de condiciones que los viajeros patriarcales tuvieron que soportar diariamente durante su travesía hacia Jarán:

> Un breve ocaso dio lugar a una clara y hermosa noche con luna llena, aunque indudablemente bochornosa; debido a la sofocante atmósfera, y la gran cantidad de carga que llevaban los caballos, la caravana avanzaba lentamente. Mis dos amigos y yo le informamos entonces al Slñor P. que, para no dormirnos por el cansancio, nos adelantaríamos al

grupo, y veríamos si habría alguna habitación disponible [para dos viajeros] en el Khan de Dsheddeidah. Lo [...] encontramos [al posadero] durmiendo a sus anchas en el suelo, roncando. Una buena sacudida le devolvió la conciencia y, acto seguido, le pedimos comida y agua para nosotros y nuestros caballos, y le avisamos también que se aproximaba una caravana. Actuó con indiferencia ante la noticia, y con calma nos respondió que comida ni para él mismo; pero que agua, había bastante en el río cercano. Después de examinarla, sin embargo, nos dimos cuenta de que el agua corría en medio de dos bancos perpendiculares, a más de cinco metros de altura, muy inaccesible para los camellos y caballos y no había algún tipo de balde o recipiente para llevar agua en aquel desierto caravasar. Se nos informó que era imposible encontrar agua en otro lugar por ahí, y que no había un solo manojo de paja comprimida o cebada, el típico alimento para caballos de Arabia y Mesopotamia, ni alimento para humanos [...] [Después de persuadirlo más bien a la fuerza, el khanjl] salió y despertó a otro árabe [...] y le dijo que nos mostrara el camino hacia el pantano. Lentamente y a regañadientes el sujeto obedeció, y nos dijo que lo siguiéramos junto con nuestros caballos; nos llevó a un denso matorral de juncos y arbustos, que se veía más sombrío debido a los árboles que lo rodeaban, en cuyo centro, se encontraba un pequeño pero profundo estanque, o más bien pantano, cuya agua no podría haber sido de peor calidad, ya que los caballos se rehusaron a beber, y pronto comenzaron a corcovear con fuerza, por poco arrojándonos de sus lomos. La razón principal de esto eran los mosquitos, que nos asaltaban furiosamente por todos lados, e hicieron que nos marcháramos con rapidez. Nuestros caballos, sin embargo, continuaron misteriosamente pateando y agitándose por todo el camino de vuelta al khan, y no fue sino hasta que les quitamos las ensilladuras, que nos dimos cuenta de que sus patas estaban cubiertas de sanguijuelas [...] [Nosotros] nos recostamos a dormir usando las monturas como almohadas sin hacer caso de las nubes de mosquitos que parecían bailar frente a nosotros.[2]

Algunos años después, en 1889, la Universidad de Pennsylvania patrocinó la primera expedición arqueológica norteamericana en Mesopotamia. Los científicos salieron de Aleppo en Siria, en una caravana de camellos, y se dirigieron a Nippur en el

sur de Mesopotamia. Durante el camino, enfrentaron tormentas de .irena cegadoras y asfixiantes, lluvia, fango, escorpiones, lagartos y varias enfermedades, incluyendo forúnculos, la fiebre, el tifo, la malaria y el cólera.[3]

El viaje de Abrahán no fue fácil, especialmente cuando se le .íñaden a los problemas anteriores, el hecho de que los caminos solían estar acechados por grupos errantes de bandidos; y que la situación política en la región limítrofe de los territorios que hoy conocemos como Irak y Turquía no era mucho más estable en aquellos días que en estos momentos, mientras escribo estas líneas, un par de meses después del estallido de la guerra impulsada por los Estados Unidos de Norteamérica para derrocar a Saddam Husein en Irak.

Debo confesar que, personalmente, tengo muchos deseos de viajar a esa parte del mundo –me encantaría visitar los mismos lugares donde estuvo Abrahán. Aunque, francamente, aún no tengo el valor para enfrentar una situación similar. Sin embargo, tanto él como su padre lo tenían. Partieron, en un viaje de fe, o meramente los primeros pasos que eventualmente les llevarían a la fe.

¿Hay alguna cosa que teme hacer pero siente que debería? ¿Podrá ser algo que le acerque más a Dios y le enseñe a confiar más en él? En mi propio trayecto espiritual, me he topado con muchas ocasiones como ésa, y dar ciertos pasos ha sido aterrador.

¿Cómo saber si los pasos que estamos considerando no son simples locuras? Creo que, a medida que avance nuestro viaje con Abrahán, notaremos que lo principal es permanecer abiertos a la guía divina, a dondequiera que vayamos.

Referencias

')ack Finegan, *Archaeological History of the Ancient Middle East* (Nueva York: Dorset Press, 1979), p. 69.

'A. Locher, *With Star and Crescent* (Filadelfia: Aetna Publishing Co., 1891), p. 307-310.

'Katharine Eugenia Jones, "Backward Glance: Americans at Nippur", *Biblical Archaeology Review* (November/December 1998, 6).

CAPÍTULO CUATRO

Desviaciones

"Y allí mismo murió Téraj a los doscientos años de edad" (Génesis 11:32).

Téraj y su familia se detuvieron en Jarán. El hecho de que terminaran en esa ciudad en particular nos da una buena idea de cuál fue la ruta que siguieron. Si hubieran seguido la ruta del río I ufrates hacia Canaán, no habrían pasado por Jarán. Esa ciudad está en el río Balikh, que fluye hacia el Eufrates desde el norte, y a 107 kilómetros de distancia de Jarán. A la velocidad de una caravana, sería casi una semana entera de caminata. Si Téraj realmente hubiera deseado llegar a Canaán por la ruta del Eufrates, una parada en Jarán estaba fuera de toda cuestión.

El nombre *Jarán* viene del vocablo acadio *Harannu*, que significa "cruce de caminos". Jarán estaba en el punto de encuentro de dos rutas comerciales importantes, una de norte a sur, la otra de oeste a este. Hoy su ubicación está en Turquía, justo al norte de la Irontera siria. Téraj y su familia debieron viajar hacia el oeste siguiendo la ruta que los llevó del Tigris a Siria y Palestina, y llegaron a |arán.

Para ese momento, el viejo estaba agotado por el viaje. Él y sus acompañantes habían recorrido por lo menos 750 kilómetros. A. Locher describe parte del territorio que recorrieron durante un mes de la siguiente manera:

> Entre más nos acercábamos a nuestra siguiente parada, Ernooz, más complicado y angosto se volvía nuestro camino, así que antes de llegar a la villa, el terreno entero, hasta donde alcanzaba la vista, era una accidentada masa de rocas levantándose densamente por todos lados, dándole la apariencia de un océano cubierto de olas petrificadas.
>
> Durante millas y millas, el tortuoso camino apenas era distinguible entre el mar de rocas, y tan estrecho, que pisar terreno firme era casi imposible para un cuadrúpedo del tamaño de un buey o un caballo [...]

Después de avanzar con muchas dificultades por el escandalosamente desigual pavimento de gigantescas piedras redondas en extremo lisas, que cubrían el camino a la entrada del desfiladero, cruzamos el pequeño arroyuelo que corría a través del impresionante lugar. Por ignorancia tomamos el camino equivocado, virando a la derecha en lugar de la izquierda, para pronto encontrarnos en suelo muy peligroso y difícil. Sin embargo, tuvimos que apresurarnos a llegar al punto donde ambas rutas se unían de nuevo, ya que no había espacio en el excesivamente estrecho camino (menos de un metro de ancho) para darle vuelta a nuestros caballos, con un profundo precipicio a un lado de la montaña y, en el otro, formaciones de rocas perpendiculares. Ni un céfiro recorría el ambiente, y el sol brillaba con inmisericorde fuerza sobre nuestras espaldas, y continuamos avanzando lenta y cuidadosamente de un borde a otro, guiando a nuestros animales con las bridas.[1]

Después de soportar ese tipo de agobiante viaje durante casi dos meses, quién podría culpar a un hombre de la edad de Téraj por detenerse, aunque fuera poco tiempo, cuando llegó al hermoso y lleno de agua valle del Balikh.

En el año 1971 a. C., un egipcio educado y con buenos contactos llamado Sinuhé, tuvo diferencias personales con el faraón, así que decidió huir al exilio. Años más tarde volvió a Egipto, y se tomó el tiempo necesario para escribir la historia de su vida, que además ha llegado a nosotros. Uno de los lugares donde vivió algún tiempo durante el siglo XX a. C., fue Jarán. Sobre ella, escribió: "Era buena tierra. Había higos, y uvas. Tenía más vino que agua. Abundantes eran su miel y sus olivas. Cada tipo de fruta brotaba en su respectivo árbol. Había cebada y emmer [un tipo de trigo rojo y duro]. No había límites para ningún ganado".[2]

No solamente era agradable y fértil, también un perfecto lugar para establecer un negocio de importaciones y exportaciones –el mismo tipo de actividad que probablemente realizaba la familia en Ur. Jarán ya tenía una larga tradición como centro de comercio, y quizá Téraj llegó, junto con su familia, en un momento especialmente oportuno. Como lo dije anteriormente, Mesopotamia había pasado por una época turbulenta después de la caída de la tercera dinastía de Ur. Muchas rutas comerciales se habían cerrado,

poro, en los días de Téraj, las cosas comenzaban a calmarse, lo cual permitía que las caravanas viajaran con mayor seguridad. Iniciar un negocio en un cruce importante parecía ser una sabia decisión, y eso le permitiría a la familia participar en la creciente economía y ganar mucho dinero.

¿Era ésta una desviación en el trayecto espiritual de Téraj? Si su intención era ir a Canaán, ¿su crecimiento espiritual se interrumpiría por no haber llegado, aunque se hubiera quedado cerca? ¿Acaso siempre debemos alcanzar nuestras metas, tal y como nos lo proponemos en un principio, o basta con ser flexibles y reconocer las oportunidades cuando se nos presentan?

¿Desviados en Jarán?

Si el viaje de Téraj en verdad era una búsqueda espiritual; si creía que Dios lo guiaba para estar más cerca de él, y que Canaán era el lugar donde lo conseguiría, entonces la estancia en Jarán podía potencialmente desviar por completo su viaje, pues era un gran lugar para el comercio internacional y, además, siempre había sido un centro religioso importante. Tenía el templo más grande fuera de Ur dedicado a su deidad patrona, Nanna/Sin. Ahora bien, ¿la decisión de Téraj, de quedarse, fue influida por ello? Si hay que mudarse de casa, siempre es agradable tener la oportunidad de establecerse en algún lugar donde podamos asociarnos con personas que compartan nuestras creencias, ¿verdad?

Algunos consideran una herejía el sugerir que Téraj se detuvo en Jarán porque se sentía cómodo dentro de la congregación local de nannaítas. Sin embargo, en primer lugar no tenemos mucha información que hable de sus motivos para mudarse. La Biblia jamás dice que el Señor le habló y le dijo que se fuera. Cualquiera que haya sido su ímpetu espiritual, probablemente se lo atribuyó a Nanna o algún otro dios. Recuerde: ni Abrahán ni Téraj conocían al Señor por su nombre *Yahweh*, revelado por primera vez a Moisés varios cientos de años después (véase Éxodo 3:13-16; 6:3).

¿Será, entonces, que Téraj se dirigió a Canaán debido a un ímpetu divino, o a algún irresistible impulso de buscar algo mejor

espiritualmente pero, cuando llegó a Jarán, cansado tras aquellas largas semanas de caminata, parte de su deseo se había desvanecido? Las viejas costumbres siempre son cómodas -y se nota más cuando envejecemos. Por otro lado, volver a las viejas costumbres puede ser una desviación, si Dios estaba guiándole antes hacia algo mejor. Cuando desea caminar más cerca de Dios, puede ser difícil saber cuál camino escoger. Es posible confundir una coincidencia o una buena oportunidad de hacer negocio con la divina providencia, ¿no? De igual manera, resulta sencillo involucrarnos a tal punto en las actividades diarias, que no tenemos tiempo para comunicarnos con Dios, y así no escuchamos los consejos que está dispuesto a darnos. Ya sea que a Téraj y a su familia les haya sucedido esto, o no, sabemos que la marcha hacia Canaán se retrasó en Jarán. Es imposible saber exactamente por cuánto tiempo, pues no sabemos la edad que tenían Téraj y Abrahán cuando llegaron.

Génesis 11:26 dice: "Cuando Téraj tenía setenta años, ya habían nacido sus hijos Abram, Najor y Jarán". Literalmente, esto dice que la esposa de Téraj tuvo trillizos cuando él tenía setenta años pero, más adelante, la Biblia dice que Téraj vivió hasta los 200 años (Génesis 11:32), y Génesis 12 sugiere que Abrahán, a los 135 años de edad (por lo menos), salió de Jarán después de la muerte de su padre. En aparente contradicción, Génesis 12:4 dice que sólo tenía setenta y cinco. Una manera de resolver este enigma es asumir que Abrahán nació cuando Téraj tenía 130, no setenta -en otras palabras, que Abrahán, el hermano menor, era sesenta años menor que el mayor. Para mí, el hecho de que el año de nacimiento de Abrahán no sea claro en el Génesis, indica que las genealogías incluidas en la Biblia tienen una razón más importante que ayudarnos a calcular la edad de la Tierra. Creo que su intención es resaltar nuestra herencia, como hijos e hijas de Dios y descendientes espirituales de Abrahán (véase Gálatas 3:29).

Disculpe el excurso; fue también una especie de desviación, pero va de acuerdo con el tópico de los trayectos espirituales. He visto a demasiados cristianos atascarse, obsesionados con detalles pequeños. En algún lugar leí que hace algunos siglos, dos facciones cristianas lucharon una guerra debido a que no podían decidir si la señal de la cruz debía hacerse con dos o tres dedos. También leí en

las noticias, en enero del 2000, que tres hombres habían sido internados en el hospital de la base Goroka en Papua, Nueva Guinea, heridos por flechas y lanzas. Uno de ellos estaba en condición críti(a debido a las heridas que tenía en la cabeza. Los tres eran bautistas que habían discutido la importancia del año 2000 con un grupo local de adventistas del séptimo día. Alguien, según yo lo veo, se desvió espiritualmente hasta llegar al punto en que una cuestión de interpretación de la profecía debía resolverse usando lanzas y flechas.

Volviendo a la historia de Téraj y Abrahán, existe otra posibilidad que debemos considerar, en lo que se refiere a cuánto tiempo permanecieron en Jarán. Génesis 11 parece sugerir que Abrahán se quedó en la ciudad hasta que murió su padre. Así he leído la historia siempre. También es posible leerla y asumir que simplemente Téraj murió en Jarán, sin relacionar el hecho con la partida de Abrahán. Tal vez dejó allá a su anciano padre, donde se sintiera cómodo, y se marchó por su cuenta cuando sintió que Dios le animaba a terminar el viaje a Canaán.

En todo caso, Téraj desaparece del panorama en este momento. Muerto espiritual o físicamente, o simplemente muy viejo, muy cansado, o demasiado distraído como para continuar su búsqueda, ya no es un personaje importante. Quizá dejar a su hijo en la dirección correcta era todo lo que Dios esperaba de él.

Ahora la historia gira en torno a Abrahán, pues algo extraordinario le ha sucedido al joven (¡de tan sólo setenta y cinco años!). Tuvo un encuentro con cierto dios -encuentro extraordinario-, y la deidad en verdad habló con él. ¿Cómo responderá a la voz de Dios? Esa es la pregunta que da sentido tanto al resto del relato, como del trayecto mismo.

De hecho, es la pregunta que todos debemos enfrentar cada día. ¿Me he desviado? ¿La conveniencia, la oportunidad o la fatiga han alterado mi avance? Si Dios quiere hablarme hoy, ¿estaré listo para escucharle y seguirle?

Referencias
'Locher, pp. 435, 451,452.
'Everyday Ufe in Bible Times (Washington: National Geographic Society, 1967), p. 75.

CAPÍTULO CINCO

I scuchar

"El SEÑOR le dijo a Abram:'Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, y vete a ¡a tierra que te mostraré. Haré de ti una nación grande, y te bendeciré; haré famoso tu nombre, y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y maldeciré a los que te maldigan; ¡por medio de ti serán bendecidas todas las familias de la tierra!'"

(Génesis 12:1-3).

¿Cómo saber cuándo se escucha la voz de Dios?

Una pregunta que puede ser muy difícil de responder. Como pastor, he tenido la ocasión de aconsejar a personas que creían que Dios les decía que hicieran algo, pero yo no pensaba que fuera verdad. Por ejemplo, ¿cómo convencer a un amigo exageradamente límido, tanto que se cubre la boca con la mano cuando habla, de no renunciar a su empleo y comenzar a vender Biblias de puerta en puerta para mantener a los cuatro miembros de su familia? Sobre lodo, si este amigo piensa que Dios lo está llamando y otros líderes cristianos que no lo conocen muy bien, le dicen: "¡Puedes hacerlo! Confía en Dios, y todo saldrá bien".

Desgraciadamente, nunca he descubierto la respuesta. Le dije a mi amigo que Dios da a cada persona ciertos dones espiriluales, y que yo creía que los suyos se aplicaban a otras áreas, pero no a salir cada día y hablar con personas extrañas para convencerlos de gastar su dinero en libros religiosos. Aún así, siguió convencido de que Dios estaba llamándole, así que renunció a su trabajo de conserje y se convirtió en vendedor. Tras algunos meses, ya estaba arruinado financieramente, había sacado a sus hijos de la escuela de la iglesia y perdido toda su fe en Dios, renunciando a la religión para siempre -una tragedia espiritual que, según me parece, resultó de haber confundido ideas personales con la voz de Dios.

¿Recuerda al infame asesino en serie de Nueva York, David Berkowitz, también conocido como el "Hijo de Sam?" Según él, escuchó la voz de Dios ordenándole que matara a varias personas. Cuando la gente escucha voces en su cabeza diciéndole que haga cosas extrañas, decimos que tiene esquizofrenia, y hay medicinas que pueden ayudar a tranquilizar su alma atormentada.

Puedo escuchar al sacerdote de Nanna preguntarle a Abrahán: "¿Por qué estás tan seguro de que es tu Dios quien te habla? Quiero decir, estás pensando hacer algo muy radical, ¿no? Dices que tu Dios dijo que salieras de tu casa -abandonar a toda tu familia-, ¿y vagar por ahí hasta que él te ordene detenerte? Te va a mostrar una tierra, o algo, y cuando llegues ahí, ¿te bendecirá y hará tu nombre grandioso, y todas las familias de la Tierra se beneficiarán por lo que hayas hecho?

"Abrahán, piensa en esto por un momento. De hecho, vamos a rezar un poco antes de que hagas algo drástico. ¿Has escuchado de una condición llamada *megalomanía*? Quienes la padecen tienen delirios de grandeza: creen que algo, o alguien, los impulsa a cumplir una gran tarea, y que si fallan, el mundo será peor por su culpa. Siéntate y relájate un poco, y tal vez se te pasará.

"Dices que todas las familias de la Tierra serán bendecidas por lo que piensas hacer. ¿Qué hay de la tuya? Mira a tu padre -ya es un hombre muy viejo. Pronto morirá y se irá al inframundo. Tu responsabilidad como hijo es llevarle ofrendas a tu padre al templo, para que viva feliz en el otro mundo. Si te marchas a una tierra lejana, ¿quién velará por él?"

Había muchas buenas razones diferentes por las cuales Abrahán no debía dejar Jarán. Buenas razones religiosas: los dioses en Canaán, a donde planeaba ir, eran muy diferentes. Buenas razones familiares: la lealtad hacia los parientes era extremadamente importante para los mesopotámicos. Los hijos no crecían, iban a la universidad, conocían a una linda chica de otra ciudad, y se mudaban. Las familias vivían juntas, y ocupaban sectores muy grandes en las ciudades; así lo han hecho evidente los descubrimientos de los arqueólogos en Nippur: grandes grupos de casas separadas del resto de la ciudad mediante murallas. Probablemente, el recinto donde vivía una familia grande se llamaba "casa

lí.itorna" -la misma que Dios le decía a Abrahán que abandonara ((iénesis 12:1).

Uno de los relatos de los dioses sumerios revela mucha información sobre las costumbres del matrimonio. Cuando el dios I)utnmuzi tomó a Inanna por esposa, los recién casados se muda-ion con los padres de Inanna por un corto tiempo. Luego se mudaron al hogar familiar de Dummuzi, con la intención aparente de vivir ahí de manera permanente. Ese era el lugar indicado para los hijos en la época -la casa de su padre.

Las familias se casaban entre ellas con parientes cercanos. I.i esposa del mismo Abrahán era su media hermana, un arreglo matrimonial nada extraño que sin duda los padres habían decidido. Esto evitaba que la riqueza familiar se dispersara entre personas extrañas. Toda la cuidadosa planeación y el matrimonio interfamiliar habría sido en vano si alguno de los hijos decidía marcharse a un lugar desconocido. Era natural que la familia desheredara a i ualquiera de sus miembros que tuviera ideas como esa.

Además, si alguien era criado en la ciudad, tan sólo pensar en mudarse al campo -bueno, ¿vio alguna vez por televisión la vieja comedia *Green Acres* con Eddie Albert y Eva Gabor? La actitud negativa de los mesopotámicos con respecto a la idea de mudarse al campo era más radical que la de Eva. Para ellos, la ciudad era el único lugar seguro. ¿Quién sabe qué tipo de demonios podía habitar el resto de la Tierra, donde no existían un zigurat o .ilgún templo que aseguraran la presencia y la felicidad de los dioses?

Entonces, desde un punto de vista racional, la ¡dea de salir de casa eirá algún lugar que uno esperaba que su dios le mostrara, no sería bien recibida en las reuniones familiares.

Un Dios personal

Sin embargo, tener un dios personal que se comunicara con .ilguien, en verdad parecía ser algo muy bueno y afortunado. De hecho, en las lenguas tanto acadia como sumeria -las principales en la antigua Mesopotamia- la única manera de describir la buena •norte o la buena fortuna, era decir que alguien había "adquirido

un dios". En los textos de augurios, escritos por sacerdotes o profetas que declaraban ser capaces de ver el futuro, decirle a una familia que "tendrían un dios", era la mejor noticia que podían dar. Contrariamente, cuando un sacerdote o profeta predicaba que, "¡Esa casa no tendrá un dios, y no durará mucho tiempo!",[1] las noticias no podían ser peores.

Puedo escuchar a Téraj decirle a su hijo:

-Así que, Abrahán, estás muy seguro de que has adquirido un dios personal que tiene la intención de bendecir tu casa y hacerla perdurar, ¿no?

-Así es, Padre-, responde Abrahán.

-Pero te casaste hace más de cuarenta años y ni siquiera tienes hijos.

-Lo sé, padre, por eso es muy importante para mí seguir a este Dios. Me prometió que tendría muchos descendientes.

-Ya veo. Parece que está bien. ¿Sabes? Nos preocupa mucho la infertilidad de Sara, aunque supongo que tu Dios te dará una esposa diferente en la nueva tierra. ¿Y la herencia? Hemos trabajado muy duro para incrementar la fortuna familiar. Todos los matrimonios han sido planeados cuidadosamente para prevenir cualquier pérdida que...

-Lo sé, padre. Lo he pensado mucho y, ¿sabes qué? Realmente no me interesa. Estoy muy convencido de esto -bueno, es que no importa. Si lo deseas, puedes quitarme la parte de la herencia que me corresponde; así no correrás algún riesgo. Me llevaré a Sara y a mis sirvientes personales solamente, y todo aquello que sea realmente mío. Tú, mi madre, Najor y el resto de la familia pueden quedarse aquí en Jarán y cuidar el negocio. No te preocupes; tendrás noticias nuestras cuando nos hallamos establecido en la nueva tierra que Dios me muestre, y cuánto nos haya bendecido. Inclusive, ¡puede ser que establezca un nuevo punto de comercio allá repleto de caravanas!

Téraj vio un poco de su espíritu aventurero en su hijo. ¿Cómo podía él, quien había llevado a su familia tan lejos de su casa, discutir las ambiciones de Abrahán? ¿Acaso no habían sido éstos sus propios anhelos al iniciar? ¿Había olvidado que también quiso ir a Canaán? Quizá Dios planeaba llevar allá a su hijo; quizá

lo que éste escuchaba era una mera continuación -o un cumplimiento- de su sueño personal.

Téraj miró por largo tiempo sus gastadas sandalias y el polvo que las cubría. También quería tener descendientes tan numerosos como las partículas de polvo de la tierra. Sin embargo, la muerte de uno de sus hijos en Ur y el fracasado matrimonio que arregló para Abrahán habían ensombrecido aquellas expectativas. Quién sabe, tal vez aún podía suceder. Tal vez su casa por fin había adquirido un dios. Tal vez así perduraría.

Observó con atención a su hijo:

-Este dios -¿cómo dices que se llama? Quizá deberíamos consultar con los sacerdotes y los adivinos para saber si es poderoso.

-No me ha dicho su nombre aún, padre, pero estoy muy seguro de que es el mismo Dios que nuestros ancestros adoraban hace muchas generaciones -en los días de Noé.

-Ya veo. Si eso es cierto, entonces es un Dios excesivamente poderoso. Sería algo muy bueno para nuestra familia el adquirir a una deidad semejante.

Téraj se detiene por un momento y mira el polvo de nuevo, para dirigir luego la vista hacia su hijo:

-Espero que tengas razón.

-Entonces, ¿tengo tu bendición?-, preguntó Abrahán.

-Tienes mi bendición-, respondió su padre. Pero, en lo que se refiere a la fortuna familiar, eso tendrá que discutirlo el consejo de los ancianos.

¿Esperó Abrahán hasta que muriera su padre para separarse de la familia? Eso no lo sabemos pero, aun si no fue así, después de partir seguramente no esperaba ver a su padre de nuevo. Dios le decía que se marchara a otro lugar, y aspectos posteriores de la historia demuestran que la decisión de Abrahán significaba que ya nunca podría volver. Quizá lo único que el consejo familiar le dijo fue que: "¡Si te marchas, no vuelvas llorando más tarde buscando limosna!", en voz de algún frustrado miembro. A lo que Abrahán habría respondido: "No se preocupen, jamás volverán a verme por aquí otra vez. ¡Prefiero morir de hambre!"

Claro que la despedida pudo ser más amigable. En cualquier

caso, fue permanente. Si Téraj aún vivía, era como si ya hubiera muerto, pues Abrahán jamás volvería a verle.

Cuando comencé a escribir esta obra, mi propia madre se encontraba al borde de la muerte. Me sentí furioso en numerosas ocasiones, y comencé a mirar tanto al pasado como al futuro con otros ojos. Mi madre siempre fue el cofre del tesoro de las memorias familiares; conocía nombres, fechas, y detalles que los demás apenas podíamos recordar. Además de ser nuestro enlace con el pasado, era un importante puente con mi futuro. No quería decepcionarla nunca -siempre quise que se enorgulleciera de mí. Fue por su bien, en parte, que caminé por la vida con precaución. Con su muerte aproximándose, descubrí que me faltaba uno de los soportes del puente que me llevaba hacia el futuro, el cual repentinamente se hizo muy incierto.

Romper con los lazos familiares y del hogar debió tener un efecto similar en Abrahán. Cuando se vive en una familia patriarcal, muchas de las decisiones personales las toman otros. El gran peso de la responsabilidad debió caer sobre los hombros de Abrahán cuando salió de Jarán hacia el oeste, junto con Sara, su sobrino Lot (quien decidió acompañarle por el deseo de vivir una aventura, o simple curiosidad) y otras cuantas personas. También, al igual que el resto de la caravana, debió sentir muchas esperanzas.

Por ejemplo, se preguntarían cuándo volverían a escuchar a Dios. ¿Una voz bajaría del cielo para decirles: "Compañía, ¡alto -uno, dos!", para que pudieran descargar sus burros, levantar el campamento y reclamar el territorio para sus perpetuos descendientes? ¿Hasta dónde habrían de viajar, y por cuánto tiempo: dos o tres días, una semana, o tal vez dos?

Impresionados por Ebla

Si Abrahán esperaba que esta parte de su viaje espiritual fuera un corto paseo, entonces lo aguardaba una gran decepción. Después de caminar cuatro días, la familia probablemente llegó a la siguiente gran ciudad, Carquemis, donde podrían cruzar el Éufrates y dirigirse al sur. La siguiente parada conocida de Abrahán

Iras la salida de Jarán, es Siquén, en Canaán. Sin embargo, la distancia entre ambos puntos es de 550 kilómetros aproximadamente, por la ruta que yo creo que siguió la familia.

¿Qué cosas encontraron en el camino? ¿Espacios vastos y muy abiertos donde podían detenerse fácilmente y pensar en el futuro? Bueno, de hecho existían largas extensiones de territorio inhabitado sin duda, pero alguien ya las había reclamado: pequeños reinos cuyos centros se encontraban en lugares como Alalalakh, Alepo, Emar, Ebla, Jamat y Qatna. En esa época, las fronteras entre aquellas ciudades-estado no eran estables precisamente pero, aún así, reclamaban la tierra.

De las ciudades por las cuales pasó Abrahán, la más importante habría sido Ebla, cuyas excavaciones han sido cuidadosamente dirigidas por los equipos de la Universidad de Roma durante los últimos cuarenta años. Cuando Abrahán estuvo en la ciudad, ésta había sido reconstruida recientemente, recuperando casi toda la gloria que mostrara tres siglos atrás, antes de ser destruida por el rey Naram-Sin del viejo imperio acadio.

Situada en la cima de una colina, con poderosas murallas de tierra que aún alcanzan los veinte metros en algunas partes, la ciudad habitada por treinta mil almas debía impresionar a cualquier viajero. Si Abrahán y compañía se detuvieron el tiempo suficiente como para entrar a conseguir provisiones, pasaron frente a la atenta mirada de los guardias en la torre vigía; luego, por un sendero bien fortificado que obligaba a quienes lo atravesaban, a recorrer una curva gradual de cuarenta y cinco grados, para luego a enfrentar una segunda caseta aún mayor, cuyos grandes pasillos eran resguardados por soldados que podían abalanzarse sobre cualquier enemigo que hubiera cruzado la primera puerta. La arquitectura de ciudades como aquella era diseñada para inspirar tanto asombro como temor en el corazón de cualquiera que siquiera pensara en atacarlas.

Dentro de la ciudad, Abrahán tenía tres diferentes templos para visitar, incluyendo uno dedicado a Ishtar -diosa ligeramente parecida a Inanna, y que habría conocido en Ur. Un templo de menor tamaño estaba dedicado a Reshef, el dios cananeo de la guerra; el tercero, al dios solar local llamado Shamash, en lugar de

Utu. Otros dioses venerados en Ebla incluían a Baal, Moloc, Kura, Adad, y el dios más importante, El. Dado que este era el padre de los demás dioses en el panteón cananeo, su nombre significaba "dios" en un sentido genérico. Cuando el Señor se presentó a Abrahán, usó el nombre El en dicho sentido, pero añadió un adjetivo que mostraba una característica particular. El Elyon significa "Dios altísimo". El Shaddai generalmente se traduce como "Dios Todopoderoso". Después de que Dios ayudó a Agar en el desierto, ella se dirigió a él como El Roi -"el Dios que ve".

Encontrar una ciudad como Ebla -de tamaño comparable al de su natal Ur- en la tierra por la cual viajaba, debió darle a Abrahán una oportunidad para reflexionar. Cuando volvieron años más tarde, algunos de sus descendientes inspeccionaron los alrededores y reportaron que "gigantes" habitaban el territorio, inspirando temor en lugar de fe, en los corazones de aquellos a quienes Dios prometió la posesión de Canaán. Por su parte, Abrahán continuó su viaje, mirando todo con atención, preguntándose cuál era el propósito de su vida según Dios, esperando a escucharle decir: "No sigas".

No habían recorrido ni doscientos kilómetros antes de llegar a Ebla. Después de otros tantos, llegaron a Damasco, y debieron detenerse ahí pues la Biblia, en Génesis 15, menciona a un tal Eliezer de Damasco, a quien Abrahán nombra como su heredero. Ese breve comentario sobre Eliezer nos da detalles de la historia que no son obvios hasta que se leen entre líneas.

El gran arqueólogo bíblico William Foxwell Albright ha sugerido, con base en documentos antiguos descubiertos en el Medio Oriente, que había una buena razón por la cual un sirviente de Damasco fuera el heredero legal de Abrahán: parece que la ciudad era un centro bancario muy importante y, ya que los bancos no tenían sucursales en cada villa y cada pueblo en aquella época, tenían que diseñar medios alternativos para asegurarse de que su negocio estuviera bien atendido en tierras distantes. Si un extranjero llegaba para pedir un préstamo -quizá para cubrir los gastos de una caravana o alguna otra cosa- el banco le daba efectivo, pero también debía existir una garantía de que el dinero volvería a su lugar de origen. Por lo tanto, el prestatario llevaba consigo a uno de

los empleados del banco para que vigilara el dinero durante el viaje. Aún más: si el préstamo era muy grande, quien lo solicitaba tenía la obligación de adoptar a uno de los miembros de la ciudad como su heredero legal. Así la deuda se pagaría de una manera u otra -y con intereses. No importaba si el prestatario moría durante el viaje, su hijo adoptivo -el empleado bancario de Damasco- heredaba el efectivo y lo devolvía.

Entonces, Génesis 15 nos presenta a Eliezer, y nos indica detalles pertinentes de la vida de Abrahán. Para cuando llegó a Damasco, seguramente necesitaba dinero. Sus parientes del norte le negaron el acceso a los recursos familiares.

Este detalle también revela algo del carácter de Abrahán: era un hombre de negocios inteligente y previsor. Tal vez era un hombre de fe, pero no iba a quedarse por ahí a orar y esperar que las cosas se resolvieran por sí mismas. Tomaba las riendas y hacía lo que fuera necesario para solucionar sus problemas. Durante su recorrido, mientras esperaba escuchar la voz de Dios, no se olvidó de su propia conciencia, ni se dijo: "Dios proveerá, así que, ¿para qué preocuparse?" Tiempo después, Dios y Abrahán discutieron hasta dónde puede un hombre depender de sí mismo, y cuándo debe confiarle las cosas al poder divino.

Saber cuándo debemos dejarle las cosas a Dios y cuándo tenemos que actuar por nuestra cuenta es un reto para todos quienes creemos en él. A medida que continuemos nuestro viaje con Abrahán, atentos a la voz de Dios, él nos lo mostrará.

Referencias

'Jacobsen, p. 155.

CAPÍTULO SEIS
Deambular

"Abram atravesó toda esa región hasta llegar a Siquén, donde se encuentra la encina sagrada de Moré. En aquella época, los cananeos vivían en esa región"
(Génesis 12:6).

Abrí el capítulo anterior con la pregunta, "¿Cómo saber ruando se escucha la voz de Dios?", pero nunca la respondí, ¿verdad? Podemos contemplar la experiencia de Abrahán -con la perspectiva que nos dan cuatro milenios de distancia- y decir: "Sí, era la voz de Dios la que escuchó. Qué bueno que le prestó atención y le siguió". Aun así, la pregunta permanece: ¿Cómo podemos saber -sin el beneficio de la perspectiva- que la voz que escuchamos es la de Dios?

Siempre he respondido esa pregunta señalando que hoy (onocemos miles de años de experiencias registradas sobre aquellos quienes escucharon a Dios. Tenemos la Biblia -con sus sesenta y seis libros- si queremos revisar casos individuales. Cuando tenemos dudas, podemos recurrir a dicho registro y comparar cómo Dios guió a su gente a través de los años. Si lo que escuchamos no se parece a lo mostrado en la Biblia, entonces deberíamos preguntarnos si en verdad es la voz de Dios. Abrahán, sin embargo, no < ontaba con la Biblia.

Después de abandonar Damasco, probablemente siguió la ruta principal de comercio conocida como La Vía del Rey, que rodeaba el borde occidental del desierto árabe, hasta llegar al sureste de Siquén. Había un camino que llevaba por el oeste hacia el valle del Jordán, unas cuantas millas al sur del río Jaboc. Vadeaba el Jordán en Adamá y continuaba por el Vadi Faria, cruzando las colinas centrales de Canaán entre los montes Gilboa y Ebal en Siquén. En aquellos días, ésta debió ser la ruta preferente para llegar a Canaán por el norte, pues Jacob la siguió también para volver de Jarán casi dos siglos más tarde (véase Génesis 32:22; 33:17, 18). Un viajero contemporáneo describe de la siguiente manera el área

que atravesaron Abrahán y Lot en el valle del Jordán:

> Esta área, irrigada por las aguas del Jaboc, es muy fértil, y contrasta con la demacrada desnudez de las colinas que la rebasan, lo cual la hace más agradable. Un montículo, cuyo nombre moderno, Tell Damleh, refleja el nombre bíblico de Adamá, domina la tierra del fondo.[1]

Quedarse en un lugar tan agradable debió ser muy tentador, pero la voz de Dios no estaba ahí. Nada que dijera: "Este es el lugar". Ninguna orden. Así que los intrépidos viajeros continuaron, aunque Lot guardó muy bien el recuerdo.

Mientras Abrahán iba de un lugar a otro, pasó por muchas localidades convenientes donde podía detenerse y establecer su residencia, como su padre había hecho en Jarán. También conoció a todo tipo de personas con diferentes opiniones sobre los deseos de los dioses y cómo contactarles, por lo cual tenía que concentrarse mucho en la voz que había escuchado en primer lugar.

¿Sucedió eso en Siquén? Veamos de nuevo la historia:

> Abram atravesó toda esa región hasta llegar a Siquén, donde se encuentra la encina sagrada de Moré. En aquella época, los cananeos vivían en esa reglón. Allí el SEÑOR se le apareció a Abram y le dijo: "Yo le daré esta tierra a tu descendencia". Entonces Abram erigió un altar al SEÑOR, porque se le había aparecido. De allí se dirigió a la región montañosa que está al este de Betel, donde armó su campamento, teniendo a Betel al oeste y Hai al este. También en ese lugar erigió un altar al SEÑOR e invocó su nombre (Génesis 12:6-8).

La traducción de los versículos anteriores en la *Today's English Versión* (TEV) de la Biblia señala una de las sutilezas del texto hebreo. La mayoría de las versiones la ignora, llamando al lugar donde Abrahán se detuvo "el lugar de Siquén". La TEV le llama "el lugar sagrado de Siquén" ("the holy place at Siquem"), pues la palabra hebrea *maqom* generalmente se refiere a un lugar especial de adoración. Si Abrahán deseaba elegir en dónde esperar la

voz de Dios, lo más razonable es que eligiera un lugar que la gente local pensara que era adecuado para contactar a los divinos.

Aun el árbol donde se detuvo parecía tener un significado especial para un peregrino espiritual. La encina sagrada de Moré es llamada también por los estudiosos del hebreo "el oráculo roble", o "el árbol del oráculo".[2] En un relato posterior donde aparece Siquén, la Nueva Versión Internacional se refiere a la "Encina de los Adivinos" en Jueces 9:37. Al parecer, a Abrahán le interesaban los árboles semejantes a este, y más tarde pasó una larga temporada en el "encinar de Mamré". La palabra hebrea para describir estos árboles es la misma que se usó para la encina de Siquén. Tal vez recuerde que la profetisa Débora estuvo sentada bajo un árbol especial mientras respondía las preguntas de aquellos que pedían su consejo (véase Jueces 4:5).

Los hijos de un burro

Aparentemente, Siquén tenía una larga tradición como lugar de adoración para entablar una relación especial con Dios. Es interesante que, cuando Jacob estuvo ahí, los habitantes eran conocidos como "los hijos de Jamor"-l¡teralmente, los hijos de un burro (véase Génesis 33:19.) Para esa época, ya existía un templo en la región, conocido como El-Berith -el templo del Dios de los aliados. Es más, ciertos documentos encontrados en las ciudades cercanas revelan que frecuentemente se ofrecía el potro de un burro como sacrificio, parte de la ceremonia que simbolizaba el establecimiento de la alianza entre dos grupos de personas. Así que, los hijos de jamor quizá fueron un clan cuya principal actividad era vender burros a los grupos de personas que establecían relaciones basadas en alianzas. El dios adorado por los cananeos en Siquén debió ser un especialista en solemnizar las relaciones humanas.

Abrahán no estaba obligado a conocer todos los detalles. Probablemente habrá escuchado que Siquén era un lugar conveniente para contactar de nuevo a su Dios. Parece que él no había enviado ningún mensaje durante el viaje de más de quinientos kilómetros. Sin duda, Abrahán había invocado, orado y escuchado, pero no existe un registro que diga que Dios respondió con más

que la típica sensación de aceptación en general que provocan dichas actividades religiosas. Es como si, una vez que Dios le hubiera mostrado la dirección indicada a Abrahán, simplemente le dejó marchar, esperando a que llegara al lugar correcto antes de proporcionarle nuevas instrucciones.

Esto parece encajar bien en el arreglo original entre el hombre y su Dios. "Vete a la tierra que te mostraré", dice Génesis 12:1, y era lógico esperar que el lugar correcto no sería mostrado hasta llegar ahí.

¿Dios trabaja en su vida de una manera similar? ¿A veces descubre que pasan días, o tal vez semanas, antes de sentir alguna revelación especial o cercanía con él? Nada parece indicar que se ha desviado del camino indicado, pero continúa en una especie de "piloto automático espiritual". Eso no es malo en absoluto, mientras no pierda la sintonía y espere con atención a escuchar la voz de Dios, listo para seguir sus instrucciones.

Entonces, ¿eso fue lo que hizo Abrahán en Siquén? Leamos el relato cuidadosamente: "Allí el SEÑOR se le apareció a Abram y le dijo: 'Yo le daré esta tierra a tu descendencia'. Entonces Abram erigió un altar al SEÑOR, porque se le había aparecido. De allí se dirigió a la región montañosa que está al este de Betel..." (Génesis 12:7, 8). Exactamente, ¿qué era lo que esperaba escuchar? ¿Cree que deseaba oír a Dios decirle: "Esta es la tierra -este es el lugar"?

Suena bien. De hecho, yo mismo esperaría que Abrahán hubiera descargado sus burros, desempacado las tiendas, puesto sus ovejas a pastar, y levantado el campamento. Es decir, había caminado más de quinientos kilómetros. Si yo fuera él, todo lo que necesitaría escuchar era "este es el lugar", ¡para nunca volver a decir, "Levanten todo y vayámonos"! Habría llegado para quedarme.

Pero, ¿qué hizo Abrahán? Construyó un altar. Por supuesto que había altares en aquella región y, sin embargo, se tomó el tiempo para construir uno propio. Este era un lugar especial -el lugar donde Dios se le *apareció* por primera vez. Si tiene un marcador a la mano, será mejor que subraye *apareció* a partir de este momento, porque será una palabra muy importante para el resto de la historia. El Dios que aparece y el Dios que ve son elementos centrales del trayecto espiritual de Abrahán. Cada vez nos topamos con la

idea de ver o la de aparecer en la historia, emplean la misma raíz hebrea, que puede traducirse como "ver" o "proveer". Ese pequeño juego de palabras será una parte crucial del proceso de aprendizaje de Abrahán, previo a su examen final en el monte Moria.

Quizá las personas adoraban a otros dioses en Siquén. Puede ser que tuvieran altares específicos para establecer alianzas entre la gente que allí se reunía. Abrahán no quería ser parte de todo eso; construyó su propio altar, preparó su propio sacrificio e invocó a su Dios personal.

Qué cosa tan maravillosa: recorrer un camino tan largo, con la esperanza de conocer a su Dios; llegar, y descubrir que él estaba esperándole –¡en forma visible! Le daría una sensación muy cálida y reconfortante, ¿verdad? Diría: "¡Qué lugar tan asombroso!", ¿o no? ¿Acaso querría irse?

Por última vez, ¿qué hizo Abrahán? ¡Construyó un altar *y se marchól*

¿Qué sucedió? ¿Por qué no se quedó en Siquén, si Dios se le apareció ahí anunciándole que era el lugar que planeaba darle a sus descendientes?

La historia solamente nos ofrece una pista, un pequeño enunciado: "Los cananeos vivían en esa región". Abrahán debió contemplar los alrededores, y dijo: "Vaya. Este no puede ser el lugar correcto. Aquí ya viven personas. Creí que Dios me daría tierra despoblada".

Existía un factor adicional. Abrahán estaba acostumbrando a vivir en la llanura. Desde Ur, se podía ver el horizonte hacia prácticamente cualquier dirección sin toparse siquiera con una loma. Jarán está rodeada de montañas, pero la ciudad es un valle, con un río cercano para que bebiera el ganado, y mucha tierra plana donde pudiera pastar.

Por otro lado, los alrededores de Siquén son rocosos e irregulares, y gran parte de la región estaba cubierta de bosques. Yo estuve en el lugar una vez, al final de un largo verano, y el área se veía muy seca y estéril. Sin embargo, el promedio anual de lluvia en Siquén supera al de San Francisco. Todo parece indicar que las montañas centrales de Palestina tuvieron áreas boscosas alguna vez, al igual que las colinas alrededor de la dicha ciudad nortea-

menearía, y al menos ciertos sectores eran adecuados para alimentar rebaños de ovejas, reses y bueyes.

Precisamente por ser un lugar tan inhóspito, las poblaciones no eran muy grandes cuando llegó Abrahán. Aún así, adaptarse a una vida tan diferente requería mucho tiempo; quizá el hijo de Téraj y sus acompañantes se quedaron por un tiempo, pero se dieron cuenta de que era muy difícil ajustarse y, por tanto, decidieron marcharse.

Cuando usted sigue al Señor, es posible caer en un bache, dejar que su trayecto espiritual se convierta más en un hábito que una aventura. Seguir adelante sin esperar sorpresas, y pasar por alto el plan ideal de Dios para usted porque pensó que debía continuar con lo mismo, en lugar de aceptar el desafío de hacer las cosas de otra manera, experimentando y aprendiendo. La verdadera fe creciente, enfrenta con frecuencia retos que la sacuden cuando se le pide hacer cosas que nunca había hecho antes. Eso no es malo, porque nos ayuda a seguir activos, y nos obliga a confiar en que Dios nos proveerá con lo necesario, en lugar de contar solamente con nuestra propia sabiduría y fuerza.

Personalmente, pienso que eso era lo que Dios planeó para Abrahán en Siquén, pero este último no entendió el mensaje. Debió decidir que Dios no hablaba en serio, cuando le señaló que *aquel lugar* era el *correcto.* Cualquier otra tierra daba lo mismo, ¿cierto?

Téraj se desvió cuando se detuvo demasiado pronto. Abrahán, cuando no se detuvo en el momento indicado. Desde ese instante, intentó guiar él a Dios, en lugar de esperar lo contrario.

Así es como una persona se desvía totalmente, pero Abrahán pareció no darse cuenta, y siguió deambulando.

Referencias
'Nelson Glueck, *The River Jordán* (Filadelfia: The Jewish Publication Society of America, 1946), p. 143.
[2]Véase por ejemplo la traducción de Lawrence E. Stager en *Biblical Archaeology Review,* Julio/Agosto del 2003, p. 34, y los comentarios de Claus Westermann en *Génesis 12-3*6, tr. John J. Scullion, Minneapolis, Fortress Press, 1985, p. 153, 154.

(APÍTULO SIETE
lluscar

De allí se dirigió a la región montañosa que está al este de Betel, donde armó su campamento, teniendo a Betel al oeste y Hai al este. También en ese lugar erigió un altar al SEÑOR e invocó su nombre. Después, Abram siguió su viaje por etapas hasta llegar a la región del Néguev. En ese entonces, hubo tanta hambre en aquella región que Abram se fue a vivir a Egipto"
(Génesis 12:8-10).

¿Cómo responde Dios a los peregrinos espirituales que no le hacen caso?

Abrahán y compañía caminaron un par de días para ir de Siquén a Betel, y seguramente no fue fácil. Casi todo el camino '.ubía o bajaba por la cresta de Canaán -la cadena montañosa central.

Tal vez, para cuando llegó a Betel, Abrahán comenzó a preguntarse si había hecho lo correcto. ¿Ahora qué? Encontró a su Dios en Siquén. ¿Acaso le había dejado atrás? Lo mejor era detenerse y revisar las comunicaciones.

Esta no es una mala ¡dea cuando uno comienza a preguntarse si está avanzando por delante de Dios en su trayecto espiritual. Quizá sea hora de un retiro espiritual: ir de campamento, o '.¡mplemente caminar un buen rato en el bosque. En todo caso, ne(esita hacer una pausa, y dejar de preocuparse por lo que Dios quiere que haga (o lo que usted quiere hacer) y concentrarse en su lelación con él. Sobre todo, debe escuchar la voz de Dios en ese momento para estar seguro de que no va por el camino equivocado.

Cuando tenía trece años, mi padre y yo nos fuimos de excur- ión a las montañas de Oregon. Siempre lo recordaré -fue definiti\ ámente una de mis experiencias más importantes. Empacamos la tienda de campaña familiar y nuestras cañas de pescar en la vieja

camioneta Ford Fairlane, y nos fuimos rumbo a territorio desconocido para nosotros.

En la tarde llegamos a la cima de las montañas, a un lugar llamado Summit Lake. Tomamos nuestras cañas de pescar, pero pronto descubrimos que sólo mordían los mosquitos. A mí no me molestaba, porque de todas maneras me interesaba más explorar el bosque que atrapar peces. Dejé a mi padre sentado a la orilla del lago y me fui a vivir mi aventura.

Después de subir una colina, di la vuelta y descendí -sólo para descubrir que había bajado por el lado equivocado, y que ni mi padre ni el lago estaban a la vista. No parecía ser un problema grave; por tanto, volví a subir y bajé por un lado diferente.

Ni señales de mi padre o el lago.

Después de subir y bajar por tercera vez, comencé a sentirme perdido. Me apresuré a volver a la cima, mientras mi corazón latía con más fuerza de la necesaria. Esta vez probé algo diferente.

"¡Hola!", grité tan fuerte como pude. Volví a gritar, y otra vez. Entonces, escuché que alguien me respondía "Hola" débilmente, a un ángulo de treinta grados de distancia del lugar donde yo pensaba que estaba mi padre. "Sigue gritando", le llamé. "Quiero seguir tu voz".

Eso fue lo que hice -hasta llegar a la seguridad del lago.

Me alegra el haber tenido la buena conciencia de parar y llamar a mi padre, en lugar de seguir corriendo entre los arbustos buscando al elusivo lago. Parece que Abrahán tuvo la misma idea. Tras un par de días de gastar las sandalias en las arenas de Palestina, se detuvo, subió a la cima de una colina, miró a su alrededor, y llamó a Dios.

Pero no hubo respuesta. Nadie le dijo, "¡Hola!", para calmarle. Dios no le gritó, "¡Sí! ¡Estoy aquí! Sigue mi voz, y todo estará bien".

Cuando era un joven pastor, conocí a un fornido grandulón llamado Neal. Asistió a mi iglesia un par de veces, pero se desanimó y dejó de ir. Fui a visitarlo a su casa y, entre más llegaba a conocerle, más me agradaba.

Eventualmente, le pregunté qué sería lo necesario para que hiciera las paces con Dios. Guardó silencio en su asiento por un momento y, entonces, levantó su enorme mano de trabajador y

señaló con su índice la silla que estaba frente a él en la esquina contraria de la habitación. "Quiero que Dios baje, se siente en esa silla y hable conmigo. Entonces creeré en él", me dijo.

¿Tenemos derecho a demandar a Dios cosas como ésa?

¿Acaso no fue ésa la intención de Abrahán cuando construyó un altar a una docena de kilómetros de distancia, al sur del lugar donde Dios se le apareció?

¿Qué debemos esperar cuando exigimos que sea Dios quien nos siga, y no al revés?

Mi oración cuando fui ateo

No estoy seguro de lo que Abrahán esperaba que sucediera, pero lo único que consiguió fue silencio, al igual que Neal. Por mi parte, también fui ateo. Había descartado a Dios; creía que simplemente era producto de las fantasías humanas. Dejé de orar, abandoné la Biblia, y básicamente borré a la religión de mi vida. Un día, sin embargo, elevé una oración casi por accidente. Ni siquiera la dije en voz alta; solamente dejé correr mis pensamientos: *Dios, si de verdad estás ahí, ¡ayúdame a resolver esto!* Al día siguiente, mi problema se solucionó de una manera sorprendente; así volví a entrar en contacto con Dios, y mi vida se transformó.

¿Por qué, a veces, Dios escucha los susurros e ignora los gritos? Yo no soy él, así que no puedo responder esa pregunta. Pero, si algo podemos aprender de esta parte de la historia de Abrahán, es que aun si nos salimos del camino y parece que no podemos volver al último lugar donde vimos a Dios, él no nos abandona. Quizá permita que su amor actúe por sí mismo, dejándonos andar solos por un tiempo pero, si él ve una apertura fundamental para escuchar su voz en nuestros corazones, seguirá vigilándonos. Puede ser que nos observe a la distancia, guardando silencio entre las sombras, esperando el momento adecuado para volver a intervenir y devolvernos al camino correcto.

Dios dejó que Abrahán caminara hasta Egipto. Había hambruna en el territorio y, entre más lejos llegaba, la situación empeoraba. Aún así, continuó. Parece que nunca se le ocurrió dar la vuelta y volver a Siquén. Probablemente, eso era igual a rendirse, a

dar marcha atrás. Tal vez era demasiado tentador -una vez que se encaminara al norte de nuevo- seguir adelante y no parar hasta llegar a Jarán, lo cual habría sido muy inconveniente. Abrahán dijo que no volvería, y jamás se había retractado en su vida; no iba a hacerlo ahora.

Así pues, continuó su marcha. Pasó por Salén (Jesusalén), por Hebrón, por Berseba. Atravesó desiertos que pocos querrían recorrer en una Humvee, y mucho menos a pie. Debió ser un viaje terrible. Para cuando los agobiados viajeros llegaron a la línea de fuertes que la doceava dinastía de faraones había edificado para mantener fuera de su reino a los nómadas que llamaban "viajeros de arena", los recursos financieros, físicos y espirituales de nuestra caravana estaban seriamente agotados.

Puedo ver a Abrahán sentado alrededor de la fogata una noche, bien avanzado el viaje, intercambiando historias con otros hombres -quizá conductores veteranos que conociera en alguna parada de la Vía del Rey. En momentos así, generalmente la charla se concentra en el tipo de personas que podían encontrarse en diferentes lugares. Los relatos comienzan a volar al calor del fuego -historias sobre atrocidades, injusticias y crueldades. Gobernantes que robaban esclavos, niños, aun esposas. Hombres que habían muerto defendiendo a sus familias. "Pero, ¿saben cuál es el peor lugar de todos?", pregunta un hombre con una cicatriz en el rostro, cuya media sonrisa revela una boca cuyos dientes faltan casi todos.

"¡Egipto!", responde un coro de voces al unísono alrededor de la fogata -todos de acuerdo en que la nación sureña tenía la peor reputación de todas, debido a las terribles cosas que se les exigían ahí a los viajeros.

Al principio, Abrahán es un activo participante de la conversación, compartiendo sus propias historias, hablando inclusive de su búsqueda para encontrar a Dios. A medida que las historias se vuelven más vividas y crudas, guarda silencio y simplemente escucha. Cuando abandona discretamente el grupo para irse a dormir, ya puede sentir el cordero asado que cenó pateándole dentro del estómago. Pasa una noche difícil, revolviéndose en su lecho, soñando con las crueldades que podía encontrar en el camino. Se levantó, a la mañana siguiente, con un plan en mente. Algo simple

que tal vez podría salvarle la vida.

–Sara–, le dice a su esposa, quien se había levantado una hora antes, y que preparaba panecillos de cebada para desayunar– quiero hablarte de las historias que escuché anoche en la fogata.

–Sí, yo también las oí–, ella responde.

–Cosas horribles, no dormí bien.

–Yo tampoco.

–¿Qué nos pasará si nos encontramos con alguno de esos hombres tan crueles?

–Bueno, nosotros no iremos a Egipto, ¿o sí?

–Supongo que no.

–Entonces, quizá no veamos a ninguno de esos hombres.

–Quizá no–, dice Abrahán, y se aleja, cabizbajo, para reunirse con los hombres que cuidaban los rebaños. Mientras camina, contempla todo lo que posee –cada centavo que tenía estaba invertido en aquellas ovejas, reses, burros, camellos, y los sirvientes que los atendían. Podían quitarle todo fácilmente. Por primera vez, comienza a pensar en su vulnerabilidad –él era un hombre sin patria. Un hombre sin una familia cercana que pudiera vengarle si caía presa de alguna trampa o engaño.

Decidió que debía tener un plan. Estar prevenido ante cualquier emergencia.

–Sara–, dijo cuando volvió a la fogata donde las mujeres cocinaban– esto es lo que debes hacer si alguna vez enfrentamos alguna situación como las mencionadas anoche. Somos hermano y hermana. Hijos del mismo padre. Si los hombres del lugar te preguntan quién soy, les dirás: "Es mi hermano". ¿Entendido? (Véase Génesis 20:13).

Independientemente de que Sara entendiera o no, ella no tenía el derecho, en aquella sociedad, de cuestionar o contrariar a su esposo. Así que no lo hizo, y todo quedó arreglado. Sin tener siquiera la intención de ir a Egipto, Abrahán ya se había decidido por el camino de los cobardes, si alguna vez se encontraba en aquel lugar.

Dicen que todos tenemos un precio, un punto en el cual sacrificaremos nuestra integridad para sobrevivir, o simplemente para ganar algo. Si fijamos ese punto intencionalmente por adelan-

tado, es casi

Así lo hizo Abrahán.

CAPÍTULO OCHO

Salvación

"Cuando Abram llegó a Egipto, los egipcios vieron que Saray era muy hermosa. También los funcionarios del faraón la vieron, y fueron a contarle al faraón lo hermosa que era. Entonces la llevaron al palacio real. Gracias a ella trataron muy bien a Abram. Le dieron ovejas, vacas, esclavos y esclavas, asnos y asnas, y camellos" (Génesis 12:14-16)

Cuando llegó a Egipto, Abrahán ya estaba cansado -física, emocional y espiritualmente. El diablo, además, lo esperaba en la frontera.

En aquella época Egipto controlaba nominalmente, por lo menos, una gran parte de Canaán. Algunos eruditos piensan que los faraones probablemente administraban el territorio a través de gobernadores locales distribuidos en lugares como Siquén, Biblos, Betsán y Jerusalén. Cuán efectivo era dicho control, es otra cuestión. Los textos de execración descubiertos por los arqueólogos en Egipto nos indican que los gobernadores mantenían su dominio usando recursos muy débiles -esperaban que los hechizos mágicos funcionaran.

Un texto de execración es un hechizo, o maldición, escrito contra un enemigo. Los egipcios en los días de Abrahán escribían dichos textos en jarras y estatuas de barro; luego las rompían y las enterraban en un lugar sagrado. Esperaban que tal acto hiciera efectiva la maldición. El proceso seguramente ayudó poco a los egipcios, pero son de gran utilidad para los arqueólogos modernos, porque han recogido las piezas rotas y las han unido de nuevo, para descubrir cuáles áreas preocupaban a los egipcios en la antigüedad. Entre los nombres inscritos en los pedazos de barro que son de interés para los lectores de la Biblia, están Jerusalén, Ascalón, Betsán, Afee y Tiro.

La historia de Sinuhé, el oficial que huyó de Egipto a Canaán bajo una nube de sospecha, data de la misma época. El hecho de

que llegara hasta Biblos, y después se adentrara en la región para protegerse de los agentes egipcios, nos indica cuán amplios eran los poderes del faraón cuando Abrahán vivía.

Así pues, antes de que nuestro amigo el patriarca siquiera se aproximara a la frontera, debía conocer muy bien la magnitud del poder egipcio. No debe sorprendernos que realmente le preocupara su bienestar si Sara decía la verdad.

Justo aquí hay un aspecto de la historia que me molesta personalmente. Según Génesis 12, en este momento Abrahán tiene al menos setenta y cinco años de edad. Sabemos que Sara era solamente diez años menor que él (Génesis 17:17), así que tampoco era una jovencita. Veinticuatro o veinticinco años más tarde sucedió algo similar en Guerar (Génesis 20), cuando Sara ya no estaba en edad de tener hijos. Lo más lógico es preguntarse, ¿por qué los reyes robarían mujeres viejas que ya no estaban en su mejor época? En esa cultura, las mujeres se casaban a los doce o quince años. Así que no puedo evitar preguntarme si Abrahán y Sara en verdad tenían tanta edad, como dice el texto, cuando empezó su viaje. Los eventos no parecen corresponder a las edades. Me inclino más a pensar que la historia es cierta y que alguien por ahí confundió las edades, y no a considerarla falsa por parecer tan extraño que un rey deseara robar a una mujer de sesenta y cinco, o noventa años de edad, debido a su belleza o su capacidad de tener hijos.

Tal vez a usted no le molestan preguntas como ésa cuando lee la Biblia, pero a mí, sí. Quiero saber qué sucedió en realidad. Cuando encuentro dos aspectos de una historia que no encajan entre sí, reconozco que debo escoger alguno de ellos, o de alguna manera razonarlo todo, en un proceso que requiere un salto de fe mucho mayor de lo que Dios nos pide. Pienso que desechar todas las preguntas racionales acerca de genuinas anomalías en la Biblia, diciendo: "Dios lo dijo, lo creo y con eso me basta", al final debilita nuestra fe porque la separa más de la razón, mientras que Dios dice: "Ven, vamos a pensarlo juntos", ¿no es así?

Algunas personas, al ver lo que consideran inconsistencias o contradicciones en la Biblia, las usan como excusa para abandonar toda su fe en Dios -lo que, según yo, tiene tanto sentido como encontrar un error en el más reciente número del *New England*

lournal of Medicine (Revista Médica de Nueva Inglaterra) y, tan sólo por eso, perder toda la confianza en los médicos y las medicinas.

Preguntas como éstas son importantes para algunos, así que no podemos ignorarlas. Si nuestra intención es hablar inteligentemente con alguien del mundo secular que de verdad busca la fe, y este tipo de problemas en la Biblia le preocupan, no podemos pedirle a esa persona que acepte que la posmenopáusica Sara aún era tan atractiva a los noventa años, que los hombres estaban dispuestos a matar por ella. Ante esa persona, sería mejor concederle que tal vez los números o las fechas de los acontecimientos no son totalmente exactos, en lugar de aceptar que toda la historia está inventada. No estoy seguro de que el tipo de flexibilidad con respecto a las fechas que describí sea mi respuesta final ante las interrogantes anormalidades en la Biblia. Aún estoy aprendiendo, y planeo continuar así hasta el día que muera. Dicho todo esto, tomaremos las edades listadas en la Biblia como la base para interpretar la historia, porque son parte de ella.

¿Acaso no le molesta tener cabos sueltos en su caminata con Dios? ¿Es mejor que toda cuestión sea resuelta, y todas las preguntas respondidas? Tome en cuenta que cuando Abrahán no pensaba todo estaba muy bien, no le dio la espalda intencionalmente a Dios ni huyó de su presencia. Continuó experimentando su relación con lo sagrado. "Muy bien", dijo, "parece que las cosas no funcionan muy bien por aquí -avancemos un par de días más, para ver qué pasa". Y siguió marchando. No abandonó su fe -era lo que podríamos llamar un "creyente empírico". De todos modos, entre más se alejaba del lugar donde vio a Dios por última vez, más afectada se veía su fe. No creo que se le acabara; simplemente quedó sobrepasada por otros aspectos de su vida. Así volvió a ser "el de antes" -confiaba más en su inteligencia que en la fe.

Para mí, el aspecto más motivador es que Dios no abandonó a Abrahán cuando este buscaba poner en orden todo eso -aunque de verdad actuó muy mal en lo tocante a Sara y al faraón. Quiero decir, pésimamente.

Abrahán sacrifica a su esposa

En esta época, los reyes de Egipto solían habitar un lugar muy alejado del Nilo -a veinte o treinta kilómetros de distancia de la moderna El Cairo y las pirámides de Gizeh. La familia real tenía también un palacio en el delta del Nilo, probablemente en el área donde Jacob y sus hijos vivieron años después. Es muy poco probable que Abrahán y compañía llegaran a la ciudad capital.

Lo que sí sucedió, fue lo siguiente:

> Cuando estaba por entrar a Egipto, le dijo a su esposa Saray: "Yo sé que eres una mujer muy hermosa. Estoy seguro de que en cuanto te vean los egipcios, dirán: 'Es su esposa'; entonces a mí me matarán, pero a ti te dejarán con vida. Por favor, di que eres mi hermana, para que gracias a ti me vaya bien y me dejen con vida" (Génesis 12:11-13).

En términos simples, Abrahán estaba dispuesto a sacrificar a su esposa para salvarse a sí mismo. Sara sería la oveja del sacrificio en el altar que preservaría la vida del patriarca. Aún tenía que aprender muchas cosas, antes de darse cuenta de quién era su verdadero Salvador. Pero, mientras tanto, Sara serviría de sustituía.

¿Se habrá ido por voluntad propia? ¿Estaba harta de seguir a su vagabundo marido, quien aseguraba que Dios le hacía revelaciones especiales? ¿Será que para ella, quedarse a vivir en una casa verdadera -aunque fuera un harén- en verdad parecía ser un privilegio, después de tanta incertidumbre? Tal vez sí, pero apenas puedo creer que ella esperara con ansia ser el juguete nocturno de un megalómano que creía ser un dios.

A todo esto, ¿qué pensaba Abrahán? ¿Acaso no había otras cosas que podía darle a los egipcios para satisfacer su avaricia? Génesis 12:5 parece indicar que cuando salió de Jarán tenía muchas posesiones para llevarse. El versículo 16 describe su riqueza después de que entregó a Sara al faraón -casi como para sorprendernos de que tuviera tantas cosas otra vez. Es como si hubiera perdido casi todo en el camino a Egipto, y necesitara renunciar a su mujer para volver a ser un hombre rico. Obviamente le pagaron muy bien por su hermana/esposa.

Pero, ¿le calmarían todas esas cosas la conciencia? ¿Podía reemplazar a la mujer que le había seguido por tanto tiempo tan fielmente, tanto, que ni siquiera cuestionó su egoísta decisión de entregarla? ¿Sería difícil acostumbrarse a vivir sin Sara? ¿Pensó entonces que le estaba haciendo un favor, o que el beneficio era para sí mismo? ¿Era un hombre calculador que buscaba una manera de ayudar a Dios a cumplir sus promesas?

Después de todo, Sara era infértil. Un hecho real evidente. ¿Que Dios no le había prometido descendencia? Se lo había prometido a él, no a ella. Sus hijos nacerían en algún momento, pues contaba con la palabra de Dios. Intentó por años tenerlos con Sara, así que tal vez era momento de "sembrar otro campo".

Lo que les enseñaban a los niños de la Mesopotamia del sur en sus clases de educación sexual hace cuatro mil años, no tenía mucho qué ver con lo que hoy entendemos sobre la reproducción humana. Un niño de cuarto grado probablemente conoce hoy cómo se hacen los bebés mucho mejor que Abrahán. Las antiguas lenguas mesopotámicas no tenían una palabra especial para nombrar al semen. Le llamaban "agua" simplemente, y encajaba en su esquema del mundo tanto como las lluvias primaverales y la crecida de los ríos. Cuando el agua regaba la tierra, brotaba la vida. En la relación matrimonial, el hombre era semejante al dios acuático Enki -tenía el fluido que engendraba la vida. La mujer, sin embargo, debía ser tierra fértil para que la combinación diera frutos.

En otras palabras, de ninguna manera un hombre podía ser estéril. Mientras pudiera producir el fluido necesario, cumplía con su papel. Era la responsabilidad de la mujer el responder al líquido, engendrando vida nueva. Si esto no sucedía, era ella la estéril.

Considerando esto, no era tan malo como parecía que el faraón se quedara con Sara. Tendría un futuro decente bajo el cuidado de un rey, lo cual era mejor que cualquier cosa que podía prometerle Abrahán. De todos modos, tal vez ya se le había ocurrido la idea de buscar otra esposa antes de que se presentara esta ocasión. Las costumbres mesopotámicas permitían que un hombre tuviera dos esposas pero, dados los apuros por los cuales pasó antes de llegar a Egipto, descubrió que era difícil mantener a más de una. Entonces, sí, enviar a Sara con el faraón (sin mencionar que era in-

fértil, por supuesto), recibir el precio por ella, *¡voilá!* Resolvía dos problemas al mismo tiempo. ¡Qué brillante!

¿Se da cuenta de lo fácil que es razonar durante un viaje espiritual, cuando se ha alejado de Dios y comenzado a depender de su propia inteligencia en vez de su fe? Son asombrosas las cosas que se nos pueden ocurrir para justificar nuestro mal comportamiento. Lo que es aún más sorprendente, es que Dios está dispuesto a rescatarnos de nuestro propio carácter en cualquier momento.

Anunciando lo que le sucedería a los faraones de una dinastía posterior que le quitaron sus hijos a todos los descendientes de Jacob, el faraón que tomó a Sara repentinamente sintió que la mano de Dios descansaba pesadamente sobre su ser. "Pero por causa de Saray, la esposa de Abram, el SEÑOR castigó al faraón y a su familia con grandes plagas" (Génesis 12:17). La palabra traducida aquí como "castigó" difiere de la usada para describir las diez grandes plagas en Éxodo. En este caso, la palabra significa básicamente "tocar" -y puede usarse tanto en sentido positivo como negativo.

Este punto resalta porque tiene un poco de ironía. Por un lado, tenemos a Abrahán, el gran hombre de Dios, quien dejó atrás a su familia, sus amigos y su negocio para buscar el contacto con el Señor. Por el otro, al faraón, quien se considera divino y siente muy poca necesidad de contacto con el Dios que buscaba Abrahán. Y, ¿quién entra en "contacto" con Dios? ¡El faraón!

¿Qué pasa, por qué Dios sí puede comunicarse con el rey pagano, mientras que, cada vez que llama a Abrahán, parece que la línea está ocupada? ¿Acaso Dios debe trabajar con los no creyentes para poder contactar a sus sirvientes? ¿Alguna vez un supuesto "pagano" que comprendía mejor a Dios, le ha hecho entrar en razón en su trayecto espiritual? A mí sí me ha sucedido.

No es difícil analizar la situación -he visto cosas similares suceder tanto en mi propia vida, como en la de otros cristianos. Cuando uno sale a buscar al Señor, una de las trampas que el diablo tiende en el camino es el orgullo espiritual. "Soy el hombre (o la mujer) de Dios. Él me llamó a este ministerio especial. Eso demuestra cuánta confianza tiene en mí. Yo los he traído por este

camino, así que debe ser el correcto. Dios no me permitiría -a mí, su siervo especial personal- equivocarme de ruta. ¡Síganme! Yo sé por dónde ir". Mientras no salgamos del fondo de ese foso de auto-proclamación, estaremos lejos de la guía divina. No es que Dios sea incapaz de contactarnos ahí; es que la línea de comunicación está ocupada con nuestros propios y orgullosos balbuceos, y no podemos prestar atención a dos voces simultáneamente. ¡Algunas veces él tiene que derribar el poste de la línea telefónica sobre nuestra casa para que guardemos silencio y escuchemos!

¡Lo hizo de nuevo!

Los mensajeros del faraón llegaron al campamento de Abrahán y lo llamaron; dudo que eso le pareciera bueno. Le contaron el pequeño secreto, de que el rey lo hacía responsable de todo lo malo que había sucedido en su casa durante los últimos dos meses. Probablemente sintió algo así como que le caía el poste de la línea telefónica encima. Debió seguir a los emisarios temblando y con miedo.

Lo asombroso es que el faraón sintiera el poder del Dios al cual se enfrentaba, y decidiera no arriesgarse a sufrir más desgracias (con esto, mostró tener un mejor juicio que el de su sucesor que se aferró al trono cuando Moisés y Aarón le hicieron una visita). Devolvió entonces a Sara y despidió a Abrahán sin siquiera pedirle que devolviera lo que le había regalado. "Abram salió de Egipto con su esposa, con Lot y con todos sus bienes, en dirección a la región del Néguev. Abram se había hecho muy rico en ganado, plata y oro" (Génesis 13: 1,2).

¿Qué aprendió Abrahán de su experiencia?

Depende de cómo se lea la historia. Personalmente, opino que una parte de la misma, tal y como la cuenta Génesis, está mal colocada en la secuencia de los eventos de la vida de Abrahán. Me refiero a la historia que cuenta Génesis 20, sobre Abrahán, Sara y el rey Abimélec de Guerar. Es virtualmente idéntica a lo que sucedió en Egipto. Abrahán tuvo miedo de nuevo, le dio su esposa a un rey extranjero, y Dios tiene que liberarla milagrosamente para devolverla a su legítimo esposo.

No es conveniente dejar la historia en el lugar que tiene en la narrativa de la vida de Abrahán. Esta aventura con Abimélec tiene que ajustarse muy apretadamente en un momento intermedio entre la promesa del nacimiento de Isaac, y el año siguiente a tal hecho; o sea: un año antes de la visita, o en la siguiente primavera. En total, los eventos en Guerar tienen que haber sucedido durante no más de doce meses, tal vez menos.

Esto no es del todo imposible, pero existe otro problema. Para estar seguros de que Isaac fue hijo de Abrahán, y no de Abimélec, entonces Sara debió entrar al harén de este último, uno o dos meses después de la promesa del Señor. Si hubiera sido un poco más de tiempo, Sara habría vivido con Abimélec nueve meses antes de que naciera Isaac –¡imagina el escándalo que causaría eso! ¡El rey podría negar cuanto quisiera el haber tocado a Sara pero, aún así, las lenguas hablarían!

Aún hay más información en la historia, que niega la posibilidad de que haya ocurrido en el supuesto momento. Cuando terminó, después de que Abimélec devolviera a Sara, Abrahán oró para que la casa del rey fuera liberada de la aflicción por la que estaba pasando: "Porque a causa de lo ocurrido con Sara, la esposa de Abraham, el SEÑOR había hecho que todas las mujeres en la casa de Abimélec quedaran estériles" (Génesis 20:18).

¿Cuánto tiempo era necesario para darse cuenta de que todas las mujeres de la familia habían quedado estériles? En otras palabras, ¿cuánto tiempo era necesario para darse cuenta de que ninguna de las mujeres podía embarazarse? Hoy, con las pruebas caseras, una mujer puede saber si está embarazada en tan sólo unas cuantas semanas. En la antigüedad, se necesitaba un poco más de tiempo –al menos dos o tres meses, a decir verdad. Así que no estamos hablando de una semana en el harén de Abimélec después de la llegada de Sara. Ella tuvo que vivir ahí el tiempo suficiente para que todos se dieran cuenta de que ya no nacían bebés en la tribu, algo que pudo tomar meses.

Todo indica que Abrahán abandonó a su mujer por segunda vez en otro momento, y ni siquiera hemos pensado por qué Abimélec querría robarse a una mujer posmenopáusica de noventa años en primer lugar. Quiero decir, puedo aceptar la idea de que

Sara se veía realmente muy bien a esa edad pero, ¡me pregunto qué l.in atractivas serán Sofía Loren o Goldie Hawn cuando tengan noventa años!

Después de considerar las dificultades de aceptar la historia en el lugar que le da el Génesis, es hora de consultar un mapa. ¿Dónde estaba Guerar? Bueno, resulta que estaba justo en el camino que llevaba de Egipto a Betel. Génesis 13 dice que Abrahán fue a Betel después de salir de Egipto. En aquellos días, era un centro importante de reunión para las caravanas, la primera parada que podían encontrar los viajeros después de atravesar el desierto por el norte de Egipto. Así que era natural que Abrahán, quien volvía a Canaán, se detuviera en ese lugar. Geográficamente, Guerar encaja en el capítulo 13, pero no en el resto de la historia. ¡A mí me parece que lo único que Abrahán aprendió en Egipto fue que vender a la esposa era una manera fácil de hacerse rico! Aparentemente, lo intentó de nuevo en Guerar cuando marchaba al norte.

¿Alguna vez lo atraparon con la mano en la caja de galletas dos días seguidos cuando era niño? ¿Qué hizo su madre la primera vez; hornear bizcochos para usted? Lo dudo. Aun suponiendo que sí, ¿qué pasó la segunda vez que lo descubrió hurtando de nuevo? ¿Horneó aún más bizcochos? No lo creo.

Ni siquiera Dios reacciona así todo el tiempo. Sí, su gracia es inmensa -él es todo gracia-, pero no es común que premie a quien se porta mal. A pesar de ello, recompensó a Abrahán.

Imagine a Dios librándolo dos veces seguidas de las consecuencias de su egoísta estratagema -¡y bendiciéndole además con cuantiosos regalos! Pero así fue. Cuando Abimélec devolvió a Sara, envió además ovejas, bueyes, sirvientes, ¡y mil monedas de plata!

Es difícil entenderlo. Digo, ¿cómo esperaba Dios que Abrahán aprendiera cosas buenas, si seguía premiándolo por su mal comportamiento? Sin embargo, como veremos en la historia más adelante, el método del Señor funcionó.

Tenía grandes planes para Abrahán *y* Sara, sólo que la parte masculina del dúo dinámico no lo entendió al principio. En cierto sentido, la bondad que tuvo con Abrahán era una manera de abofetearle la mejilla -un reclamo por tratar de hacer las cosas a su manera en lugar de confiar en Dios. Abrahán esperaba que Sara

fuera su salvación, mientras que el verdadero Salvador se quedó mirando todo el tiempo, esperando a que la fe se arraigara, brotara y creciera fuertemente en el corazón del patriarca y, ¿sabe qué? Al final así sucedió.

Esta parte de la historia puede enseñarnos muchas cosas. Algo que no había pensado antes de repasar el relato con este libro, es que Dios generalmente permite que las bendiciones lleguen a sus hijos descarriados, esperando que los guíen de vuelta a él. A veces nos quejamos ante él: "¿Por qué prosperan los malvados?" (véase Jeremías 12:1, por ejemplo). El Señor tiene sus propios caminos inescrutables.

Se necesitó un par de bendiciones añadidas no merecidas para que Abrahán aprendiera lo que necesitaba y, adivine qué: Dios sabía lo que hacía todo el tiempo.

CAPÍTULO NUEVE

Bendiciones

"Desde el Néguev, Abram regresó por etapas hasta Betel, es decir, hasta el lugar donde había campado al principio, entre Betel y I lai. En ese lugar había erigido antes un altar, y allí invocó Abram el nombre del SEÑOR. También Lot, que iba acompañando a Abram, tenía rebaños, ganado y tiendas de campaña. La región donde estaban no daba abasto para mantener a los dos, porque tenían demasiado como para vivir juntos. Por eso comenzaron las fricciones entre los pastores de los rebaños de Abram y los que cuidaban los ganados de Lot. Además, los cananeos y los ferezeos también habitaban allí en aquel tiempo. Así que Abram le dijo a Lot:'No debe haber pleitos entre nosotros, ni entre nuestros pastores, porque somos parientes. Allí tienes toda la tierra a tu disposición. Por favor, aléjate de mí. Si te vas a la izquierda, yo me iré a la derecha, y si te vas a la derecha, yo me iré a la izquierda"' (Génesis 13:3-9).

Ahora volvemos al tercer cuadro. El primero fue Jarán; el segundo fue Siquén, donde Abrahán vio a Dios cara a cara. El tercero es Betel -donde Abrahán construyó un altar y llamó al Señor sin recibir respuesta.

Para entonces, él, Lot y compañía tenían serios problemas. Dios había sido demasiado bueno con ellos.

Quizá planeaban seguir por el norte y llegar a Siquén -para volver al segundo cuadro. Sin embargo, llegaron a Betel, donde se dieron cuenta de que viajar juntos ya no era conveniente. La razón que tenemos para la gran separación, es que los sirvientes de Lot y los de Abrahán no podían llevarse bien. Es fácil imaginarlos acechando todos los rincones buscando pastura a cada momento, y luego peleando por quién recibiría el mejor lugar, ¿verdad?

Por otro lado, me pregunto si no había otras razones. Siento que algo muy malo sucedió en Siquén durante el viaje de ida -porque, aún después de la partida de Lot, Abrahán jamás volvió a vivir ahí. Quizá hubo un fuerte enfrentamiento con los habitantes

que no terminó bien, ¿quién sabe? Si tal fue el caso, entonces es más fácil explicarse por qué la tensión aumentó tanto cuando los viajeros llegaron a Betel. Tal vez Abrahán estaba decidido a volver a Siquén –el lugar donde había visto a Dios y hablado con él–, pero, a medida que se acercaban, los sirvientes se inquietaban más. No querían volver. Ya que todos estaban al borde de un ataque de nervios, las disputas de siempre se hicieron tan duras, que se necesitaba una solución drástica.

Así que Abrahán y Lot dan un pequeño paseo por la colina principal, hasta llegar a una loma desde donde se veía bien hacia todas direcciones; Abrahán entonces le ofrece la primera elección a su sobrino. Algo muy extraño de su parte, ¿no le parece? Es decir, a estas alturas, cualquiera que discutía con él podía señalarlo con el índice y decirle, "Sólo piensas en *ti mismo,* ¿verdad, Abrahán?"

Piénselo. Nadie más había participado en sus decisiones anteriores. Abrahán aseguró que podía escuchar a Dios decirle que abandonara Jarán, y nadie pudo disuadirlo. Hizo su voluntad, y se llevó a todos sus dependientes incluyendo a Lot. Llegaron a Siquén, y decidió irse de nuevo. Llegaron a Egipto y Guerar, y actuó sin importarle los deseos de Sara. Ahora, repentinamente, Lot puede escoger primero. Obviamente, algo ha cambiado en Abrahán.

Esa es la mejor parte de un trayecto espiritual. Lo obliga a uno a crecer. Inesperadamente, Abrahán ya está dispuesto a confiar en Dios, en lugar de sí mismo.

No es que, a partir de ese momento, dejara de hacer las cosas a su manera, o que dejara de trabajar para que su negocio prosperara. Sin embargo, aprendió algo de sus errores: que las bendiciones que le traían sus maquinaciones, sin importar cuán inteligentes o tramposas eran, no podían compararse con lo que la gracia divina le había dado. Le habrá sorprendido cómo Dios insistía en bendecirle cada vez que había fallado y desconfiado. A pesar de sus esfuerzos para ganarse las cosas por sí mismo, Dios continuó bendiciéndole. Abrahán había tratado de vivir su propia vida y, aunque se desvió quinientos kilómetros al ir a Egipto, el Señor no lo perdió mucho de vista. Por tanto, Dios quería ver a Abrahán ofrecerle la mejor tierra a Lot.

Desde las colinas rocosas cercanas a Betel, Abrahán y Lot contemplaron la tierra, antes de que este último viera un lugar que se parecía a su hogar. El valle del Jordán le recordaba a Jarán y Ur un lugar donde podría sembrar y encontrar buenas pasturas. Aquella memoria del terreno fértil donde cruzaron el Jordán de camino a Siquén salió del lugar donde la había guardado en su mente. La vida sería menos difícil en un valle como ese, pensó Lot. Allá fue entonces; descendió al valle y se instaló cerca de Sodoma ignorando los desafíos espirituales a los que se enfrentaría.

Por su parte, Abrahán se quedó en Betel, en el altar donde le gritó a los cielos sin recibir respuesta. Esta vez, sin embargo, Dios estaba dispuesto a verlo de nuevo.

¿Cuál era la diferencia? ¿Había cambiado de opinión, o era su siervo quien había cambiado?

Abrahán cortó su comunicación con el Señor cuando salió de Siquén y se dispuso a resolver sús problemas por sí mismo. Aunque se detuvo en Betel el tiempo suficiente para construir un altar e invocar a Dios, éste sabía que era por mera costumbre.

El hecho de que vayamos a la iglesia todas las semanas, demos la ofrenda, cantemos himnos y oremos, no significa necesariamente que de verdad caminamos con Dios. De hecho, a veces la religión se interpone en nuestra relación con él. Nos da seguridad -sentimos que todo está bien entre nosotros y Dios, simplemente porque seguimos los rituales correctos. Aún así, debajo de la máscara religiosa, quizá seamos tan rastreros e hipócritas como el hombre que vendió a su esposa por conveniencia en Egipto.

El problema que tuvo Abrahán cuando estuvo en Betel por primera vez, no era que Dios lo había dejado. Él no se recargó en su trono celestial y dijo: "¿Crees que iré a Betel contigo? ¡En absoluto! ¡Te dije que Siquén era el lugar, y allí me quedaré!" No, el problema era de Abrahán.

Cuando volvió a Betel, Dios lo recibió -¡porque Abrahán había cambiado, no Dios! Ahora estaba dispuesto a escuchar. Tuvo la oportunidad de hacer las cosas a su manera, forjar su propio destino, planear sus propias estratagemas, y eso no le había hecho

bien. Nada funcionaba como quería. Estaba obligado a conservar a su estéril esposa, y había vuelto a Canaán –la tierra prometida. Así llegó Dios para hablarle.

"Levanta la vista", le dijo. (Lot *bajó* la vista para mirar el valle; Dios le dijo a Abrahán que la *levantara.* Lot terminó viviendo en el punto más profundo de la tierra, a más de doscientos metros por debajo del nivel del mar; Abrahán se quedó arriba, en la parte alta. Podría incluir un sermón entero sobre esto, pero no dejaré que nos distraiga en este momento).

Dios continuó: "...levanta la vista desde el lugar donde estás, y mira hacia el norte y hacia el sur, hacia el este y hacia el oeste. Yo te daré a ti y a tu descendencia, para siempre, toda la tierra que abarca tu mirada. Multiplicaré tu descendencia como el polvo de la tierra. Si alguien puede contar el polvo de la tierra, también podrá contar tus descendientes. ¡Ve y recorre el país a lo largo y a lo ancho, porque a ti te lo daré!" (Génesis 13:14-1 7).

¡Caramba! ¿Se da cuenta de la diferencia que hay entre esta promesa y la hecha en Siquén? En dicha ciudad, fue algo así como, "A tus descendientes les daré esta tierra". Ahora era, más bien, "Te daré a *ti* y a tu descendencia toda la tierra que abarca tu mirada". Lo decía el mismo Dios que ya había hecho demasiado por Abrahán. Las cosas parecían mejorar esta vez. Todo lo que veía era suyo. ¡Esa sí es una bendición!

Nota lo que hizo después: "Entonces Abram levantó su campamento y se fue a vivir cerca de Hebrón, junto al encinar de Mamré. Allí erigió un altar al SEÑOR" (Génesis 13:18).

Hebrón estaba al menos a dos días de distancia –quizá tres, para un grupo tan grande– al sur de Betel. Lo que yo me pregunto es, *¿por qué al sur, Abrahán? ¿Por qué insistes en ir al sur desde Betel, en lugar de ir al norte hacia Siquén?* Yo no conozco todos los aspectos de la historia, así que no puedo opinar. En Siquén, Abrahán vio que los cananeos ya vivían en la tierra que Dios le prometía; si creyó que no era el lugar más apropiado, ¿quién soy yo para juzgar?

El Señor le animaba a dar una vuelta por toda la tierra, hacia los cuatro puntos cardinales –como para reclamarla para su Dios en etapas. Aparentemente, Abrahán se conformaba con ir al sur.

Quizá estaba cansado de caminar, y pensó que dejaría en las hábiles manos de Dios el cuidado de su regalo, hasta que lo necesitara. Puede ser que viera algo en Hebrón que le había gustado. Muchos árboles crecían en la región, similares al que se encontraba en el lugar donde vio a Dios en Siquén. Se quedó entonces a vivir ahí.

CAPÍTULO DIEZ

Itabilonia

"En aquel tiempo los reyes Amrafel de Sinar, Arioc de Elasar, Quedorlaómer de Elam, y Tidal de Coyim estuvieron en guerra contra los reyes Bera de Sodoma, Birsá de Comorra, Sinab de Admá, Semeber de Zeboyfn, y el rey de Bela, es decir, de Zoar [...] Los vencedores saquearon todos los bienes de Sodoma y de Comorra, junto con todos los alimentos, y luego se retiraron. Y como Lot, el sobrino de Abram, habitaba en Sodoma, también se lo llevaron a él, con todas sus posesiones.

Uno de los que habían escapado le informó todo esto a Abram el hebreo, que estaba acampando junto al encinar de Mamré el amorreo. Mamré era hermano de Escol y de Aner, y éstos eran aliados de Abram. En cuanto Abram supo que su sobrino estaba cautivo, convocó a trescientos dieciocho hombres adiestrados que habían nacido en su casa, y persiguió a los invasores hasta Dan. Durante la noche Abram y sus siervos desplegaron sus fuerzas y los derrotaron persiguiéndolos hasta Hobá, que estaba al norte de Damasco. Así recuperó todos los bienes, y también rescató a su sobrino Lot, junto con sus posesiones, las mujeres y la demás gente" (Génesis 14:1-2, 11-16).

Tan pronto como Dios nos da un regalo, el enemigo se aparece y trata de quitárnoslo. Si pensaba que salir a buscar al Señor sería un paseo en el parque, piénselo de nuevo. Cuando uno sostiene una relación cercana con él y comienza a recibir sus bendiciones, llegan también los desafíos.

Aquí hay muchas lecciones qué aprender. Comencemos con Lot. A final de cuentas, ¿cuál es su papel en esta historia? ¿Por qué acompañó a Abrahán en la búsqueda de Dios? ¿Fue por razones espirituales, por la aventura, o porque le agradaba su tío? ¿Fue porque se había peleado con el resto de la familia en Jarán? ¿También era un buscador espiritual, o simplemente le gustaba viajar? Nunca se nos dice lo que pensaba Lot.

¿Es usted un genuino buscador espiritual, o un mero acompañante que espera beneficiarse de la odisea espiritual de los demás? ¿Le gusta leer la Biblia y estudiarla por su cuenta? Cuando va a la iglesia, ¿le agrada ser parte de una clase de la Escuela Sabática, y compartir sus experiencias con los demás miembros para aprender juntos? ¿Le pregunta constantemente a Dios, "ahora qué, qué más quieres que haga, qué otra cosa quieres enseñarme"? ¿O prefiere ir a la iglesia una vez por semana, escuchar el sermón, y esperar a recoger las migajas espirituales de la búsqueda de otra persona?

Hasta donde sabemos, Lot no construyó un altar ni habló con Dios. Es semejante a un campista aficionado que no es importante en la historia hasta que, o causa problemas, o necesita que lo ayuden -lo que está a punto de suceder, porque: "Abram se quedó a vivir en la tierra de Canaán, mientras que Lot se fue a vivir entre las ciudades del valle, estableciendo su campamento cerca de la ciudad de Sodoma. Los habitantes de Sodoma eran malvados y cometían muy graves pecados contra el SEÑOR" (Génesis 13:12,13). Siempre que la Biblia habla de personas malvadas y pecadoras, los problemas se avecinan, ya sea porque los causarán, o los tendrán.

La geografía relacionada con la tierra que Lot seleccionó, y que además había sido invadida, es fascinante, tanto espiritual como físicamente. Se preguntará qué quiero decir exactamente con "geografía espiritual"; simplemente esto: los reyes que atacaron a Sodoma llegaron del área que Abrahán abandonó según la orden divina -en el norte. La Biblia siempre nos presenta una imagen particularmente mala de Sinar, pues se oponía a Dios. Compare este relato con los eventos descritos en Génesis 10:10 y Daniel 1:2, por ejemplo. Sinar fue el lugar donde aquellos que se rebelaron contra Dios construyeron la torre de Babel. Cuando el pueblo del Señor no se arrepintió de sus pecados en los días de Daniel, el rey Nabucodonosor los atacó y se llevó bienes y personas "a Babilonia y puso en el tesoro del templo de sus dioses" (Daniel 1:2).

El libro de Esdras cuenta que, trece siglos después, el fiel remanente de Dios fue llamado para ir a la tierra que se le había dado a su ancestro Abrahán, y así terminara su cautiverio en la tie-

rr.i de Sinar/Babilonia. Aquellos dispuestos a caminar con fe icspondieron y salieron de Babilonia. Hacia el final de los tiempos bíblicos, el apóstol Juan escuchó a un ángel celestial gritando, "¡Ha (ciído! ¡Ha caído la gran Babilonia! [...] Salgan de ella, pueblo mío, para que no sean cómplices de sus pecados, ni los alcance ninguna de sus plagas..." (Apocalipsis 18:2, 4). Este es el llamado que escuchará el pueblo de Dios en el fin de los tiempos, para que abandone las religiones apóstatas y aprenda a confiar con toda su *fe* en él, en lugar de sí mismos.

Marcha atrás

Lo que nos muestra Génesis 14 es que el valle del Jordán, donde Lot se fue a vivir, había estado bajo el control de los reyes babilonios durante doce años. En otras palabras, cuando Lot miró el valle y recordó su hogar -los valles bien irrigados de Ur y Jarán- escogió dar marcha atrás en su viaje. Hizo a un lado cualquier progreso espiritual que había logrado mientras seguía a Abrahán, para quedarse con el valle y su agua. En esencia, volvió a Babilonia el día que se separó de su tío. Cuando Amrafel, Arioc, Quedorlaómer, y Tidal aparecieron y se lo llevaron cautivo a la propia Babilonia, el suceso simplemente confirmó la decisión que tomó previamente. La lección que nos enseña aquí la geografía espiritual es que, cuando uno deja de avanzar con el Señor, comienza a caminar hacia atrás -inmediatamente. Al principio, el retroceso no se nota pero, si ha pisado terreno autocomplaciente y rebelde, el rey de Babilonia llegará eventualmente para decirle que ya es su prisionero.

La geografía física del relato también es interesante. Si leemos la lista de ciudades devastadas por los reyes durante su marcha hacia Sodoma, vemos sus ejércitos transitaron por la misma Vía del Rey que Abrahán siguió desde Jarán. No cruzaron al sector oeste del Jordán. Eso fue muy inteligente de su parte, pues Egipto consideraba que dicha parte del río les pertenecía. Si los reyes hubieran llegado al lado que habitaba Abrahán, se habrían arriesgado a enfrentar al faraón. Al parecer, el grupo de soldados que llevó a cabo la misión del saqueo era relativamente pequeño, así que pelear contra las fuerzas egipcias no era precisamente su mayor anhelo.

Cuando Abrahán fue a rescatar a Lot, Génesis 14:14 dice que "convocó a trescientos dieciocho hombres adiestrados". La palabra usada para referirse a dichos hombres es *hanikim,* vocablo que aparece solamente una vez en la Biblia, y es de origen egipcio, aparentemente. Cabe la posibilidad de que gran parte de su ejército estuviera compuesto por soldados egipcios que le dio el faraón (Génesis 12:16) y que, cuando atacó a los reyes cuando éstos se iban a casa con su botín, una de las razones por las cuales fueron fácilmente derrotados es que pensaran que el ejército egipcio había caído sobre ellos. Los egipcios tenían la costumbre de colocar pequeñas guarniciones en las áreas que planeaban conquistar, así que los gobernadores locales Aner y Escol, quienes acompañaron a Abrahán, podían haber dispuesto de soldados egipcios también.

(Sé que Génesis 14:14 dice que los hombres de Abrahán habían "nacido en su casa", pero el capítulo 15:3 menciona a Eliezer, quien obviamente nació en Damasco. El concepto que conlleva esta expresión es que los hombres en cuestión eran hijos -o sirvientes- de la propia casa de Abrahán, no necesariamente que hubieran nacido ahí físicamente. En Mesopotamia, a los sirvientes frecuentemente se les consideraba parte de la extensa familia del líder de un clan).

El punto de todo esto es que la geografía física del saqueo hecho por los reyes extranjeros encaja muy bien con lo que conocemos acerca de la situación geopolítica de la época. Elam, el hogar de Quedorlaómer, estaba en apogeo debido a su decisiva participación en el derrocamiento de la tercera dinastía de Ur en los años previos. Los eruditos aceptan que el nombre *Tidal* es una reducción hebrea del nombre hitita Tudalias. Sin embargo, la Anatolia aún no estaba controlada por un rey hitita. Los registros de los mercaderes asirios que vivieron en el área se refieren a los jefes, y los jefes supremos, como los gobernantes. Si Tidal era uno de dichos jefes supremos que controlaba a otros jefes menores, llamarlo "rey de naciones" le quedaba bien. No está claro de dónde venía exactamente "Arioc de Elasar", pero se ha encontrado el nombre Arriwuk en las tablillas de barro descubiertas en la ciudad mesopotámica Mari, que fue la capital de un poderoso reino en la época y

< ontroló todo el comercio que recorría la parte meridional del río I n ira tes.

Con los afluentes correspondientes, el área calurosa que iodea el Jordán puede producir buenas cosechas. Hoy, los granjeros obtienen tres cosechas de tomates al año, pues la temporada de crecimiento es interminable. También existen grandes bosquecillos con datileras, y plantaciones de plátano en el valle. Las excavaciones en el área de Bab edh-Dhra en la costa este del Mar Muerto han revelado la existencia de una floreciente civilización alrededor de cinco "ciudades de las planicies", y al menos dos de ellas fueron destruidas por un incendio. Los arqueólogos piensan que estuvieron habitadas solamente durante los tres siglos previos al viaje de Abrahán, y que nadie vivía ahí cuando él estaba en Hebrón, así que probablemente no son las mismas ciudades de las planicies mencionadas en la historia de Lot. De todas maneras, las ciudades nos dan al menos una ¡dea de cómo era la vida para el sobrino de Abrahán en el valle.

Además de la riqueza agrícola, las ciudades probablemente iuncionaban como centros mercantiles que comerciaban alquitrán del Mar Muerto, y cobre de las minas del Sinaí. Los faraones de la doceava dinastía de Egipto reabrieron dichas minas en la época de Abrahán, así que el comercio probablemente prosperaba a través de Sodoma y la Vía del Rey.

Un área tan rica naturalmente captó la atención de la coalición de reyes que controlaba el valle del Éufrates hacia el norte y el este de Canaán. Enviaron grupos periódicamente para que saquearan los productos del trabajo de los habitantes, y para convertirlos en tributarios. Como usualmente sucede con el "cobro de impuestos sin representación", pronto comenzó la rebelión, que culminó poco tiempo después de la llegada de Lot.

El blanco fácil

Parece que Lot no se entrometió en la tremenda batalla que se libraba en el Valle del Sidín pero, cuando los reyes locales perdieron y huyeron a las montañas, el sobrino de Abrahán fue

blanco fácil para los invasores, y terminó cayendo prisionero. Eso significaba que estaba condenado a ser un esclavo en Babilonia por el resto de su vida. Creo que la moraleja es que uno no tiene que relacionarse mucho con los perversos para sufrir su mismo destino. Simplemente convivir con ellos es suficiente para tener un montón de problemas.

Satisfechos con el éxito de su saqueo, los reyes del norte tomaron los bienes y volvieron a Babilonia. Pero no contaban con el poder de Dios, manifiesto en el hombre que respondió a su llamado. Cuando Abrahán se enteró del predicamento de Lot, sabía que tenía que hacer algo al respecto. No podía sentarse y decir: "Qué mala suerte tuvo Lot. ¡Se lo merece por escoger la mejor tierra!"

Tampoco pensó que bastaba con reunir a todo su clan y elevar una oración especial a favor de Lot y sus vecinos: "Querido Señor, hemos recibido noticias de que has permitido que tu siervo, y nuestro querido amigo, Lot, ha sido capturado para servir a los viles y malvados babilonios. Te rogamos que permanezcas con él en su hora de tribulación, y que lo apoyes y mantengas, de manera que sea un testigo para ti aun bajo esas oscuras y malignas circunstancias que le has permitido sufrir. Pues sabemos que lo amas y que lo bendecirás aun en este extremo".

Abrahán aún estaba aprendiendo a caminar correctamente con Dios. De repente se tropezaba, y actuaba cuando no le correspondía. Esta vez, vio que la situación requería acciones inmediatas. Sin titubear, tomó la ofensiva y salió a salvar a su desafortunado sobrino. Convocó un consejo de guerra, reunió a sus aliados amorreos, dispuso su propia tropa, y se marchó al norte a perseguir a los saqueadores.

Los victoriosos reyes del norte planearon muy bien su campaña. Cuando bajaron al sur, destruyeron toda la resistencia efectiva que encontraron por todo el camino a Damasco, y entonces viraron y aniquilaron a todos los que intentaron atacarlos por detrás. La lista de lugares que derrotaron está en Génesis 15:7. Sólo hasta que tuvieron el paso libre para regresar, atacaronj las ciudades de la planicie que se habían aliado en su contra.

Después, con todo su botín, volvieron a casa -sin duda via-

jaban más lenlo que la primera vez, cuando llegaron al sur como un relámpago. Ahora tenían esclavos recién capturados que marchaban a pie, y probablemente se abastecieron de otras cosas en las áreas conquistadas por ellos previamente, lo cual aumentaba aún más su carga. Esto le dio a Abrahán y sus aliados un poco de liempo para organizarse, marchar al norte, y colocarse en las posiciones correctas para sorprender a los saqueadores. Los exploradores los encontraron cerca de Dan, al norte del Mar de Galilea. Abrahán y su compañía posiblemente vieron a los victoriosos invasores festejando hasta bien entrada la noche, y después los atacaron por dos flancos, cuando la mayoría de los guerreros dormitaban en su embriaguez. "Durante la noche Abram y sus siervos desplegaron sus fuerzas y los derrotaron, persiguiéndolos hasta Hobá, que está al norte de Damasco" (Génesis 14:15).

El ejército de Abrahán no era tan grande como para rodear y superar completamente a los enemigos que atacó, pero el sonido de la diana a la medianoche aparentemente los asustó lo suficiente como para que comenzaran a correr. Así, la pequeña y veloz tropa de Abrahán continuó persiguiéndolos, atacándolo a la pesada caravana mientras escapaba hacia el norte, durante más de cuarenta kilómetros, aun después de pasar por Damasco. Los reyes del norte se vieron obligados a huir por sus vidas, dejando mucho del botín en el camino.

Cuando volvían, Abrahán y sus aliados Aner, Escol y Mamré, encontraron a Melquisedec, rey de Salén. El nombre de Melquisedec significa "mi rey es la justicia". No solamente era un rey, también era "sacerdote del Dios altísimo" *(El Elyon).*

Melquisedec es un enigma. Moraba entre los cananeos, pero era un rey de paz y justicia quien conocía al Dios creador de los cielos y la tierra. Los intérpretes cristianos ven en él a una prefiguración de Cristo, y algunos inclusive se atreven a decir que fue una encarnación previa de Jesús. Esto me parece un poco exagerado, aunque ciertamente desempeñó un papel fascinante en esta historia, y el pan y el vino quizá simbolizan la Última Cena en cierto sentido.

Melquisedec no aparece en otro lugar del relato. Simplemente se aparece aquí, y luego desaparece completamente.

Su repentina presencia en el Valle de.Save (probablemente el Valle Kidron en el lado este de Jerusalén) no sorprendió a Abrahán. Por alguna razón, el patriarca ya conocía al dicho rey de paz y justicia, y también llegó a aceptar a Melquisedec como una persona a quien podía recurrir para buscar bendiciones espirituales.

Aparentemente, Salén es la ciudad jebusea que el rey David llamó, años más tarde, Jerusalén. Ya que se ubica en el camino principal entre Betel y Hebrón, Abrahán debió pasar por ahí al menos tres veces antes de pelear con los monarcas del norte. Entonces, cuando salió a cumplir su peligrosa misión, ¿será que se detuvo en Salén y pidió la bendición de Melquisedec, y tal vez solicitó su consejo? Eso explicaría la inesperada aparición del rey cuando Abrahán volvía a su casa. Quizá lo consideraba una persona bondadosa, pues ambos seguían al "Dios altísimo".

No es fácil para los peregrinos espirituales -especialmente si son hombres- encontrar compañeros de viaje adecuados. Para alguien como Abrahán, quien había demostrado tener un valor extremo al salir de su hogar para seguir a Dios a donde lo llevara, era especialmente complicado encontrar a una persona semejante a sí, y mucho más a un guía o mentor. Sin embargo, por alguna razón, Melquisedec lo era.

Abrahán reconoció en Melquisedec a un hombre digno de su respeto; Melquisedec reconoció en Abrahán a un hombre de Dios especialmente bendecido, así que deseó afirmar la bendición divina con una ceremonia. Salió al encuentro de los guerreros, llevando consigo pan y vino. Entonces bendijo a Abrahán: "¡Que el Dios altísimo, creador del cielo y de la tierra, bendiga a Abram!" (Génesis 14:19), identificando además al Dios que ambos hombres adoraban. Muchas traducciones usan la frase "creador del cielo y de la tierra", porque la palabra hebrea usada significa tanto construir como adquirir. Es el verbo que usó Eva cuando tuvo a su primer hijo: "¡Con la ayuda del SEÑOR, he tenido un hijo varón!", dijo. ¡Claro que ella mismo tuvo mucho qué ver en el suceso, durante nueve meses!

Después de bendecir a Abrahán, Melquisedec alabó a Dios: "¡Bendito sea el Dios altísimo, que entregó en tus manos a tus ene-

migos!" (versículo 20). Enviar alabanzas y bendiciones en nombre de ambas partes, era el papel de un sacerdote o mediador y, aparentemente, Abrahán aceptaba esta función en el enigmático rey. Lo más natural, entonces, era ofrecer el diezmo al sacerdote.

Creo que si yo hubiera sido Abrahán, habría dado por sentado que toda esta aventura fue parte de los planes de Dios para enriquecerme. No me habría molestado darle a Melquisedec su diez por ciento, pero el resto de las ganancias, bueno, me habría molestado ver a los sodomitas en la pobreza y con hambre, así que probablemente los habría enviado a su casa con las provisiones suficientes. Claro que, después de haberme arriesgado tanto y gastar mucho dinero preparando el viaje, habría considerado la mayor parte del botín un buen resultado de la inversión.

Sin embargo, Abrahán ya conocía mejor las bendiciones divinas, y no se quedaría con algo que no le pertenecía. Los versículos 22 y 23 indican que, aun antes de pelear, le prometió a Dios que renunciaría al botín. Permitió que Aner, Escol y Mamré se enriquecieran, pero quería estar seguro de que la gloria de su hazaña fuera para el Señor. Devolvió su parte a los propietarios originales, no sin antes explicar por qué -en claro e inequívoco testimonio de la bondad de su Dios. Qué oportunidad tan maravillosa para que los sodomitas preguntaran acerca de él, e inclusive para comenzar a alabarle. Habían visto su gracia funcionar de manera poderosa, y más tarde la verían de nuevo. Rechazarla por segunda vez, sellaría su destino: la gracia rechazada se convirtió en ira.

Encontramos de nuevo a Abrahán, de vuelta en su campamento, temblando en sus sandalias. Efectuar un ataque relámpago y recolectar el botín requiere mucha adrenalina, especialmente para un octogenario. Después de su gran momento espiritual, después de vencer en Dan, y el inspirador servicio de alabanza en Salén, Abrahán estaba en su casa, pensando -probablemente preguntándose en qué se había metido. Siempre había hecho todo lo posible para vivir en paz con los demás -huyó de Siquén para evitar un enfrentamiento, renunció a su mujer en lugar de pelear por ella. Ahora, repentinamente se había colocado en la precaria situación de un guerrero que tenía por lo menos a cuatro reyes entre sus enemigos.

Qué miedo.

CAPÍTULO ONCE

Reproche

"Después de esto, la palabra del SEÑOR vino a Abram en una visión: 'No temas, Abram. Yo soy tu escudo, y muy grande será tu recompensa'. Pero Abram le respondió: 'SEÑOR y Dios, ¿para qué vas a darme algo, si aún sigo sin tener hijos, y el heredero de mis bienes será Eliezer de Damasco? Como no me has dado ningún hijo, mi herencia la recibirá uno de mis criados'"

(Génesis 15:1-3).

En la época de Abrahán, los soldados no recibían un salario por ir a luchar en el extranjero para que "el mundo sea seguro para la democracia", ni algún altruismo similar. La guerra se hacía por pillaje y ganancias. Los reyes salían a la guerra porque esa era la manera más rápida de obtener oro, plata, esclavos, y otros tesoros que les agradaban porque los hacían verse bien y poderosos frente a su gente.

La guerra de Abrahán, en contraste, había sido altruista de principio a fin. Se apresuró a rescatar a su sobrino, y después rehusó quedarse con el botín. Después de que la adrenalina había disminuido, ¿habrá cambiado su opinión del asunto? Cuando vio cómo Aner y Escol andaban por ahí, montados en asnos ricamente adornados, vistiendo telas finas de Babilonia, ¿su propia ropa de lana le habrá picado más de lo usual?

Es fácil caer en la misma trampa cuando el vecino estrena su nuevo Jaguar. Después de todo, nunca va a la iglesia, y considera que donar cien dólares al año a la United Way es muestra de su gran generosidad. ¿Por qué recibe tantas bendiciones, cuando todo lo que usted se puede permitir después de dar el diezmo y las ofrendas es un Buick de segunda mano?

Dios le dio a Abrahán un mensaje diseñado para cortar de raíz esa sensación. "Yo soy tu escudo, Abrahán, y en mí está tu recompensa. El botín de la batalla puede ser tentador, pero pronto se

acabará. Cuando la túnica de Aner se haya deshecho, tú aún contarás conmigo".

¿Cómo respondió Abrahán a la munificente proclama de Dios?

Su respuesta es casi escandalosa en un principio, pero mirémosla más de cerca. En realidad, revela que Abrahán avanzó uno o dos pasos en su relación con Dios.

Esencialmente, contestó echando las mismas promesas del Señor en su rostro. "Votos y promesas, ¡eso es todo lo que me das!", le gritó. "¿Cuándo me darás algo de verdad? ¿Cuándo me vas a dar lo que yo quiero? ¿Cuándo me darás un hijo?"

¿Qué opina de hablarle así a Dios? ¿Es de sabios cuestionar sus acciones? ¿Es conveniente molestarse con él?

Salí por el pasillo de la sala de urgencias del hospital, acompañado por la hermana Elaine, la capellana. Visitamos a una familia cuyo hijo de dieciocho años había fallecido. Su hermana menor hizo derrapar el automóvil familiar sobre la carretera cubierta de hielo; el muchacho salió despedido del vehículo y se rompió el cuello.

"Me parece que llegaré a casa y estaré muy enfadada con Dios", me dijo Elaine. Eso me tomó por sorpresa. No pude responderle. Ni siquiera recordaba el haber estado enojado con él. En ciertos momentos lo abandoné, e inclusive negué su existencia. Lo ignoré y desobedecí en otras ocasiones, pero no recuerdo que alguna vez me molestara con él. Después de todo, ¿qué ganaba con eso? El es Dios y yo soy su creación; debo aceptar su voluntad suprema. Al menos me criaron con esas ¡deas. Discutir las acciones de Dios es tan útil como discutir con tus padres el hecho de que se casaran y tuvieran hijos.

Ahora me doy cuenta de que eso no es correcto. Veo que, para Abrahán, su habilidad para discutir con Dios le ayudaba a caminar en la dirección correcta.

Abrahán también ignoró a Dios; luego pasó a escucharle, y después a confiar en él. Cuando aprendió a discutir con el Señor, reconoció un poco más su supremacía en un nuevo nivel.

Uno nunca discute con el semáforo, porque su funcionamiento no cambiará sin importar lo que diga. Por otro lado, si un

polic ía de carne y hueso dirige el tráfico en una intersección, Inimio, discutir con él o rogarle un poco tal vez le ayude si su esposa va en el asiento posterior, lista para "expulsar" al nuevo miembro de la familia. Antes de que Abrahán pudiera discutir con Dios, tuvo que dejar de tratarlo como si fuera la luz de un semáloro. Aprendió a responder a la mente de Dios, no a su voluntad. ¿Ve la diferencia?

Un libro de respuestas

Conozco personas que piensan que la Biblia es un libro de respuestas -igual a un paquete de cartas del Tarot. Cuando quieren respuestas, buscan un versículo de un renglón que les diga "sí" o "no"; así se ahorran el proceso de razonar y orar. No necesitan discutir con Dios para determinar qué tipo de crecimiento él desea que experimenten. Sólo quieren una respuesta.

Por supuesto, si uno no puede encontrar la respuesta correcta *leyendo* la Biblia, siempre puede recurrir a la vieja rutina: abrir la Biblia en una página cualquiera, cerrar los ojos, y usar el dedo. Cualquier versículo que señale le da la respuesta. Este método convierte a la Palabra de Dios en un extraño oráculo mágico, que da direcciones que no requieren algún tipo de razonamiento o interacción con el consejero. Lo mismo da si arroja un dado o usas un "de-tín-marín".

Hasta este momento, Abrahán solamente solicitaba respuestas negativas o afirmativas al Señor, como si todo lo que éste deseaba obtener de su relación era un esclavo sumiso y conformista. Obviamente Dios quería mucho más pues, cuando Abrahán respondió con reproches en lugar de aceptación, se quedó a continuar la conversación y elevar la relación con su amigo a un nuevo nivel. Repentinamente, Abrahán comenzó a descubrir la diferencia entre obedecer ciegamente y caminar con fe junto a un Dios racional y razonable.

Antes, cuando Abrahán se comunicaba con Dios, éste hablaba y el primero escuchaba. En realidad no establecieron una comunicación verdadera -era más bien una serie de instrucciones unilaterales. Sin embargo, en Génesis 15 leemos que Abrahán le

respondió a Dios, cuando éste le habló para prometerle protección y una gran recompensa. Finalmente se sobrepuso al asombro y al temor que sintió cuando se dio cuenta de que Dios quería hablarle. Tuvo tiempo para pensar en las promesas divinas. Tuvo tiempo para intentar ayudar a Dios, deshaciéndose de su esposa infértil. De todos modos, los resultados de sus decisiones no fueron buenos. Para empezar, no tenía hijos y, cada vez que quiso resolver el problema por sí mismo, Dios lo superó gentilmente, bendiciéndole además -demostrando que él, su Señor, realmente no necesitaba que Abrahán le ayudara gran cosa. Era una relación inclinada hacia un solo lado, que Dios dominaba.

Abrahán experimentó su propia incapacidad en las manos de Dios, y también fue testigo del gran poder que podía darle. Fue a rescatar a Lot después de afirmar que no se quedaría con el botín, asegurando así que lo hacía por la gloria del Señor, no la propia. Marchó con fe, y descubrió la fidelidad de Dios cuando éste no solamente cuidó su vida, también le dio la victoria. Ahora deseaba que trabajaran juntos de otra manera. Se dio cuenta de que el Altísimo era un Amigo cercano, lo suficiente como para discutir un poco, con base en dicha amistad. Cuando Dios, entonces, anunció que la recompensa de Abrahán sería grandiosa, el patriarca tenía algunas preguntas pendientes.

Abrahán no vio que Dios era más que solamente palabras. "¿Realmente crees que me contentaré con verte bendiciendo a los descendientes de mi hijo adoptivo, Eliezer?", preguntó, "son *mis* hijos a quienes deseo que bendigas, y ni siquiera te has molestado en darme uno. Promesas, promesas son lo único que recibo".

¿Alguna vez se ha sentido tan frustrado con Dios? ¿Ha mirado al cielo y gritado: "Dónde estás ahora, Jesús? ¡Dijiste que vendrías *prontol* ¿En tu libro dos mil años significan *pronto*?" ¿Ha contemplado con lágrimas en los ojos el ataúd de un ser amado, por cuya recuperación ayunó y oró, y murmurado en voz baja, "qué te pasa, Dios? ¿No prometiste que sanarías a aquellos por quienes se ora y se unge?"

Al contrario, ¿ha sentido que no tiene derecho de cuestionar a Dios? ¿Que su papel en la relación que tiene con él es la sumisión silenciosa?

Si li.iy .ilgo que muestra la interacción entre Abrahán y Dios en Génesis 15 es que al Señor no le importa ser cuestionado. De hecho, parece que le agrada. No es un dictador autoritario cuyas decisiones son irrevocables; es un Dios amante y personal, quien desea interactuar en un nivel racional con su creación. ¿Por qué otra razón nos daría mente propia y capacidad de razonamiento?

Cuando Abrahán le reprochó a Dios sus promesas, éste elevó la relación a un nuevo nivel. Ahora podía dejar de limitarse a decirle a su amigo, "sigue" y "alto". Sus promesas ya podían ser más específicas. "Eliezer no será tu heredero", dijo. "Será tu propio hijo, y sus descendientes serán tan numerosos como las estrellas del cielo".

La fe de Abrahán crece

En cuanto Abrahán descubrió que podía comunicarse de verdad con Dios, su fe se incrementó bastante. A pesar de que Sara envejecía, Abrahán creyó que tendría una multitud de herederos, justo como Dios lo quería. Para él, ser justo era tener confianza, y nada más.

Dejar su hogar, su familia y casi todas sus posesiones para deambular bajo el liderazgo divino por mil kilómetros, o algo así, no hizo de Abrahán un hombre justo.

Marchar a la batalla y rescatar del cautiverio babilónico a Lot -el evangelismo en su más peligrosa expresión- no hizo de Abrahán un hombre justo.

Devolver el botín de guerra a quienes habían sido despojados no hizo de Abrahán un hombre justo.

Dar el diezmo no hizo de Abrahán un hombre justo.

Fue la confianza lo que le hizo un hombre justo. Confiar a pesar de sus propias dudas abrumadoras -tan profundas que no le importó expresarlas en presencia de Dios. Ahora, Abrahán se había convertido en un buscador que pensaba y cuestionaba. Estos nuevos ingredientes fortalecieron su relación con Dios.

A juzgar por lo que he aprendido, creo que no puedo enfatizar este punto con demasiada fuerza. Existen muchos caminos para conocer a Dios, y podemos lograrlo en diversos niveles. Honestamente, yo no creo que una relación puede volverse tan fuerte y

profunda como él desea, sin antes pasar por una etapa de reflexión, cuestionamiento y discusión. El mismo hecho de que la furia de la hermana Elaine me sorprendiera tanto, indicaba que no había caminado lo suficiente por la ruta de Abrahán. Aún tenía miedo de cuestionar a Dios, y eso significaba que mi relación con él seguía basada más en el temor que el amor pues, como dijo Juan el discípulo amado: "Ese amor se manifiesta plenamente entre nosotros para que en el día del juicio comparezcamos con toda confianza, porque en este mundo hemos vivido como vivió Jesús. En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor. El que teme [...] no ha sido perfeccionado por el amor" (1 Juan 4:17,18).

Enfrentaremos a Dios en el día del juicio. Cuando Abrahán le vio en visión, tuvo el atrevimiento de hacerle preguntas y reclamarle lo que consideraba un incumplimiento de promesas.

Adivine qué: eso era lo que Dios esperaba de Abrahán desde el principio: una relación bilateral de confianza. Ahora tenía a alguien con quien realmente podía comunicarse, alguien que bebiera de su bondad y se volviera semejante a él. Ya que todo estaba listo para que Abrahán se colmara con la bondad divina, Dios lo consideró un hecho -la confianza se volvió justicia porque le abrió la puerta al caudal de bondad. Ahora el hombre que había vivido tantos años haciendo las cosas a su manera estaba listo para escuchar, discutir lo que se le decía, y aprender. Pasó de la etapa de memorización para convertirse en un experto en su objeto de estudio: Dios. Puesto que éste notó el progreso, estaba dispuesto a darle un "10" en el curso. Sabía cuáles serían los productos del aprendizaje.

Entonces renovó la promesa que le había hecho a Abrahán poco después de que éste le permitiera a Lot quedarse con las mejores pasturas. "Te traje a esta tierra para dártela", dijo.

Abrahán, entusiasmado por la reacción que tuvo Dios después de cuestionarle, respondió con otra pregunta: "SEÑOR y Dios, ¿cómo sabré que voy a poseerla?" (versículo 8).

La respuesta de Dios le parecerá extraña, a menos que conozca las costumbres de la época. Simplemente, le dijo a Abrahán que presentara una ternera, una cabra, un carnero, una tórtola y un pichón. El patriarca sabía qué hacer con los animales: los mató y

partió por la mitad excepto al par de aves, los colocó en el suelo y esperó a ver lo que sucedía. Estuvo ahí hasta el atardecer. Cuando llegaron los buitres y se abalanzaron sobre la ofrenda, los alejó. Sabía por qué estaba esperando, y no toleraría interferencias.

En cuanto el sol tocó el horizonte, sus ojos comenzaron a pesarle. No pudo permanecer despierto. Mientras dormía, escuchó una voz que le hablaba, prometiendo que, aunque sus descendientes la pasarían mal por muchas generaciones, al final Dios les daría la tierra en cuestión. Eran simples palabras, y definitivamente no lo que Abrahán esperaba.

Cuando despertó, descubrió que los restos ofrecidos estaban intactos. Algo los protegió de las bestias. Entonces, en la profunda oscuridad de una noche sin luna, bajo las estrellas que Dios le había retado a contar, Abrahán vio y escuchó lo que había esperado. Sin que algún humano interviniera, aparecieron una hornilla humeante y una antorcha encendida. Abrahán observó con asombro cómo estos símbolos divinos pasaron junto a él en silencio y se colocaron en medio de los animales muertos. Dios habló de nuevo, esta vez en la forma de un solemne juramento de alianza.

Es la primera vez que oímos a Dios hacer un pacto con Abrahán. Antes eran promesas o llamados, pero ahora el Señor estaba dispuesto a unirse con su amigo y sus descendientes en un pacto solemne. "Le daré esta tierra a tu descendencia", juró.

Debido al lugar donde Dios se ubicó para realizar el pacto, Abrahán sabía que no estaba escuchando cosas y que el compromiso hecho era irrevocable. Pidió que se afirmara la promesa, y Dios hizo lo mismo que habría hecho Abrahán para sellar un pacto solemne. Pasó entre los cuerpos partidos a la mitad.

Pasar entre las mitades era una manera muy conocida de solemnizar un pacto. Era decir, con apoyos visuales, "pagaré con mi vida si alguna vez traiciono el pacto que hicimos hoy". Los individuos que pactaban invocaban el destino de las bestias sacrificadas si faltaban a su palabra. ¡Así que Dios había jurado por su misma existencia que los descendientes de Abrahán heredarían la tierra prometida!

Tenemos otro aspecto significativo en estas imágenes visuales, algo ausente en la ceremonia. Dios no invitó a Abrahán a pasar

junto a él entre las mitades. Para que un pacto entre dos parles estuviera ratificado propiamente, ambos debían estar de pie entre las entrañas divididas. El hecho de que Dios haya pasado solo entre las mitades, decretaba que el pacto no dependía de ambas partes, sino únicamente de él. Así como Dios protegió los restos cuando Abrahán dormía, también cumpliría los términos del pacto sin importar las acciones del patriarca.

De todas maneras, Dios ya sabía que Abrahán permanecería fiel, pues las vías de comunicación entre ambos estaban finalmente abiertas. Ahora su fidelidad podría llenar a su siervo.

Los eventos subsecuentes probarían que, aún después de la cima de una montaña, el fondo del valle de la muerte, y un reavivamiento por causa de Dios mismo, la fe y la comunicación de Abrahán no eran perfectas, y que éste mismo tampoco lo era. ¿Anuló esto la justicia que Dios le había reconocido?

No.

Ahora Dios había unido su relación con Abrahán en un juramento de vida o muerte. Y él -el Dios eterno del universo- movería el cielo y el infierno para asegurarse de que sus promesas se cumplieran. Iría tan lejos como para sufrir y morir para que sus amigos -aquellos que tienen una relación con él similar a la que tenía Abrahán- sean colmados con su justicia.

¡Imagínelo! Un Dios omnipotente dispuesto a sujetar sus propias manos (¡inclusive a permitir que se las clavaran a una cruz!) para mantener abiertas las vías de comunicación, bendiciones y justicia para su pueblo.

Es algo que vale la pena pensar por toda la eternidad, ¿no lo cree?

CAPÍTULO DOCE

Cumplimiento

"El SEÑOR, le dijo:'Debes saber que tus descendientes vivirán como extranjeros en tierra extraña, donde serán esclavizados y maltratados durante cuatrocientos años. Pero yo castigaré a la nación que los esclavizará, y luego tus descendientes saldrán en libertad y con grandes riquezas'" (Génesis 15:13, 14).

Vista de cerca, no es una promesa tan grande. ¿No es la secuela de lo dicho por Dios? "Ya está bien, Abrahán. Me has rogado tanto tiempo que te dé hijos, y así será. Así que dejaré que tus nietos, bisnietos y tataranietos sufran mucho tiempo la esclavitud -algunos durante toda su vida- ¡pero tus tátara tataranietos serán liberados y recibirán muchas cosas!"

No es que quiera ser sarcástico pero, en serio, no creo que a mí me hubiera emocionado mucho una promesa como ésa. Es decir, si oro para que un problema se resuelva, deseo que suceda en el momento, o antes, si es posible. ¿Por qué prometerme algo maravilloso que ocurrirá después de cuatro o cinco generaciones? ¿A *mí* en qué me beneficia?

Sin embargo, Abrahán pareció estar muy satisfecho con la promesa de Dios. Al menos ya no discutió más; simplemente la aceptó, lo cual me dice que probablemente yo tengo que madurar un poco en mi caminata espiritual, pues me crié en la generación de la gratificación inmediata.

Los *baby boomers** de los Estados Unidos de Norteamérica durante la posguerra, tenemos que ser algunas de las personas más impacientes que alguna vez caminaron por la faz del planeta. Somos quienes hicieron millonarios a personas como el coronel Sanders y DaveThomas, quienes descubrieron maneras de servir la comida en sesenta segundos o menos. Somos los primeros en considerar que es nuestro derecho por nacimiento ser curados de las

*N. del R. Nombre que se le da en los Estados Unidos de Norteamérica a la generación de niños que nació de los soldados que regresaron de la Segunda Guerra Mundial, la cual se ha considerado que manifiesta actitudes particularmente seculares.

enfermedades serias en un máximo de tres días. Los primeros en considerar que si un dolor de cabeza no desaparece en veinte minutos o menos, el medicamento es defectuoso.

No oramos para que nuestros tátara tataranietos sean triunfadores. A final de cuentas, ¿ellos quiénes son? Probablemente ni siquiera recordarán nuestros nombres. (Veamos, ¿conozco el nombre de alguno de mis dieciséis tátara tatarabuelos, o sé dónde vivían? Creo que no). De hecho, queremos que Jesús vuelva antes de que seamos viejos y achacosos, porque tenemos miedo de pasarla mal con las enfermeras del asilo al que no queremos ingresar. "¡Quiero mi andadera *ahora,* no la próxima semana!" ¿Será mi envejecida voz la que escucho sonar por aquellos estériles pasillos?

Así que no creo que la promesa hecha por Dios a Abrahán me habría entusiasmado mucho. A él pareció no molestarle. Su principal preocupación era tener algún hijo. Cómo quería Dios que sucediera y qué deseaba hacer con ellos no era importante para Abrahán, mientras en verdad tuviera hijos.

En la sociedad de su época, no tener hijos era una gran desgracia. Estudiar las costumbres funerarias de la gente con la cual se relacionó revela que hacer provisiones para la otra vida era algo de suma importancia, y que todos querían asegurar mientras aún vivieran.

No me malentienda. Abrahán no necesariamente quería imitar al rey Tut, quien quería que sus descendientes llenaran su tumba, con una cantidad de cosas que pudiera usar en la otra vida tan grande como el fuerte Knox. Lo que digo es que la sociedad y la generación a las cuales pertenezco colorean con mucho cuidado mis expectativas en la vida. Estoy seguro de que Abrahán no pudo evitar notar que las personas que conocía tenían una mala opinión de él porque no tenía hijos. Tal vez hasta le preguntaron quién creía que se encargaría de su espíritu después de morir. Se suponía que los hijos ofrecían comida, bebida y otras cosas, para sustentar el espíritu de sus padres en el inframundo. Los padres que no eran atendidos debidamente podían volver a nuestro mundo y perseguir a sus hijos, además de causar desgracias a otras personas. Así que la comunidad deseaba asegurarse de que todos los muertos tuvieran un encargado apropiado de sus espíritus.

Qui/á algunos de los amigos de Abrahán hablaron con él, sugiriendo que considerara tomar otra esposa porque Sara obviamente era un campo estéril. ¿Será que algunas de sus esclavas lo miraban coquetamente, sabiendo lo frustrado que debía sentirse? ¿Cómo exactamente apareció Agar en la escena? Es la esclava egipcia de Sara. ¿El faraón se la regaló también al patriarca cuando envió a Sara de vuelta con él? ¿O fue Abrahán quien la seleccionó personalmente en Egipto?

No quiero parecer perverso ni asumir siempre que Abrahán fue de lo peor, pero su caminata con el Señor era un proceso de aprendizaje. En Génesis 13 responde por primera vez a Dios con fe, pero en un nivel rudimentario. Su desviación hacia Egipto sucedió antes.

Probablemente Agar era una chica que Abrahán seleccionó como una de varias aspirantes a ser La Elegida: aquella que le ayudaría a cumplir todas las promesas que Dios le había hecho. El campo fértil que engendraría vida cuando se le regara. Esa es una posibilidad -algo que usted debe guardar en un rincón de su mente cuando repasemos lo que ocurrió durante el desayuno a la mañana siguiente del pacto entre Dios y Abrahán.

El sacrificio de Sara

Sara sale temprano de su tienda y mira el desastre que dejó su marido: partes de animales ensangrentadas marcando los límites de un sendero misterioso. Abrahán se acerca a la hoguera para tomar el desayuno, y ella lo mira con las manos en las caderas. "Y bien, ¿con quién hiciste un pacto anoche?", le pregunta. "Los sirvientes me dijeron que te llevaste algunos de los mejores animales, pero dijeron que no había nadie cerca".

-El Señor hizo un pacto conmigo-, responde Abrahán.

-Oh.

Con esa simple respuesta Sara volvió a sus tareas matutinas. Fue como si dijera en voz alta: "Ni siquiera deseo escucharlo, Abrahán. Es la misma canción que me has repetido por años. No me digas, déjame adivinar: dijo algo así como bendecir a tus hijos. ¡Hijos! ¡No quiero hablar de eso!"

Los sirvientes atienden a Abrahán durante el desayuno, pero Sara no se presenta. La encuentra después en su tienda, llorando.

–Otra vez me habló de mis descendientes –comienza a decir–. Que toda esta tierra será les pertenecerá. Esta vez fue más que una promesa, ¡la *pactó* conmigo! ¿Sabes lo que eso quiere decir? ¡El Señor mismo hizo un pacto!

Sus palabras encuentran simplemente una mirada cristalina llena de lágrimas.

–Quizá debamos intentarlo de nuevo esta noche –le ofrece, y ella responde asintiendo ligeramente.

Los sirvientes notan que Abrahán trabaja con mucho más ahínco de lo usual. Caída la tarde, Sara llama a Agar, y ambas mujeres hablan secretamente dentro de la tienda de la primera. Muchas palabras pueden escucharse, pero nadie puede distinguirlas lo suficiente como para saber qué tipo de plan están tramando.

Una luna llena se eleva sobre el ocaso, y Abrahán abandona el círculo de hombres reunidos alrededor de los restos de la fogata muy temprano. Únicamente brilla una pequeña lámpara en la tienda de Sara pero, cuando entra, inmediatamente siente la presencia de alguien más. Cuestiona a su esposa con la mirada.

–Ya ves, te doy a mi criada, de acuerdo a las leyes de la tierra – se apresura a decir–. Tal vez ella te dará los descendientes que Dios ha prometido.

Con eso abandona la tienda y desaparece, protegida por el ominoso y expectante silencio nocturno.

¿Ahora qué puede hacer Abrahán? ¿En qué otra cosa puede pensar, más que en las promesas divinas sobre el futuro y las experiencias pasadas?

Las promesas le dicen que tendrá un hijo. Las experiencias le recuerdan que Sara no ha sido capaz de canalizar las bendiciones de Dios y, aún así, ha frustrado todos sus intentos para deshacerse de ella.

Esta vez fue idea suya. No está lastimando su dignidad. Es su decisión, y quizá Dios estaba esperando eso precisamente –que la mujer que obstaculizaba el cumplimiento de la promesa se apartara y permitiera que Dios trabajara. Así que durmió con Agar, ca-

yendo en la vieja trampa de la dependencia en la mente y la fuerza humanas para cumplir los planes divinos.

¿Cuál miembro de mi generación *baby-boom* (el auge de los bebés), o sus hijos, o sus nietos, quienes han sido criados para esperar resultados instantáneos, podría culpar a Abrahán y Sara por apresurar las cosas? Habían salido de Jarán hacía diez largos años, con la esperanza de numerosos bebés brillando en sus ojos. ¿Cuánta paciencia se supone que debían tener?

¿Por qué se retardan tan seguido las promesas de Dios? Mi generación tiene muchos problemas con el asunto que llamamos "el retraso del advenimiento". Nuestros tátara tatarabuelos tuvieron un gran brillo en los ojos cuando esperaban con ansia la vuelta de Jesús en 1844. Medio siglo después, aún cuando el evento seguía sin ocurrir, publicaron libros como *Prophecies of Jesús, Illustrated* (Profecías de Jesús ilustradas) para asegurarle a sus hijos y nietos que, aunque había pasado mucho tiempo y Cristo aún no había regresado, las cosas ciertamente anunciaban el climax de la historia terrestre. En un libro publicado en 1897, J. G. Matteson citó un escrito de Lutero para sustentar su esperanza de un advenimiento próximo: "¡Cuán veloces se suceden los eventos en este siglo! ¿Acaso no parece que el gran drama del mundo se acerca tanto a su fin, que a cada momento podemos esperar la caída del telón?'"

Matteson inclusive citó eventos como el ciclón que, el 17 de junio de 1882, viajó trescientos kilómetros a través de Iowa (EE.UU.) "sembrando la destrucción y la muerte en su camino", y otro ciclón al año siguiente que "destruyó 300 casas en Rochester, Minnesota, daño otras 200, y mató a veinticinco personas", con daños por cuatrocientos mil dólares. Después de citar otras señales del fin, concluyó apelando a todos aquellos que lo escucharan: "El gran día del Señor en verdad está cerca [...] Prestemos atención a las señales de los tiempos que cumplen la palabra de la profecía".

Hemos esperado por mucho tiempo que Dios cumpla su promesa, y muchos han comenzado a preguntarse si en verdad se hará realidad. Es natural que algunos cristianos hayan decidido que, para ir al cielo, tienen que tomar el asunto en sus propias manos. Así que se ocupan de acumular tesoros personales en la Tierra y asegurar la herencia de sus hijos.

¿Será que Dios retrasa el advenimiento para poner a prueba nuestra paciencia? No de acuerdo con 2 Pedro 3:9. Más bien, la tardanza es parte de su plan. En realidad es *su* paciencia la que se pone a prueba, y la emplea para mantener abierta la puerta de su misericordia para que se salven tantos como sea posible.

Por qué esperó Dios

En el caso de Abrahán, ¿estaba Dios retrasando el nacimiento de un hijo para probar la paciencia del patriarca? Realmente no. De nuevo, era parte del plan divino. Una y otra vez Abrahán debió aprender que las bendiciones deseadas en su vida no eran producto de sus propias obras, y lo mismo sería cuando el hijo prometido naciera. Dios esperó hasta que Sara tuviera demasiada edad como para concebir, e hizo suceder lo imposible, de modo que Abrahán pudiera estar orgulloso de su hijo, pero el crédito no sería suyo.

¿Fue por la dulzura de su corazón que Sara le sugirió a Abrahán que tomara a su criada Agar como su concubina, o fue porque él la hizo sentir como un obstáculo que le impedía cumplir el plan de Dios? ¿Acaso él le había insinuado que, "esto de no tener hijos no es culpa mía, porque Dios me prometió descendientes"?

Ya sea que Sara se sintiera presionada a ofrecer la "solución de Agar", o no, lo que hizo era tanto legal como lógico en su cultura de origen. Las leyes estipulaban que la sirvienta de una mujer podía tener hijos en lugar de su señora y, legalmente, éstos se consideraban legítimos de dicha señora. Así que Sara ofreció esta opción. Se apartó del camino para que su hombre pudiera ser capaz de cumplir las promesas de Dios.

Abrahán le tomó la palabra. En Egipto y en Guerar sintió la tentación de hacer lo mismo, sólo que ahora tenía un pretexto. No estaba vendiendo a Sara como esclava para ir a buscarse una mejor esposa; simplemente la hizo a un lado, como un juguete descompuesto. Claro que se quedaría y él la cuidaría. De hecho, de acuerdo con la ley, ella conservaría el primer lugar entre sus esposas.

Después de que Abrahán comenzó a dormir con Agar, los resultados fueron casi instantáneos, confirmando las sospechas de

S.ira. Agar demostró que Abrahán era un hombre verdadero, y pronto comenzó a presumir. A Sara se le respetaba menos que a su esclava, pues todos sabían que el problema había sido ella todo el tiempo.

El nuevo resplandor en los ojos de Abrahán cuando miraba •i Agar, sus renovados ánimos, y el interés que tenía toda la casa en la esclava, eran demasiado para Sara. La ley le impedía echarla, así que decidió hacerle la vida tan miserable que terminara por huir.

Fue el ángel del Señor quien arregló las cosas y devolvió a Agar al campamento de Abrahán, a donde pertenecía. Sin embargo, Dios debió aparecerse personalmente para ajustar las cuentas con el patriarca.

Así nació el hijo de Agar -y fue, alabado sea el Señor, ¡un varón! Dios permitió que Abrahán esperara esa imagen de su masculinidad, ese símbolo de su virilidad y capacidad para cumplir la promesa, por mucho tiempo más de lo que esperó su nacimiento. Abrahán llamó al niño *Ismael*, "Dios escucha", en honor de la bondad del Señor hacia Agar -y hacia él. El nombre le recordaba que el pequeño era la respuesta a una oración, cada vez que Sara lo llamaba para cenar.

Por trece años Ismael ocupó un lugar privilegiado en el corazón de su padre, quien le repetía las promesas de Dios, recordándole una y otra vez cómo el Señor es fiel a su palabra y que, *si nosotros hacemos lo nuestro,* él siempre cumple sus promesas. "Dios nos bendecirá, y también al mundo, gracias a ti y a mí, Ismael, ¡porque con tu nacimiento se cumplió nuestra parte!"

Dios dejó que Abrahán creyera eso por trece años, y entonces decidió que ya era tiempo de ver a su amigo de nuevo para enderezarle su teología -o al menos encaminarla un poco hacia la verdad.

Referencias

'Esta cita y las siguientes vienen del libro de J. G. Matteson *Prophecies of Jesús,* (Battle Creek, Review and Herald, y Oakland, Pacific Press, 1897), 158, 162, 164. Matteson murió cuando tenía 60 o 61 años, un año antes de que se publicara esta obra, sin ver cumplida su esperanza.

CAPÍTULO TRECE

Santidad

"Cuando Abram tenía noventa y nueve años, el SEÑOR se le apareció y le dijo,'Yo soy el Dios Todopoderoso. Vive en mi presencia y sé intachable. Así confirmaré mi pacto contigo, y multiplicaré tu descendencia en gran manera.'
Al oír que Dios le hablaba, Abram cayó rostro en tierra, y Dios continuó, 'Éste es el pacto que establezco contigo: Tú serás el padre de una multitud de naciones. Ya no te llamarás Abram, sino que de ahora en adelante tu nombre será Abraham, porque te he confirmado como padre de una multitud de naciones'[...] Dios también le dijo a Abraham:"Cumple con mi pacto, tú y toda tu descendencia, por todas las generaciones. Y éste es el pacto que establezco contigo y con tu descendencia, y que todos deberán cumplir: Todos los varones entre ustedes deberán ser circuncidados'" (Génesis 17:1-5, 9, 10).

La edad de Abrahán se aproximaba a los cien años; había deambulado en nombre del Dios Altísimo por casi un cuarto de ese tiempo. Entonces el Señor fue a verlo de nuevo para ponerle fin a la mayor parte de su teología -no por primera vez, sino tal vez la definitiva. Al menos, no parece que Dios tuviera que enseñarle esta lección en particular nuevamente. Dicha lección consiste en saber que Dios prefiere bendecirnos *independientemente* de nuestros propios esfuerzos, en lugar de *recompensarnos* por ellos. En pocas palabras, Dios golpeó varias veces a Abrahán en la cabeza, recordándole que el adagio "Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos", no está ni estará jamás en la Biblia.

Génesis 17 dice que Dios apareció y se presentó con un nuevo nombre: "Dios Todopoderoso", *El Shaddai.* Le dijo a su amigo lo que esperaba de él -algo muy simple: "Vive en mi presencia y sé intachable".

Lo cual hizo que Abrahán cayera sobre su rostro.

Ser padre es una cosa. Ser intachable es algo muy diferente. Repentinamente, el hombre que ha caminado con orgullo durante

los últimos catorce años se encuentra indefenso ante su Dios. ¿Cómo puede alguien exigir algo tan elevado? La perfección es un atributo divino, no humano. Abrahán sabe que no puede cumplir este nuevo requerimiento.

Si se hubiera apropiado de algún elemento de la teología egipcia cuando estuvo allá, sabría que los sacerdotes del faraón tenían fórmulas específicas que una persona debía aprender para probar su inocencia ante los jueces divinos después de la muerte. Si uno podía responder las cuarenta y dos preguntas correctamente, convencía a los dioses de que su vida había sido perfecta.

Sólo que Abrahán notó que ese Dios con el cual trataba no era muy ingenuo. Uno podía inventar todo tipo de historias acerca de su persona, pero él siempre sabía la verdad. Y la verdad era que Abrahán no tenía idea de cómo vivir intachablemente. Ya había cometido muchos errores anteriormente.

El que Abrahán se haya postrado ante Dios indicaba también que estaba madurando. La religión mesopotámica de la época no tenía un concepto claro de la culpa. Los dioses decidían cómo interactuar con los hombres. En el himno sobre la caída de Ur que mencioné en el capítulo dos, el autor no lamenta los pecados de las personas y las culpa de la catástrofe; más bien, la destrucción de la ciudad fue el resultado de una decisión administrativa del consejo divino, y no podía ser revocada por las deidades patronas, mucho menos por las acciones de los mortales. Los dioses no recompensaban las acciones buenas o malas; en consecuencia, los dioses no esperaban algo en particular de los humanos.

Por otro lado, El Shaddai esperaba perfección.

Pero también había esperanza. Hasta ese momento, Dios se había identificado principalmente como Dios Altísimo, un título que denotaba su rango. Ahora se presentaba con un nombre que expresaba su poder, pues deseaba que Abrahán pensara en él, no en términos de rango, sino de potestad.

Como El Shaddai, Dios pide lo máximo: perfección. Era demasiado para Abrahán, y éste lo sabía. Todo lo que podía hacer era derrumbarse y hacerse el muerto –que era la respuesta que Dios esperaba. Cuando el Señor tuvo a Abrahán tendido sobre el suelo, repitió su pacto y lo reforzó. Cambió el nombre del patriarca, de

Abram, "padre enaltecido", a *Abrahán*, "padre de muchos". Entonces le habló del futuro, y de cómo haría al patriarca extremadamente fecundo.

Casi puedo escuchar a Abrahán pensando, cuando estaba en el suelo: "Pero, Dios, ya he sido fecundo para ti. Produje al hijo que necesitaba. ¿Por qué me dices todo esto de hacerme fecundo en el futuro? Mi labor ha sido suficientemente fecunda".

Dios no respondió a los pensamientos de Abrahán, sino que continuó hablando, diciendo que (en el futuro) establecería, o afirmaría, el pacto. Primero quería que Abrahán hiciera algo.

Solamente fe

El encuentro previo fue muy unilateral a propósito. Dios juró por su propia vida que le daría descendientes a Abrahán. El patriarca no participó en ese convenio porque el Señor quería indicarle que lo único que necesitaba hacer para cumplir el pacto, era confiar en Dios. Cuando Abraham expresó su confianza, su fe contó como rectitud.

Entonces, a pesar de que Dios se aseguró de aclarar que Abrahán no tenía que hacer nada excepto confiar, el patriarca se apresuró casi de inmediato a cumplir su parte durmiendo con Agar. En cierto sentido, rompió con eso el pacto porque, al tomar el asunto en sus propias manos, abandonó su lugar fuera de los restos animales y se colocó en el centro con Dios, para que trabajaran juntos y se produjera el hijo necesario.

Cuando Abrahán dejó de confiar para entonces actuar, abandonó la justicia que se le dio gracias a su fe, y eligió la justicia de las acciones. Lo más apropiado era que Dios volviera, después de que Abrahán se las arreglara solo durante catorce años, y le recordara aquello que realmente necesitaba para caminar exitosamente con Dios: rectitud.

Una vez que Abrahán admitió su incapacidad para cumplir con el requerimiento divino, el Señor le ofreció la oportunidad de hacer un segundo pacto. Esta vez la sangre derramada los uniría. Arriesgaría su vida para demostrar su fidelidad.

Abrahán, sucio y despeinado, aún tenía el rostro contra el

suelo cuando Dios, el Todopoderoso, reveló los términos del pacto. Él daría las bendiciones, y Abrahán haría las ofrendas.

En cierto modo, Dios dijo: "Veamos cómo se cumplirá este pacto. Tú, Abrahán, piensas que será gracias a tu miembro masculino, pero Yo te digo que no; tu virilidad no conseguirá nada. Yo, y solamente Yo, te daré un hijo, así como Yo, y solamente Yo, tengo el poder para darte rectitud.

"Has vivido por casi todo un siglo, Abrahán, y aún así parece que no has aprendido lo que yo he tratado de enseñarte. Aún me ofreces a mí tu fuerza para hacer mi trabajo, pero lo que yo realmente deseo es tu debilidad, y quiero que me la des, confiando en mí totalmente, y no en tu persona. Como símbolo de tu rendición, te pediré que participes conmigo en el pacto dándome aquello que has usado para cumplir mi propósito, confiando en que así sería. Abrahán, quiero que por mí cortes la piel externa de tu órgano reproductor. Quiero que ya no confíes en él, y empieces a confiar en mí.

"Derramarás un poco de sangre y sentirás algún dolor; esto te unirá a este pacto con tu misma vida. Así confiarás en mí solamente por el resto de tus días".

Cuán fácil es darle a Dios nuestra fuerza para cumplir su voluntad: ofrecerle nuestros talentos, experiencia y sabiduría, y decirle, "Gracias por las habilidades que me has dado, oh Señor. Úsalas para glorificarte". Entonces salimos y usamos dichos talentos de la manera que nos parece mejor, diciendo que lo hacemos por la gloria de Dios. Sin embargo, nos cuidamos en todo momento del verdadero Número Uno, asegurándonos de obtener el crédito correspondiente a nuestras acciones. Es muy fácil darle a Dios nuestras fuerzas, pero qué difícil resulta ofrecer nuestra debilidad. Nos disgusta ser limosneros, y nos desagrada sentir que le debemos algo a alguien. Queremos experimentar el peso de nuestra propia carga.

Un día casi me ahogo en las costas de Hawai. Me divertía mucho jugando con las enormes olas que azotaban la playa, mostrándoles que yo era tan fuerte que no podían derribarme. Posaba para que me tomaran fotografías, pretendiendo ser omnipotente, invencible.

Entonces una ola me jaló hasta su elemento: las profundi-

dades. Nadó hasta la costa con todas mis fuerzas, pero otra ola me golpeó y me llevó aún más lejos. *Muy bien, si así lo quieren, también puedo jugar,* pensé. Esperé a que llegara otra ola grande, e intenté usar su cresta para llegar a la costa, pero me hizo voltear, empujándome hacia las rocas cercanas. Salí a la superficie manoteando, buscando aire, luchando para no hundirme de nuevo.

La siguiente ola hizo lo mismo, y cuando emergí de nuevo, sabía que no sobreviviría otro golpe. Agité los brazos con desesperación hacia la playa, pidiendo ayuda. Entonces, otro surfista que me había observado llegó en mi auxilio. Me dio su tabla, y juntos volvimos a la playa.

Estuve sentado en la arena, exhausto, escurriendo el agua de mi sinusitis. Tenía mucha vergüenza, pues permití que algo tan pequeño como el Océano Pacífico casi me matara. Ya no me sentía fuerte. Mi omnipotencia se había desvanecido ante los ojos de muchos testigos.

Después de un breve descanso, mi esposa y yo volvimos al automóvil que habíamos rentado. Cuando nos subimos, ella señaló a un hombre que caminaba hacia otro vehículo, como a cinco metros de distancia. "Ese es el hombre que te salvó", dijo ella. Todo sucedió tan rápidamente, que realmente no alcancé a ver al bienhechor. Quise darle las gracias, pero volvió a surfear rápidamente, tras asegurarse de que yo estaba a salvo en tierra firme.

Sabía que debía correr hacia él y agradecerle profusamente, pero no lo hice. Me avergüenza admitirlo, pero me hundí en mi asiento, esperando que no me viera. Agradecerle era reconocer que necesité ayuda, que había hecho algo estúpido y mostrado mi debilidad. Que no había sido capaz de salvarme por mí mismo. Así que lo dejé marcharse en su automóvil sin siquiera decirle adiós con la mano.

¡Oh, el asombroso poder del ego masculino!

Abrahán también tenía ego. Pasó noventa y nueve años negociando su parte del trato con Dios, esperando contribuir con algo para sentirse poderoso y exitoso, mientras el Señor esperaba que descubriera sus debilidades y admitiera que era incapaz de cumplir los requerimientos divinos. Cuando al fin sucedió, Dios cambió su nombre a Abrahán, y-por primera vez le permitió participar en el pacto.

En años posteriores, la circuncisión pasó a ser considerada una labor manual que automáticamente convertía a un muchacho, en uno de los elegidos de Dios. Para Abrahán no era nada similar. Todo lo contrario; simbolizaba su absoluta incapacidad de tener hijos que pudieran ser el pueblo de Dios. Era una señal de sumisión y total dependencia. Al fin dejó de pensar en tener hijos para el Señor, permitiéndole trabajar a través de su poder.

Abrahán no se rindió sin luchar. En cierto momento de la discusión pidió que Dios permitiera que su precioso hijo Ismael fuera el heredero de la promesa, pero el señor dijo, "No, ahora Saray se llamará Sara, que significa 'princesa', porque ella será la madre del hijo prometido".

Abrahán volvió a caer sobre su rostro ante esa sugestión –para reír, no admitir su impotencia. Dios de todas maneras se mantuvo firme, tanto como el primer día que llamó. Sara sería la madre, e Isaac (que significa "él se ríe"), su hijo. Este risible evento sucedería un año más tarde.

CAPÍTULO CATORCE

Conversación

"El SEÑOR se le apareció a Abraham junto al encinar de Mamré, cuando Abraham estaba sentado a la entrada de su carpa, a la hora más calurosa del día. Abraham alzó la vista, y vio a tres hombres de pie cerca de él. Al verlos, corrió desde la entrada de la carpa a saludarlos. Inclinándose hasta el suelo, dijo, 'Mi señor, si este servidor suyo cuenta con su favor, le ruego que no me pase de largo. Haré que les traigan un poco de agua para que ustedes se laven los pies, y luego podrán descansar bajo el árbol'" (Génesis 18:1-4).

Los vi cuando terminaba mi primera vuelta alrededor de la pista en la preparatoria local. Corría tan rápido como podía, con mucha prisa, para que mi ritmo cardiaco se mantuviera constante. Di la segunda vuelta, y ahí estaban otra vez. Una vuelta más, y lo mismo pasó. Mientras que yo casi completaba mi rutina, ellos apenas avanzaron una tercera parte de la pista.

Conversaban. Eso hacían, y me intrigaba. Hablaban en un lenguaje con ritmos peculiares que al parecer requería un uso considerable de las manos. Hablaban, hablaban y hablaban. A mí me pareció extraño. ¿Qué cosa les tomaba tanto tiempo decir a ese par de hombres?

Cuando hablo con otro hombre, usualmente intercambio información importante. ¿Ha notado eso en los hombres norteamericanos? A la mayoría de nosotros nos disgustan los teléfonos, por ejemplo, porque no somos buenos para conversar. Creo que fue el presidente de la Western Union Telegraph Company (Empresa de Telégrafos Western Union) quien respondió al invento de Alexander Graham Bell, diciendo que era un aparato interesante, pero no imaginaba qué uso podía darle: ¿Quién querría hablar con alguien que viviera lejos? Según su punto de vista, un telegrama con diez o quince palabras cuidadosamente seleccionadas debía ser suficiente para comunicar cualquier cosa que no pudiera esperar al correo.

A pesar de la proliferación del teléfono, la actitud de los estadounidenses no ha cambiado mucho. Si se nos da un teléfono porque necesitamos llamar a nuestra abuela, probablemente marcaremos el número y le preguntaremos cómo está su salud, le contaremos cómo le va a nuestros hijos en la escuela y nuestros planes para las vacaciones de verano; luego nos contará cómo se siente con su nueva cadera y lo que le dijo el médico sobre sus cálculos biliares, le daremos nuestros buenos deseos, y colgaremos el teléfono. Puede hacerse en un máximo de siete o diez minutos. Para los norteamericanos, conversar es sinónimo de información, así que no podía imaginarme qué clase de información tenían esos dos hombres, para que les tomara tanto tiempo decirla.

Desde ese entonces, he tenido la oportunidad de viajar a Europa y ver que las costumbres norteamericanas no son las únicas del mundo. Particularmente en las culturas mediterráneas, vi hombres sentados o caminando juntos, hablando solamente por el gusto de conversar. Comparten sus ¡deas; comparten su ser. Realmente llegan a conocerse, y establecen amistades basadas en la mutua apertura y el cariño.

En otra ocasión, estudié metodología de la investigación en la Universidad Georgetown. Los estudiantes representaban una amalgama multicultural; creo que teníamos personas de todos los continentes habitables excepto Australia. Cuando discutimos las entrevistas telefónicas, varios extranjeros manifestaron su desprecio hacia la manera en que los norteamericanos usamos el invento de Bell. En muchos países, una llamada telefónica es equivalente a una visita al hogar familiar. No se discuten los asuntos de negocios inmediatamente: primero se habla de la familia, la salud, el trabajo, las amistades, y entonces, como si fuera el asunto menos importante, la conversación se concentra en la razón por la cual se hace la llamada. Aquí en los Estados Unidos no tenemos tiempo para esas cosas. Llamamos, vamos directo al grano, y colgamos. Parece que ni siquiera sabemos cómo entablar una conversación.

¿Cómo afecta nuestra relación con Dios esta propensión a la interacción exclusivamente informativa? ¿Qué significa realmente hacer comunión con él? Creo que Abrahán encontró la respuesta a

esas preguntas el día que Dios lo encontró sentado a la sombra de un árbol.

Tiempo para Dios

Siempre me cuesta mucho trabajo estar sentado, a menos que esté leyendo un libro, o escribiendo, o buscando algo con la computadora. Cuando era un joven pastor, nunca me sentaba en la puerta principal o en el patio trasero para relajarme, porque temía lo que dirían los demás si me veían estar inactivo. Luego, cierto día, leyendo la historia de Abrahán, descubrí que la entrevista del patriarca con Dios mejor registrada, tuvo lugar cuando estaba sentado a la sombra de un árbol. Bien. ¡Quizá le gustaría al Señor que yo también me tranquilizara de vez en cuando para ponerse al corriente conmigo!

Ahí estaba Abrahán, sentado en un día caluroso, relajándose bajo uno de los grandes terebintos de Mamré. No está claro si reconoció de inmediato a los tres hombres que se detuvieron frente a él, pero se levantó instantáneamente, corrió a saludarles, y les ofreció su sombreado lugar para descansar. Entonces entró rápidamente a su tienda y puso a toda su casa a trabajar para que prepararan una comida que sería recordada durante miles de años. La cantidad de harina que Sara tuvo que hornear fácilmente alcanzaría para treinta de nuestras hogazas actuales de pan, es decir, bastantes panecillos pequeños como los que hacía la esposa del patriarca. Además, cocinaron una ternera completa. Todo para tres invitados. Mientras su esposa y sirvientes preparaban la comida, sin duda Abrahán se comportó como un perfecto anfitrión. Se sentó a conversar tranquila y amistosamente con sus invitados. Cualquiera que haya sido la primera impresión de aquellos hombres, pronto se dio cuenta de que no eran viajeros ordinarios. Eran Dios en persona y dos ángeles: habían tomado forma humana para visitarlo y estudiar la situación de Sodoma y Gomorra.

Como buen anfitrión, Abrahán se quedó con ellos, platicando, escuchando y conviviendo durante varias horas. Calcule cuánto tiempo llevaría asar una ternera entera y hornear suficiente pan para alimentar un pequeño ejército, y ya se imaginará cuánto tiempo estuvo Dios de visita con Abrahán ese día. ¡Qué oportunidad tan

fantástica!

¿Cuáles habrán sido los temas de conversación? ¿Cree que Abrahán volvió a salir con ese asunto de "dónde está mi heredero"? Probablemente no. Ya tenía a Ismael, después de todo, y Dios le había prometido recientemente otro hijo a través de Sara. Además, sería impropio convertir una visita social en una reunión de negocios, a menos que los invitados tuvieran esa iniciativa. El deber de Abrahán era mantener la conversación agradable y personal, no llenarla con exigencias o peticiones de justicia.

Cuando se sirvieron los alimentos, Abrahán se quedó de pie respetuosamente detrás de sus invitados mientras ellos comían, como un mesero, preguntando si todo estaba bien y si podía ofrecerles un poco más de leche de camello o algo así. Durante la comida, Dios le repitió su promesa a Abrahán. "Volveré la próxima primavera", dijo, "y para entonces, Sara ya tendrá un hijo".

Abrahán lo escuchó maravillado, pero esta vez no se rió. Pasó horas charlando con Dios. Lo conocía demasiado bien como para reírse. Ahora lo conocía en un nivel más profundo, pues su relación se fortaleció gracias al tiempo que pasaron juntos.

Frecuentemente oramos con mucha prisa, como si ni siquiera mereciera la pena gastar tiempo con aquel a quien hablamos. El tiempo que tenemos para orar es preciosamente corto, así que necesitamos organizar nuestra lista de peticiones e intercesiones eficientemente. Además, tenemos mucho menos tiempo para que Dios hable con nosotros.

El problema es que no podemos llegar a conocer a nadie si tenemos siempre tanta prisa.

Bajo la sombra del árbol Abrahán tuvo tiempo para Dios. A esas alturas, estaba listo para tener un encuentro directo y profundo con el Señor, no para simplemente oír sus cualidades y promesas. Quizá el nacimiento de Ismael le ayudó a tomar las cosas con calma y separar más tiempo para Dios. ¡Criar niños es suficiente para que casi todos se arrodillen de vez en cuando! Puedo ver a Abrahán orando durante oras con su hijo, preguntándole a Dios cómo podía ayudar a su semiegipcio hijo a controlar su temperamento explosivo por naturaleza, y aprender a pasar tiempo con Dios.

Un trayecto espiritual exitoso requiere buenas conversa-

(iones. La charla de Abrahán con Dios continuaría después de terminar la comida, pero sobre un tema muy serio: la vida y la muerte. Antes de llegar a eso, había tiempo para uno de los aspectos más importantes de la comunicación humana: la risa.

CAPÍTULO QUINCE

Risas

"Entonces Abraham inclinó el rostro hasta el suelo y se rió de pensar, '¿Acaso puede un hombre tener un hijo a los cien años, y ser madre Sara a los noventa?' Por eso le dijo a Dios: '¡Concédele a Ismael vivir bajo tu bendición! A lo que Dios contestó: '¡Pero es Sara, tu esposa, la que te dará un hijo, al que llamarás Isaac! Yo estableceré mi pacto con él y con sus descendientes, como pacto perpetuo [...] Entonces ellos le preguntaron: '¿Dónde está Sara, tu esposa?"Allíen la carpa', les respondió. 'Dentro de un año volveré a verte', dijo uno de ellos, 'y para entonces tu esposa Sara tendrá un hijo'.

Sara estaba escuchando a la entrada de la carpa, a espaldas del que hablaba. Abraham y Sara eran ya bastante ancianos, y Sara ya había dejado de menstruar. Por eso, Sara se rió y pensó, '¿Acaso voy a tener este placer, ahora que ya estoy consumida y mi esposo es tan viejo?' Pero el SEÑOR le dijo a Abraham: '¿Por qué se ríe Sara? ¿No cree que podrá tener un hijo en su vejez? ¿Acaso hay algo imposible para el SEÑOR? El año que viene volveré a visitarte en esta fecha, y para entonces Sara habrá tenido un hijo. Sara, por su parte, tuvo miedo y mintió al decirle: 'Yo no me estaba riendo'. Pero el SEÑOR le replicó, 'Sí te reiste"'

(Génesis 17:17-19; 18:9-15).

Los científicos definen la risa como una "breve exhalación del aliento dividida en segmentos fragmentados que duran aproximadamente la quinceava parte de un segundo cuyos intervalos duran la quinta parte de un segundo".[1] Pero no pueden explicarla, por lo menos no desde un punto de vista evolutivo. La risa es un talento exclusivamente humano; ninguna otra criatura en el universo, hasta donde sabemos, puede reír -con la probable excepción de Dios, a cuya imagen fuimos creados.

Los antropólogos que viajan alrededor del mundo estudian-

do a los seres humanos y sus costumbres de comunicación, dicen que jamás han encontrado un grupo de personas que no pudiera reír. A medida que han estudiado la risa, han descubierto que su propósito principal es ayudar a establecer lazos sociales. Dado que la risa es contagiosa, puede unir a la gente -razón por la cual los oradores usualmente se dirigen por primera vez a su audiencia con una o dos bromas.

Imagine a Abrahán riendo cómodamente debido a lo que dijo Dios. ¡Quiero decir riendo *de verdadl* Nada de risitas o murmullos. ¡Ríe tan fuerte que se cae de su asiento! (Bien, probablemente no estaba sentado, ¡pero estoy tratando de imaginar la escena! Como sea, terminó en el suelo, riendo). Usted no se comporta así frente a una persona que le causa temor, ¿o sí?

En Génesis 15 vemos cómo Abrahán fue suficientemente atrevido como para reclamarle a Dios el incumplimiento de sus promesas, cuestionando su sinceridad. Ese fue un avance en la relación entre el hombre y su superior. Demostró que reconocía a Dios como algo más que un semáforo, pero no había llegado a tener una amistad con él.

Quizá se haya topado alguna vez con una figura de autoridad a quien no temía cuestionar o hacerle reclamos. Entró nervioso y temblando a su oficina, manifestó su inquietud, aceptó su respuesta, y salió -sin reír una sola vez.

Es una buena relación, hasta cierto nivel, pero, ¿no le agradaría más tener un jefe con quien pudiera comer, conversar y hasta reír? A mí sí, porque una vez que usted y su jefe estuvieran agitándose, riendo a carcajadas con lágrimas en los ojos, estarían en el mismo nivel, conectados de manera que podrían trabajar juntos con los mismos objetivos. Sus corazones entrelazados como sólo la risa puede permitir. Nunca me he sentido tan cercano a una persona con quien no me pudiera reír, como a alguien que no se avergüenza de compartir mis risotadas.

Dios ríe

Ahora imagine la reacción de Dios cuando Abrahán se rió tan fuerte que se cayó. ¿Se ofende nuestro Señor? ¿Se retira lenta-

mente, con una mirada confusa, enfadado porque a su amigo le causó tanta gracia su promesa?

No.

¿Sabe cómo veo yo esta escena? La risa es contagiosa, así que veo a Dios observar a Abrahán cuando comienza a reír entre dientes, tal vez con la intención de ahogar su risa. Pero no puede, y se ríe con fuerza, se inclina, golpea su rodilla, dejando escapar incontrolables carcajadas hasta que se derrumba y su rostro da contra el suelo. Para mí, Dios no se muestra ofendido. De hecho, al ver a Abrahán, una sonrisa se dibuja en sus mejillas. Entonces sonríe de oreja a oreja y, finalmente, ¡también comienza a reír!

Abrahán recupera el aliento, y piensa: "¿Acaso puede un hombre tener un hijo a los cien años, y ser madre Sara a los noventa?" (Génesis 17:17.) Entonces vuelve a reír por un momento; después recupera la compostura, y dice: "¡Concédele a Ismael vivir bajo tu bendición!" (versículo 18). Se quita las lágrimas de los ojos y trata de limpiar el barro que cubre su rostro para decir esto, y Dios lo ve y no puede evitar reír.

"No", le dice, su aliento dividido en breves segmentos fragmentados, "Sara tu esposa te dará un hijo, y le llamarás..." Dios hace una pausa para reír una vez más. "Le llamarás -adivina- ¡'El se ríe'! ¿Lo entiendes? ¡Tu hijo se llamará 'Él se ríe'! Nunca quiero que olvides este momento tan alegre que compartimos, Abrahán. Cada vez que veas a tu hijo. Cada vez que lo llames para cenar, ¡quiero que recuerdes este momento, cuando tú y yo nos reímos juntos!"

¡Vaya! ¡Fue un lazo increíble el que tuvieron el hombre y su Dios en aquella ocasión! No me sorprende que Abrahán estuviera contento de invitar al Señor a cenar cuando lo vio de nuevo, junto con sus acompañantes, algunos días o semanas más tarde. Después de comer, en la sobremesa, volvió a salir el tema del hijo que Sara concebiría pronto. "Volveré la próxima primavera", dijo Dios, "estaré aquí cuando Sara dé a luz a su pequeño".

Sara estaba espiando dentro de la tienda, y las palabras de Dios le hicieron gracia. *¡Qué curioso!,* debió pensar. *¡Este Dios que le ha prometido hijos a Abrahán aún antes de que saliéramos de Jarán ahora me promete uno a mí también! ¡Sí, claro! ¡Qué risa!*

Hace años que sufrí la menopausia.

Sara trata de callar su risa -que Dios no te escuche reírte de él- pero no puede disimularla lo suficiente como para que el Señor la ignore. ¿Y se ofende? ¿Se lleva la servilleta a los labios y hace una mueca, con una mirada de alarma en los ojos, observando la puerta de la tienda, levantando las cejas para que Abrahán se entere de que más le vale hablar seriamente con esta mujer que se ríe de las promesas de Dios?

No lo creo. Veo una chispa en los ojos del Señor cuando mira a Abrahán, porque ambos se han reído anteriormente. Veo que sus cejas se levantan, pero su rostro tiene una expresión de complicidad cuando invita a Abrahán a unirse a la pequeña broma que le gastará a Sara.

El patriarca contempla alarmado la puerta de la tienda, pero se da cuenta de que Dios no está enojado. De hecho, quiere que, de ser posible, todos se rían. Ahora Abrahán está en la misma sintonía, y Dios pregunta en voz alta: "¿Qué le pasa a Sara, que se ríe de mí? ¿Acaso piensa que yo no puedo hacer esto? ¡Lo prometí, y así sucederá!"

Entonces el hombre y su Dios esperan para ver la respuesta de Sara. ¿Acaso saldrá con temor y temblando, se disculpará por reír, y se inclinará ante Dios, rogando misericordia? ¿Saldrá cubriendo su boca, riendo disimuladamente, disculpándose ligeramente? "Discúlpame, lo siento mucho. ¡Es que me pareció muy gracioso! ¡Claro que no fue mi intención reírme de ti!" ¿O intentará justificarse? "Lo siento, Señor, pero lo que dices es gracioso. Quiero decir, le prometiste a Abrahán aquí un hijo hace como una docena de años antes de que finalmente le dieras uno. ¿Por qué pensaría yo que en serio planeas darme uno el próximo año? Quiero decir, después de todo, ya estoy un poco pasada, ¿no te parece?"

Sara no escogió ninguna de las anteriores, porque Dios le asusta. Ella no lo desafiará como lo hizo Abrahán (Génesis 15), y no reirá con él como lo hizo Abrahán (Génesis17). Simplemente dice: "Yo no me reí". Es como si dijera: "¿Quién, yo, reírme de ti, Dios?", pues, como su marido, todavía no ha llegado a conocer al Señor. Sara conoce solamente de oídas a esta Deidad que ha elegido a su familia para darle bendiciones especiales.

En este momento, puedo imaginarme a Dios mirando a Abrahán con una astuta sonrisa, guiñando el ojo. Entonces baja un poco la voz para sonar más serio, mientras su amigo puede notar el brillo en sus ojos. "Site reiste", responde, para que Sara vea que ha sido descubierta. Pero no con la intención de condenarla; tal vez un poco decepcionado de que ella no lo admitiera.

Sólo imagine lo contrario, lo que habría sucedido si Sara hubiera salido riendo de la tienda. Ella y Dios se habrían alegrado mucho juntos, celebrando las buenas noticias que les traía. Pero ella dejó pasar esta oportunidad porque tenía miedo de reír con Dios.

¿Qué hay de usted? ¿Su trayecto espiritual le ha llevado al punto de divertirse con Dios? ¿El Sábado -el día que desea estar más cercano a usted- se ha vuelto una delicia porque lo pasa con él? De acuerdo con Isaías 58:13, eso es lo que Dios desea que suceda. Él nos creó según su imagen, junto con la capacidad de reír.

¿Ha reído a carcajas con él recientemente, o no es un amigo tan cercano? Si no, espero que suceda pronto, porque Abrahán está a punto de elevar su relación con el Todopoderoso aún más, y nosotros lo acompañaremos.

Referencias
'Sharon Begley, "The Science of Laughs", *Newsweek,* October 9, 2000.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Intercesión

"Abraham volvió a decir:No se enoje mi SEÑOR, pero permítame hablar una vez más. Tal vez se encuentren sólo diez..." :Aun por esos diez no la destruiré", respondió el SEÑOR por última vez. Cuando el SEÑOR terminó de hablar con Abraham, se fue de allí, y Abraham regresó a su carpa " (Génesis 18:32, 33).

Este capítulo estuvo a punto de llamarse "Negociación", en lugar de "Intercesión", porque, en esencia, negociar fue lo que hizo Abrahán -negoció la salvación de ciertas almas, las mismas por las cuales arriesgara su vida quince años atrás. Supongo que "interceder" suena más apropiado para una discusión espiritual. Sin embargo, Abrahán estaba esencialmente trocando, o negociando con Dios para ver qué obtenía.

¿Qué podía ofrecerle Abrahán al Señor a cambio de que éste perdonara a Sodoma si quedaban diez personas justas en ella? La imagen que el patriarca conservaría de su Dios, y la que conocerían las generaciones futuras cuando escucharan el relato de la caminata de Abrahán con Dios.

Me alegra que Abrahán llegara al punto de sentirse cómodo con Dios, y le hablara de sus preocupaciones, ¿a usted no? Esta historia de la negociación de las almas revela mucho del carácter de Dios, y también nos indica un nivel superior, a donde nos anima a llegar en nuestra caminata con él.

Los amigos cercanos tienen confianza mutua. No intercambian información básica -hechos y cifras que les ayudan a conseguir un objetivo común. Hablan de sí mismos, de sus planes, esperanzas y metas, y las difíciles decisiones que deben tomar. Es bueno tener un amigo cercano con quién hablar cuando se enfrenta algún dilema, o se tiene que desempeñar alguna tarea desagradable: alguien que discutirá las ideas y dará su honesta opinión.

Dios tuvo un amigo así en Abrahán. Musulmanes, cristianos y judíos; todos conocen al patriarca como el amigo de Dios,

porque el Señor confió en él. Eso motivó a Abrahán a mejorar la relación un poco más.

Después de disfrutar una suntuosa comida bajo la sombra del árbol, el Señor y sus compañeros ángeles se levantaron para continuar su camino. Yo hubiera suspirado con alivio al verlos marchar, y me hubiera desmayado debido al agotamiento y los nervios, cuando estuvieran fuera de mi vista. Pero Abrahán deseaba prolongar su encuentro con Dios tanto como fuera posible, así que acompañó a sus invitados por el sendero.

El Señor podía ver que su amigo tenía un genuino espíritu bondadoso cuya intención era prolongar la comunión, así que le abrió su corazón, porque estaba lleno de pesar. Estaba en la tierra para hacer algo que no le agradaría: tenía que bajar e informarse de la situación en Sodoma y Gomorra. La maldad extrema de aquellas ciudades y las poblaciones cercanas era muy conocida en el área. Si algún lugar merecía pasar por el fuego de la justicia divina, era Sodoma, pero Dios aún no estaba listo para dictar sentencia; al menos debía ver por sí mismo el estado de la ciudad.

Algunos de los elementos de este relato nos parecen extraños hoy, pues concebimos al Señor en un lugar llamado "cielo", quizás a millones de kilómetros de distancia, pero donde puede ver todo lo que sucede en la Tierra -es omnipresente y envía ángeles a rescatarnos cuando, en un parpadeo, la carretera se convierte en hielo resbaladizo y nuestro automóvil comienza a girar sin control hacia un desfiladero. Por el bien de la historia, necesitamos entrar temporalmente en las mentes de los participantes e intentar ver el mundo a través de sus ojos.

La mayoría de los antiguos creía que Dios vivía en la cima de alguna montaña cercana, o lo imaginaban morando en la parte en la sección curva del cielo, usando la tierra como taburete. En ambos casos, no estaba mucho más allá de las nubes. En cierto sentido pensaban que Dios vivía mucho más cerca de lo que nosotros hoy en día creemos; pero también más lejos, algo así como un amable tío que vive al otro lado de la ciudad. Siempre podrá contar con él, en sentido espiritual, pero quizá le tome algún tiempo tomar sus herramientas y llegar a su casa cuando necesite que le ayude a destapar su lavabo.

La mentalidad antigua necesitaba pensar que Dios debía bajar y recorrer los polvorientos caminos para investigar lo que realmente sucedía en Sodoma. Lo asombroso es que Dios estaba dispuesto a trabajar de acuerdo con lo que la gente pensaba de él, así que tomó al toro por los cuernos y caminó y habló con Abrahán de camino a la infame ciudad.

Deprimido por el horrible prospecto de destruir la vida, Dios le abrió su corazón a Abrahán y compartió su información y sus planes al respecto. Años antes, Abrahán actuó como el salvador de Sodoma, y ahora se convertiría en su intercesor. Note que no discutió con Dios. Eso lo hizo para definir la situación de Ismael, y el Señor no se dejó convencer. Así que ahora estaba dispuesto a aceptar la voluntad de Dios, sólo que en un sentido diferente al libre ^albedrío. No se rendiría, ni haría responsable de cualquier catástrofe a la voluntad divina.

Abrahán intercedió ante Dios porque sentía preocupación, y sabía que al Señor también le preocupan los humanos. La finalidad de la intercesión no era discutir sino, más bien, comprender mejor a su amigo: entrar en su mente y tener claros el pensamiento y los planes de Dios. Tal es una de las más puras manifestaciones de alabanza.

Explorando la mente de Dios

Para conocer a Dios, Abrahán sondeó y cuestionó. "¿Serías capaz de destruir a los justos con los malvados?", preguntó. "¿Y qué si hay cincuenta justos en la ciudad? ¿Aún así la destruirías?"

Abrahán sabía de los tremendos pecados que se cometían en Sodoma. Conocía a sus habitantes, y tenía probablemente una buena idea de cuántos eran justos, así que, cuando Dios estuvo de acuerdo con salvar a la ciudad por el bien de cincuenta, comenzó a disminuir la cantidad. "¿Qué si hay solamente cuarenta y cinco? Bueno, ¿y cuarenta? ¿Treinta? No te enojes conmigo, Dios, pero, ¿y si hay sólo veinte? Está bien, permíteme hacer una última pregunta (y será realmente la última esta vez): ¿Qué pasará si solamente hay diez personas justas?"

Dios le siguió el juego. No se molestó. De hecho, puedo

verlo sonreír durante la sesión de negocios con Abrahán, ¿usted no? Sonríe porque ve cuán bondadoso y compasivo es su amigo. Sonríe porque ve a un hombre que se siente cómodo luchando con Dios por la salvación de las almas. Sonríe también porque Abrahán ha superado la farisaica actitud que apenas puede esperar a contemplar la perdición de los pecadores.

El farisaísmo mira a los demás con desprecio, ve sus fallas, y espera que reciban su merecido castigo. Dicha personalidad se preocupa únicamente por su salvación, y se enfurece cuando personas menos justas, o que no tienen sentido de justicia, reciben las bendiciones divinas.

Cuando intentamos ser "buenos" y mantener una relación cercana con Dios, es fácil caer en la trampa de mirar a todos aquellos que viven solamente por placer, y considerarlos parte de un "imperio del mal" que únicamente merece arder con el fuego de la justicia divina. Tal vez Abrahán se sintió así alguna vez, cuando buscaba él mismo establecer su familia y sus descendientes. En aquella época, la destrucción de las ciudades de la planicie habría sido una bendición para él -adiós a la mala basura, y una gran oportunidad que podía capitalizar. Orgulloso de su farisaísmo, habría considerado que Dios le había limpiado el valle para dejarlo libre de basura inútil y pecaminosa, para que pudiera expandir sus posesiones. Pero Abrahán ya estaba lejos de pensar eso nuevamente. Entrar en contacto con la mente de Dios amplió su punto de vista, y ahora le interesaban muchas más cosas que su propio bienestar.

El farisaísmo quiere que el mal sea erradicado para justificar su propia existencia. El farisaísmo desea la justicia más estricta, porque un farisaico espera beneficiarse de dicha justicia -ser recompensado o recompensada a expensas de los menos justos. Una personalidad suavizada por el contacto con la gracia divina, no ve las cosas en los mismos términos de blanco y negro. Abrahán había experimentado la bondad de Dios en su vida, a pesar de su propia maldad, y eso cambió su actitud hacia los demás.

Así, cuando caminaba con Dios de camino a Sodoma, sintió el peso de la decisión que el Señor debía tomar. El hecho de que no borrara a los sodomitas inmediatamente de la faz de la tierra,

indicaba que tenía mucha preocupación. Abrahán sintió lo mismo, y quería saber qué tan preocupado estaba Dios. ¿Qué opinaba de los justos, los malvados, y la máxima justicia? ¿Realmente destruiría una ciudad entera, si una minoría de sus habitantes era justa?

Abrahán comenzó con algo grande -no quería equivocarse de número y así evitar tener una mejor idea del carácter de Dios. Pudo comenzar preguntando si Dios perdonaría la ciudad por el bien de sólo diez pero, si la respuesta hubiera sido negativa, nunca habría sabido lo que realmente quería: ¿Dios podía perdonar a toda una ciudad para salvar a unos cuantos habitantes? ¿Acaso no le importaban las minorías?

Aprendió que a Dios le importan las minorías, y el número fue disminuyendo hasta saber que en verdad Sodoma sería perdonada si solamente vivían ahí diez justos.

¿Habría bajado Dios hasta cinco? Nunca lo sabremos porque Abrahán no preguntó. Quizá se sintió seguro con el número diez. Quizá pensó que toda la familia de Lot y algunos de sus amigos cercanos podían ser clasificados como "justos".

Por otro lado, me alegra que Abrahán se quedara en diez, porque su valor puede ser un ejemplo para nosotros durante nuestra caminata con Dios.

CAPÍTULO DIECISIETE
Sodoma

"Luego le advirtieron a Lot, '¿ Tienes otros familiares aquí? Saca de esta ciudad a tus yernos, hijos, hijas, y a todos los que te pertenezcan, porque vamos a destruirla. El clamor contra esta gente ha llegado hasta el SEÑOR, y ya resulta insoportable. Por eso nos ha enviado a destruirla'. Lot salió para hablar con sus futuros yernos, es decir, con los prometidos de sus hijas. 'Apúrense', les dijo, 7Abandonen la ciudad, porque el SEÑOR está por destruirla!' Pero ellos creían que Lot estaba bromeando, así que al amanecer los ángeles insistieron con Lot. Exclamaron, '¡Apúrate! Llévate a tu esposa y a tus dos hijas que están aquí, para que no perezcan cuando la ciudad sea castigada'. Como Lot titubeaba, los hombres lo tomaron de la mano, lo mismo que a su esposa y a sus dos hijas, y lo sacaron de la ciudad, porque el SEÑOR les tuvo compasión " (Cénesis 19:12-16).

Algunos eruditos opinan que el relato de la visita de los ángeles a Sodoma y la destrucción de algunas ciudades de la planicie ni siquiera pertenece a la historia de Abrahán. Nuestro héroe sólo es mencionado una vez -como aquél por cuya intercesión Dios salvara la vida de Lot. Pero creo que estará usted de acuerdo -después de mirar el asunto con más detenimiento- en que dicho relato es una pieza central del rompecabezas que forma el trayecto espiritual de Abrahán. Sin embargo, para ver cómo encaja, tal vez debamos dejar atrás algunas de las ¡deas preconcebidas sobre el tema.

A pesar de cómo se maneja generalmente, en realidad no es una historia cuya moraleja sea "el crimen no paga". Tampoco es una historia sobre un Dios que odia a los perversos. Vamos a dejar claro otro asunto de una vez -el pecado de los hombres sodomitas se relaciona muy poco con la homosexualidad. Todos los hombres de la ciudad aparecen esperando su turno para abusar de los atractivos extraños. Dudo que todo el lugar estuviera habitado por sola-

mente homosexuales ; una ciudad así no duraría mucho tiempo, ¿o sí? No, los hombres fuera de la casa de Lot únicamente quieren divertirse a expensas de otros. En el mundo antiguo, los varones heterosexuales frecuentemente sostenían encuentros sexuales con otros hombres puramente por el mutuo placer, o por el propio, si capturaban a otro hombre y lo forzaban. La mayoría de las civilizaciones en la época de Abrahán no condenaban esta práctica. No me malentienda: no estoy justificando lo que hicieron, porque fue pecaminoso. Pero estoy convencido de que su lascivo comportamiento no fue lo único que provocó la destrucción de su ciudad.

En cierto nivel, la historia resalta la importancia de la hospitalidad; es inmediata a la anécdota de Abrahán como anfitrión de Dios y sus ángeles, y Lot no se habría salvado de no haber sido por su hospitalidad; aunque ese tampoco es el meollo de la historia.

El punto principal aparece después de que los ángeles dejan ciegos a sus frustrados atacantes. Así, toda la familia de Lot recibe el llamamiento de Abrahán. Recuerde, la historia de Abrahán se trata de un hombre que es llamado a dejar su ciudad, su familia y todas sus posesiones para ir a buscar a Dios. Los ángeles exhortaron a Lot para que hiciera exactamente lo mismo, y él comunicó el llamado al resto de sus parientes, sólo que no le prestaron mucha atención.

Aquí también hay risas, relacionadas con el mensaje de Dios. Cuando Lot insistió en que sus yernos imitaran el ejemplo de Abraham -eso de "levántate y abandona este lugar" para responder al llamado de Dios-, todos pensaron que era una broma. La *Nueva Versión del Rey Jacobo de la Biblia* (en inglés) dice: "Parecía estar bromeando" *{He seemed to be joking).* En este caso, la palabra traducida como "bromeando" es la misma que se usa para traducir la risa en los relatos anteriores sobre Abrahán y Sara; el nombre de Isaac tiene la misma raíz. Esta vez, reírse de Dios significa algo muy diferente a lo que hicieron los futuros padres de Isaac. Al principio, las palabras del Señor les parecieron cómicas pero, al final, confiaron en ellas. Los yernos de Lot no las tomaron en serio, y sufrieron las consecuencias.

Dichas consecuencias no fueron el resultado del mal comportamiento de los hombres que rodearon la casa de Lot. Los habi-

(antes de Sodoma se negaron a imitar a Abrahán y seguir a Dios, y por eso perecieron. No fueron destruidos por causa de sus apetitos sexuales o su falta de hospitalidad (aunque dichas actitudes pecaminosas decididamente influyeron en los ángeles que habían ido a inspeccionar el lugar). Murieron porque, cuando Dios les pidió que confiaran en él y abandonaran sus hogares, respondieron con mofas en lugar de fe. En consecuencia, fueron aniquilados en lugar de salvados.

Un milenio después, Dios perdonó a los ciudadanos de Nínive gracias a cierto profeta llamado Jonás, quien les llevó un mensaje muy parecido al de Lot. Sin embargo, cuando el sobrino de Abrahán comunicó la advertencia y le rogó a los sodomitas cercanos a él -quienes tuvieron la mejor oportunidad que podía existir para desarrollar una relación de confianza con Lot y, a través de él, con Dios- lo ridiculizaron. Por eso fue destruida Sodoma: sólo unos cuantos de sus habitantes habían aprendido la lección que enseña la historia de Abrahán, la cual dice que confiar en Dios lo suficiente como para seguirlo es lo más importante que podemos hacer. No había peregrinos espirituales en Sodoma. La ciudad necesitaba por lo menos diez aventureros que buscaran a Dios y solamente había cuatro -y no eran precisamente los más valientes. La única razón por la cual salieron de la ciudad fue porque Dios "se acordó de Abraham" (Génesis 19:29.)

Él hizo un arreglo con el Señor, y los ángeles fueron fieles a su promesa cuando le dieron a Lot la oportunidad de reunir a todos aquellos en la ciudad que creyeran en Dios y respondieran a su llamado, para que abandonaran Sodoma. Solamente necesitaba encontrar a otras seis personas, además de su esposa y sus hijas, para reunir a los diez creyentes cuya obediencia salvara la ciudad. Desgraciadamente para ésta, los ángeles únicamente pudieron llevarse a cuatro.

La historia de Sodoma y Gomorra es usada frecuentemente para representar la justicia de Dios y su venganza, pero en realidad habla de su misericordia, y cuánto se esfuerza para salvarnos. Lot, su esposa y sus hijas, no tenían prisa para salvarse. Perdieron el tiempo recorriendo la casa, empacando sus maletas o algo así -quién sabe, tal vez hasta se maquillaron- casi hasta el amanecer.

Mientras tanto, los ángeles iban de un lado a otro, recordándole a todos que su ciudad próximamente sería reducida a cenizas. La familia de Lot nunca manifestó un compromiso de fe para seguir a Dios –no se movilizaron hasta que los ángeles los tomaron de las manos y los llevaron fuera de la ciudad, paso por paso.

Dios rara vez obliga a las personas a seguirle. Su amistad cercana con Abrahán lo llevó a ese punto y, seamos honestos, su misericordia no pagó grandes dividendos, pues los cuatro rescatados por los ángeles no eran vástagos de la rectitud.

La señora de Lot apenas pudo cruzar las puertas de la ciudad porque dejó su corazón en Sodoma. Lot salió lloriqueando y quejándose, suplicando que se le permitiera vivir en otra pequeña población de las cercanías y, de paso, salvándola de la destrucción; pero pronto se dio cuenta de que realmente no había obtenido lo que esperaba con sus quejas. Zoar no era mejor que Sodoma, y terminó huyendo de allí también, sin un ángel que lo escoltara. ¿Y sus hijas? Bueno, se les recuerda por convertirse en las madres, mediante el incesto, de dos naciones que serían enemigas de Israel algunos siglos después.

Este relato de juicios contiene un mensaje poderoso acerca de la misericordia de Dios. Vemos un asombroso aspecto de su carácter: por el bien de su amistad con Abrahán, fue misericordioso con Lot, a pesar de que sabía los problemas que eso le causaría.

La historia de Sodoma nos ayuda a entender la mente de Dios, porque nos permite verle afrontar un dilema; contrastar su deseo de ser piadoso con la necesidad de una demostración ocasional de justicia; honrar la amistad; hacer todo lo posible para salvar a las personas; tomar decisiones difíciles; ejercer la misericordia, aún cuando no le convenía. Nos permite saber que aun Dios sufre en un mundo lleno de pecado; y que no siempre consigue lo que quiere.

Hemos repasado la historia, pues, en un momento conveniente porque durante los siguientes capítulos, Abrahán también enfrentará situaciones difíciles.

CAPÍTULO DIECIOCHO
Sacrificio

"Pero Sara se dio cuenta de que el hijo que Agar la egipcia le había dado a Abraham se burlaba de su hijo Isaac. Por eso le dijo a Abraham: '¡Echa de aquí a esa esclava y a su hijo! El hijo de esa esclava jamás tendrá parte en la herencia con mi hijo Isaac'. Este asunto angustió mucho a Abraham porque se trataba de su propio hijo. Pero Dios le dijo a Abraham: 'No te angusties por el muchacho ni por la esclava. Hazle caso a Sara, porque tu descendencia se establecerá por medio de Isaac. Pero también del hijo de la esclava haré una gran nación, porque es hijo tuyo'. Al día siguiente, Abraham se levantó de madrugada, tomó un pan y un odre de agua, y se los dio a Agar, poniéndoselos sobre el hombro. Luego le entregó a su hijo y la despidió. Agar partió y anduvo errante por el desierto de Berseba"

(Génesis 21:9-14).

Cuando Isaac nació nueve meses más o menos después de la visita del Señor a la sombra de un árbol, todos se regocijaron -excepto tal vez Agar. Sara apenas la había tolerado durante los últimos catorce años, gracias únicamente a que le había dado a Abrahán aquello que más necesitaba: un hijo. Pero ahora, Sara tenía un hijo propio, y la esclava no pudo evitar preocuparse por su bienestar. Si su ama le había causado problemas, ¿ahora qué le haría? ¿Y qué sucedería con su hijo, Ismael?

Por supuesto, ignoramos el sistema legal bajo el cual operó Abrahán en sus relaciones familiares pero, en algunas culturas antiguas, un padre tenía el permiso para designar cuál de sus hijos recibiría el título y los privilegios del primogénito. En otras palabras, no importaba el orden; ese derecho podía transferirse de un hijo al otro. La palabra del padre era final, aun si lo engañaban y elegía al incorrecto, como al parecer sucedió con Jacob y Esaú tiempo después.

Agar e Ismael no pudieron evitar escuchar las noticias de las

maravillosas promesas que Dios le hizo a Abrahán, concernientes al hijo que nacería de Sara; así que, tan pronto como fue anunciado el pequeño varón, Agar comenzó a sentir miedo.

Después del nacimiento de Isaac, Sara se rió durante un buen rato. "Dios me ha hecho reír", dijo, "y todos los que se enteren de que he tenido un hijo, se reirán conmigo" (Génesis 21:6.) Quería que todos compartieran su gran alegría. Todos excepto Agar e Ismael. Sus malos tratos habían alejado a la esclava una vez, poco después de que la pobre chica quedó embarazada de Abrahán. Ahora la miraba con desenfrenada satisfacción.

Las tensiones continuaron durante algunos años, y llegó el momento de destetar a Isaac, ocasión que merecía una gran fiesta. Todos reían felices, divirtiéndose, cuando los festejos terminaron abruptamente: "Pero Sara se dio cuenta de que el hijo que Agar la egipcia le había dado a Abraham se burlaba de su hijo Isaac. Por eso le dijo a Abraham: '¡Echa de aquí a esa esclava y a su hijo! El hijo de esa esclava jamás tendrá parte en la herencia con mi hijo Isaac'" (Génesis 21:9,10).

Alguien estaba divirtiéndose demasiado: Ismael, que ya tenía dieciséis años. Sara lo vio reír. ¿Eso no tenía nada de malo, o sí? Ella dijo que todos debían reír con ella, pero supongo que Ismael no. Esperaba que el muchacho estuviera sentado en algún rincón, sintiéndose mal porque ya no era el favorito de todos. Así el banquete concluyó inesperadamente, y Abrahán enfrentaba una crisis.

Sara consideró a Ismael una amenaza para Isaac, así que exigió que Abrahán lo echara junto con Agar. El patriarca no veía las cosas así. Había aceptado el hecho de que Ismael no fuera la semilla prometida según Dios, pero aún amaba a su hijo, y no podía soportar el hecho de separarse de él. ¡Era el chico que había criado como su heredero durante trece años! Echar a un hijo de la casa va en contra de todos los instintos paternos. Un padre, por naturaleza, desea mantener unida a su familia, sin importar qué tipo de conflictos causen sus hijos. Si pudiera, le extendería su mano a cada una de las partes en conflicto y, con la fuerza de su propia vida, las reuniría, o sería despedazado en el intento.

Pero a Sara eso no le importaba, ¡y Dios se puso de su lado!

No deseaba castigar el error que cometió Abrahán cuando quiso tener un hijo por cuenta propia; era el doloroso resultado de su proceder. El Señor tiene miles de años de experiencia, y nos diría que la vida está llena de difíciles decisiones.

Considerando las leyes de algunas culturas cercanas a Abrahán, Sara probablemente no tenía el derecho de despedir a su sirvienta. Su marido era el único que podía hacerlo. Ahora debía pagar el precio por intentar adelantarse a Dios.

Abrahán no solamente echó a Ismael, también lo desheredó -al igual que su propia familia cuando abandonó Jarán. Se levantó muy temprano, quizá después de discutir toda la noche con Dios, y se despidió de Agar e Ismael, quienes llevaban consigo algo de pan y agua para el camino.

Eso francamente no lo entiendo. Quiero decir, ¿no podía Abrahán darles algo mejor -un pequeño saco con monedas de plata, un par de asnos que pudieran montar, una o dos cabras que les dieran leche? Obviamente Sara lo presionó bastante. ¿Acaso ella estuvo de pie, contemplando la despedida desde su tienda? Con las manos en las caderas, observando con ojos de águila para estar segura de que Abrahán no le diera un bocado extra a su hijo.

Aún así, en lo que parecía ser una respuesta despiadada a los ruegos de un hombre desconsolado, Dios le comunicó su amor especial a Abrahán. Ismael era el hijo de su error, el hijo de su autodependencia y su farisaísmo. Representaba la falacia de intentar cumplir las promesas de Dios mediante la fuerza humana. Si él fuera un Dios de justicia pura, el muchacho habría sido abandonado sin esperanzas. Sería una lección para todos nosotros: no no hay esperanza si tratamos de obtener la salvación por nosotros mismos aparte de Dios.

Por qué Dios bendijo a Ismael

Dios había predicho que este hijo carnal de Abrahán sería salvaje, aun antes de su nacimiento. "Será un hombre indómito como asno salvaje. Luchará contra todos, y todos lucharán contra él; y vivirá en conflicto con todos sus hermanos", le dijo el ángel a Agar, cuando ésta huyó al desierto para evitar la crueldad de Sara

(Génesis 16:12). Entonces, si el muchacho iba a ser tan conflictivo, ¿por qué Dios quería relacionarse con él? ¿Acaso no le interesan solamente aquellos quienes le seguirán tranquila y dócilmente?

Dios rescató a Lot en Sodoma por la misma razón: el bien de Abrahán. No abandonaría a Ismael, porque su padre rogó por él cuando fue prometido el nacimiento de Isaac la primera vez. "¡Permítele a Ismael vivir bajo tu bendición!", dijo Abrahán. Aunque Dios le negó su petición para que Ismael fuera el hijo oficial del pacto, aún había una o dos cosas que podía prometerle: "En cuanto a Ismael, ya te he escuchado. Yo lo bendeciré, lo haré fecundo y le dará una descendencia numerosa. Él será el padre de doce príncipes. Haré de él una nación muy grande" (Génesis 17:20.)

La promesa parecía secarse y morir bajo un arbusto en el desierto, unas horas después de que Agar abandonara su hogar con su hijo. (Una vez más, aquí hay algo extraño. Estas maravillosas historias de Abrahán y su familia nos han sido narradas como bonitos cuentos basados en hechos, adornados por los relatores aquí y allá, no como registros oficiales de acontecimientos verdaderos. Ismael tenía por lo menos dieciséis años, y probablemente era más alto y fuerte que su madre; pero la historia nos lo presenta como un pequeño bebé que su madre escondió bajo un montón de ramas).

Este relato nos dice que Dios no reniega de sus promesas. Agar quizá no era su más fiel seguidora en ese momento. Su vida estaba prácticamente destrozada. Tanto ella como Ismael estaban desanimados y dispuestos a rendirse, pero Dios los observaba con interés y, cuando parecía que todo estaba perdido, un ángel preguntó, "¿Qué te pasa, Agar?"

La *Nueva Versión del Rey Jacobo* lo traduce: "¿Qué te aflige, Agar?" (*What ails you, Hagar?),* y me encanta, porque mi madre usaba la misma frase como para ser sarcástica. Era su manera de preguntar, "¿Cuál es tu problema?" cuando ella pensaba que la persona realmente no debía tener un problema.

Como ve, estaban cerca de un pozo, y Dios lo sabía. Agar no lo había notado porque se deprimió tanto que ya ni siquiera podía pensar claramente, pero el Señor podía solucionar su problema aunque ella no lo viera. "'No temas'", dijo la voz, "'pues Dios ha escuchado los sollozos del niño. Levántate y tómalo de la

mano, que yo liaré de él una gran nación'. En ese momento Dios le abrió a Agar los ojos, y ella vio un pozo de agua. En seguida fue a llenar el odre y le dio de beber al niño" (Génesis 21:17-19.)

Sus ojos no estaban físicamente cerrados antes de que hablaran los ángeles -simplemente no estaban abiertos espiritualmente para ver y confiar en la guía de Dios. Escuchar la promesa de Dios le abrió los ojos para que viera el pozo.

Ese tipo de cosas le sucede también a los peregrinos espirituales. Aunque el peregrinaje de Abrahán no era el propio de Agar, ella, al igual que su hijo, habían compartido algunos de los beneficios del viaje de su amante pasajero.

El pozo simboliza cómo Dios cuidó al hijo de Abrahán en el desierto. ¿Recuerda el capítulo seis, cuando sugerí que subrayara todas las ocasiones que aparecieran las palabras *ver* y *aparecer?* Bueno, aquí puede hacerlo de nuevo, porque una vez más aparece aquella palabra hebrea que significa *ver* y *proveer* al mismo tiempo. En el desierto, Dios abrió los ojos de Agar para que ésta *viera* un pozo. La vez anterior, cuando huyó de Sara estando embarazada, Agar tuvo otra *visión* cerca de un manantial, y por eso puso por nombre al lugar, Ber Lajay Roi: "Pozo del Viviente que me ve". En aquella ocasión llamó a Dios *El Roi* -"El Dios que me ve". Eso igual puede ser traducido como "El Dios que me provee". Existen muchos paralelos entre la experiencia de Agar en el desierto y la evitada muerte de Ismael, con la experiencia de Abrahán en el monte Moria y la evitada muerte de Isaac. En ambas instancias, la madre y el padre respectivamente conocieron al Dios que ve y provee, y la vida de sus hijos fue salvada.

Después de escuchar la voz del ángel del Señor que la llamaba desde el cielo, y ver el pozo, Agar abandonó la idea de volver a su casa en Egipto. Encontró a una esposa para su hijo en su tierra natal, pero Ismael y sus descendientes vivieron y prosperaron en los agrestes desiertos de la Península del Sinaí.

Desde la perspectiva de Abrahán, la partida de Ismael debió ser una terrible prueba de su fe. ¿Por qué Dios le pedía eso? Era como si su amado hijo tuviera que ser sacrificado vivo -entregado al Señor para que éste se encargara de él a partir de ese momento. Todo lo que pudo hacer Abrahán fue confiar en las promesas de

Dios y su fidelidad.

Hasta donde sabemos, Abrahán jamás volvió a ver a Ismael, pero el hijo nunca olvidó a su padre. Cuando su padre murió más de setenta años después, Ismael regresó. Aunque tenía más hermanos menores que también fueron enviados al oriente, se unió con Isaac, el otro favorito, para sepultarlo.

Una desviación a Berseba

La vida de Abrahán estuvo llena de las bendiciones del Señor, pero también hubo sacrificios. De hecho, desde que salió de Jarán, su viaje lo llevó poco a poco hasta cierta montaña, a donde sería llamado para ejecutar el máximo sacrificio para demostrar su fe en Dios. Antes de llegar a ese relato, sin embargo, el narrador bíblico nos lleva hacia lo que parece ser una desviación. Al final de Génesis 21, tenemos la historia de Abrahán, Abimélec, y el pozo de Berseba. Es casi como si, después de contarnos cómo vagaron Agar e Ismael por el desierto de Berseba, Moisés dijera: "Por cierto, ya que hablamos de Berseba, déjame contarte cómo fue bautizado ese famoso lugar". La historia no es un total excurso, porque revela información significativa sobre las bendiciones que Dios le dio a Abrahán, a pesar de la dura prueba que tuvo que superar renunciando a su hijo.

La última parte de Génesis 20 cuenta cómo Abimélec le dio a Abrahán ovejas, bueyes y dinero, además de permiso para vivir en cualquier lugar de Guerar. En el capítulo ocho, expliqué mis razones para pensar que eso debió suceder más tempranamente en la cronología de la vida de Abrahán. De todos modos, mirando la estructura de la historia como es narrada, es importante que, antes de enterarnos del nacimiento de Isaac, Abimélec destaca por sus regalos. Luego, inmediatamente después de la partida de Ismael, el mismo rey aparece de nuevo, acompañado de su comandante militar. Esta vez tiene una actitud diferente. "Puedo ver que Dios está contigo en todo lo que haces", le dice a Abrahán. Ahora, en lugar de otorgar permisos benévolos para vivir en su tierra, Abimélec quiere asegurarse de ni Abrahán ni sus descendientes lo traicionen

y se conviertan en sus enemigos.

El narrador no podría decirlo más claro: Abrahán ha llegado. Gracias a las bendiciones de Dios, ya no es un extranjero que mora en la tierra de otros; es alguien fuerte y que merece respeto. El hecho de que Abimélec se preocupe por su bienestar reconoce que, por primera vez, teme que la presencia de Abrahán no sea pasajera. Está claro que sus descendientes tendrán que vérselas con Isaac, sus nietos con sus hijos, y así sucesivamente.

Abrahán se alegra de hacer un pacto con Abimélec simplemente porque le permite mantener su relación en excelentes términos. El cuartel de Abrahán está a veinte kilómetros de distancia del palacio de Abimélec, pero los pastores de ambos se han cortado las cabezas, luchando por la posesión de un pozo en el desierto, así que Abrahán se lo menciona al rey. "Tú quieres que nuestra relación sea honesta siempre", le dice. "Bueno, ¿qué me dices de tus sirvientes, que impiden a mis pastores usar el pozo?"

"¿Qué?", responde Abimélec, "¡Nadie me dijo eso!"

Mira bien lo que sucede.

Abrahán trajo bueyes y ovejas con él, y procede a darle algunas a Abimélec. Hacer un pacto requiere un sacrificio. El hecho de que Abrahán proporcione los animales indica marcadamente su estatus. En el capítulo previo, Abimélec era el "gran hombre" que podía ser benévolo con su vecino, y darle ovejas y bueyes. Ahora es Abrahán quien da los regalos. En una situación similar, un regalo puede demostrar poder. Como decir: "Ahora me las arreglo solo. Ya no dependo de tu hospitalidad para sobrevivir en esta tierra. De hecho, tengo más que suficiente. A mí me perjudica menos que a ti perder los animales del sacrificio".

Abimélec reconoció la situación superior de Abrahán aceptando los regalos, y ambos hombres prometen mutuamente dejar de pelear por el territorio. El rey se marcha entonces, y el hijo de Téraj se queda junto al pozo de Berseba -el pozo del pacto- para plantar un árbol. Este necesitará el agua del pozo, y será testigo de los términos del compromiso. Abrahán conservará su derecho a usar el agua.

Parece que nada se puede conseguir en esta violenta tierra

sin trabajar duro y hacer sacrificios -literalmente-, pero nada podía preparar a Abrahán para el siguiente sacrificio que se le pediría.

Nada, por supuesto, excepto los años de viaje y entrenamiento que vivió, de camino al monte Moria.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El trayecto

".Pasado cierto tiempo, Dios puso a prueba a Abraham y le dijo: 7Abraham!' 'Aquí estoy', respondió.
Y Dios le ordenó:'Toma a tu hijo, el único que tienes y al que tanto amas, y ve a la región de Moria. Una vez allí, ofrécelo como holocausto en el monte que yo te indicaré'.
Abraham se levantó de madrugada y ensilló su asno. También cortó leña para el holocausto y, junto con dos de sus criados y su hijo Isaac, se encaminó hacia el lugar que Dios le había indicado. Al tercer día, Abraham alzó los ojos y a lo lejos vio el lugar" (Génesis 22:1-4).

¿Cómo pudiste salir de la cama esta mañana, Abrahán? ¿Cómo pudiste levantarte en un día como éste?

¿Qué pensabas cuando cortabas la madera? ¿Deseabas cortar tu propia cabeza en lugar de cumplir tu misión? ¿Por cuánto tiempo contemplaste a tu hijo antes de despertarlo y decirle que se alistara para hacer un viaje?

¿Por qué no discutes con Dios ahora? Defendiste a Ismael cuando Dios le retiró la bendición del pacto, ¿por qué no al menos tratas de proteger a este nuevo hijo tuyo?

¿Y ahora qué piensas de Dios?

Son tus vecinos, los cananeos, quienes sacrifican a sus primogénitos para sus dioses. ¿Realmente creías que encontrarías a un mejor y más noble dios? Bueno, ¿qué opinas ahora?

¿De esto se trataba ese viaje de treinta y tantos años siguiendo a un Dios que te _prometió descendientes? ¿Qué caso tuvo? ¿Acaso cumple alguna vez sus promesas? Es decir, ¿no te dijo que Isaac sería el padre de la multitud de descendientes que supuestamente tendrías? Ahora te pide que ofrezcas a Isaac en cenizas.

¿Puedes recordar tu juventud en Mesopotamia? ¿Recuerdas lo que los sacerdotes de ahí enseñaban sobre las personas cuyo cuerpo es quemado? Es el peor destino que hay, ¿lo sabías? Si esos

sacerdotes tienen razón, tu hijo sacrificado no tendrá una existencia futura en absoluto. ¡Desaparecerá!

¿Y qué hay de ti? Si no tienes descendientes, ¿quién te cuidará en el inframundo? Un hombre necesita muchos hijos que se aseguren de llevar ofrendas al templo en su nombre.

(Por favor no malentienda. No estoy sugiriendo que Abrahán necesariamente creyera todo lo que enseñaban los mesopotámicos sobre lo que sucedía cuando alguien moría pero, si estuvo repasando sus opciones, pudo preguntarse este tipo de cosas).

En un nivel más práctico, ¿qué hay de tus rebaños y manadas y otras fuentes de riqueza –producto de las bendiciones de Dios? Si no tienes un hijo que se encargue de tus cosas después de que mueras, ¿qué les pasará? ¿Qué testimonio duradero permanecerá para recordar la vida del hombre dedicado a seguir a Dios?

Lo que más me asombra del relato en Génesis 22 es que Abrahán no parece inquietarse cuando Dios le pide que sacrifique a Isaac. Es como si, mientras hace los preparativos para el sacrificio y el viaje, estuviera en trance. No muestra emociones. El hombre que se rió de Dios cuando éste le dijo que nacería Isaac, y que rogó con el rostro en la tierra por su hijo Ismael, ni siquiera hizo una mueca cuando Dios le informó que Isaac sufriría una espantosa muerte.

¿Acaso Abrahán se quedó paralizado? ¿Sintió que Dios lo había zarandeado por tanto tiempo, que ya no tenía caso molestarse por nada?

Los hijos de padres alcohólicos frecuentemente se retiran (mentalmente) a un mundo vacío donde no existan la pena o el dolor. Dado que sus padres actúan de forma impredecible, sus hijos aprenden a separarse de sus emociones para evitar ser lastimados. ¿Le sucedió eso a Abrahán esta vez? ¿Había visto sus esperanzas morir y resurgir tantas veces que ya nada le importaba?

En realidad, no. Aún espera muchas cosas de Dios, pero tenemos que leer más para descubrir cuáles y por qué. Pero antes debemos considerar la magnitud de la petición del Señor.

Para Abrahán, Isaac representaba la única evidencia tangible de que Dios existía y era digno de confianza. El patriarca salió de Jarán con una promesa en los bolsillos. Esperó once años para que

el nacimiento de Ismael le indicara que Dios planeaba darle descendencia. Luego, trece años después, el Señor le quitó esa indicación y la reemplazó con la promesa de que Sara sería la madre de Isaac. Después de otros trece años o más, Dios retiró a Ismael de su vida completamente y concentró el rayo de fe y evidencia con toda precisión en Isaac y solamente Isaac.

Durante los últimos doce años, la vida y la fe de Abrahán habían girado en torno a Isaac. Toda su alegría estaba centrada en la risa que Dios llevó a su existencia. El trayecto fue largo y difícil, pero al final parecía terminar en un lugar lleno de gozo.

Ahora esto. Ahora Dios dice: "Toma tu fe y la razón de tu confianza. Colócalas en el altar y quémalas. No dejes rastro: envíame todo en una espiral hacia el cielo".

¿Qué haría si todo aquello que fundamenta su fe desapareciera? ¿Qué hizo Abrahán cuando Dios le pidió que destruyera la evidencia?

Aceptó la tarea sin hacer preguntas.

¿Por qué?

Ahí está la respuesta, en la cima del monte Moria, pero no la encontraremos, a menos que acompañemos al amigo de Dios.

CAPÍTULO VEINTE

Moria

"Cuando llegaron al lugar señalado por Dios, Abraham construyó un altar y preparó la leña. Después ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces tomó el cuchillo para sacrificar a su hijo" (Génesis 22:9, 10).

Un hombre llegó a la cima de una montaña.

A la cima de una montaña, sin un lugar a dónde ir, excepto hacia abajo.

Nadie llega a la cima de una montaña deslizándose gentilmente por un riachuelo en un tranquilo día de verano. Tampoco se puede llegar sentados cómodamente en un sillón, en la comodidad de nuestra estancia. Para escalar una montaña se debe ir paso a paso, lenta y cuidadosamente.

Abrahán no llegó a la cima del monte Moria por el camino fácil. Había partido, cuarenta años antes más o menos, para seguir el misterioso llamado de Dios. Caminó con fe. Muchas veces sus pies fallaron. Cada vez que intentó avanzar por su cuenta, resolver él solo sus problemas o ayudarle un poco al Señor, aprendió que lo habían llamado para cumplir un propósito superior: confiar en Dios totalmente aunque no tuviera motivos.

Cada vez que puso su mano en la del Señor y caminó con fe, fue bendecido. De hecho, Dios lo bendijo aun cuando falló, y eso le enseñó algo sobre la fe y el Todopoderoso, que nunca habría aprendido de no haber cometido esos errores cruciales.

Dios no permitió que Abrahán lo perdiera todo, aun cuando éste comprendió mal el sistema de guía y trató de caminar solo, porque era su amigo y tenía una misión especial para él: su historia nos enseñaría el significado de la fe.

Existe también un cierto nivel de idealismo. No conocemos el relato completo -solamente los altibajos. Obviamente a Abrahán le sucedieron muchas más situaciones que ignoramos, y que sin duda fueron conflictos de fe.

He conocido personas que siguieron una visión idealizada,

creyendo que la recibieron de Dios, y que en mi opinión estaban muy lejos del camino correcto. Por un lado, quería advertirles que su visión tal vez no provenía de Dios, y quizá debían reconsiderar las cosas y vivir "normalmente". Por otro lado, sospecho que si yo hubiera conocido a Abrahán, le hubiera dado el mismo consejo -aún cuando sus decisiones fueran correctas- en repetidas ocasiones. ¿Cómo puedo saber lo que le conviene a los demás? Me parece que no soy muy capaz de hacerlo.

Mi propio trayecto espiritual ha tomado rumbos inesperados, y continúa. En retrospectiva, puedo ver que Dios me ha llevado a través de varias circunstancias, desde un lugar donde yo dudaba de su existencia, presentándome suficientes evidencias de mi error para que pudiera comenzar a vivir, buscando conocerle más. Después de revisar lo que yo escribí sobre Abrahán casi veinte años atrás, descubrí que mi propio concepto de Dios y lo que significa seguirle ha cambiado drásticamente con el tiempo. Ya no veo el mundo con los mismos ojos. Aun las lecciones que veo en la historia son diferentes, y creo que eso es bueno, porque un trayecto espiritual no es tal si lo dejas estancarse.

Quizá esto le sucedió a Abrahán cuando Isaac tenía unos dieciséis años. Superó numerosas pruebas y, con su fe intacta y el hijo prometido -hijo de su fe- a su lado, fácilmente podía comenzar a pensar que había llegado. Había alcanzado el máximo crecimiento espiritual que necesitaba. Estaba listo para el retiro, ¿no le parece? ¿No puede un hombre de cien años descansar un poco en sus laureles?

Dios tenía un último reto preparado para él. "Ahora que has aprendido a vivir creyendo en mis promesas y mi cuidado, coloca tu fe en el altar". Esa era una extraña petición para un Dios que se había esforzado tanto para enseñarle a Abrahán a tener fe. Había sido fecunda, y ahora debía devolverle su hijo al Señor.

¿Dónde está el cordero?

El hombre y su hijo subieron la montaña; el segundo llevaba la madera. Entonces vino la pregunta. "Isaac le dijo a Abraham: '¡Padre!' 'Dime, hijo mío.' 'Aquí tenemos el fuego y la leña -con-

tinuó Isaac–; pero, ¿dónde está el cordero para el holocausto?'" (Génesis 22:7.)

Isaac simplemente quería ayudar a su anciano y olvidadizo padre. Todo lo contrario: durante los tres días de viaje, Abrahán sólo había pensado en el cordero para el sacrificio. Y tenía una respuesta: "El cordero, hijo mío, lo proveerá Dios" (Génesis 22:8).

Si existía un trozo de fe que Abrahán deseaba que su hijo heredara, era éste: "Dios proveerá". Tuvo que viajar mucho para aprender esa lección y, recordando los pormenores del recorrido, reconoció que todo lo que tenía, incluyendo a su hijo, era resultado directo de la provisión del Señor. Ninguno de sus intentos por hacer lo correcto había sido tan productivo como la confianza pura en Dios. Abrahán no pasó su vida sentado en un sillón, esperando que su Señor lo hiciera todo. Estuvo siempre activo, pero sabía que todas las cosas buenas sucedieron por causa del Altísimo. Durmió con su esposa durante setenta y cinco años sin resultado, hasta que la promesa divina le dio un hijo. ¿Cómo podía Abrahán discutir con las evidencias que decían "Dios proveerá"?

Esta frase es interesante y ligeramente enigmática, pues significa "Dios proveerá" y, al mismo tiempo, "Dios verá". Agar conoció al Señor como "el Dios que me ve" cuando huyó embarazada del maltrato de Sara (Génesis 16:13). De vuelta en casa, debió contarle a Abrahán del "Dios que me ve", pero su hijo se llamó "Dios escucha". Años después, cuando Abrahán echó a Agar e Ismael, Dios abrió los ojos de la egipcia, para que viera el pozo que salvó sus vidas. Estaba claro para el padre de Isaac, que todo su clan estaba aprendiendo a interactuar con su propio Dios personal que ve y escucha, al que siguió fuera de Jarán.

Supongo que Abrahán quiso decirle a su hijo, "Dios se encargará", o tal vez, "Dios ya puede ver al cordero". Era una expresión de fe. Sabía lo que tenía que hacer cuando llegara a la cima del monte. A pesar de ello, en su corazón estaba seguro de que Dios no dejaría de proveer sólo porque el hijo prometido sería sacrificado.

¿Esto era la fe ciega de Abrahán? ¿Un salto al vacío? ¿O su confianza en alguien digno de ella?

Ese era el objetivo del viaje, y por eso culmina aquí. En el

comienzo del trayecto, Dios prometió *mostrarle* la tierra que sus descendientes poseerían, y había cumplido. Abrahán la *vio.* También le *mostró* al primero de sus hijos. Abrahán sabe que Dios puede ver el futuro. Entonces, ¿para qué preocuparse por ello? ¿Para qué discutir? ¿Qué caso tiene rogar? Dios pidió acciones, y eso tendrá.

Así marchó Abrahán a la cima de la montaña; no le habían respondido *todas* sus preguntas excepto las necesarias.

Lentamente construye un altar -algo que hizo en cada parada importante de su camino.

La Biblia omite cualquier conversación entre el padre y su hijo durante el ascenso. Ni siquiera explica cómo el viejo persuadió a su viril muchacho para que aceptara ser atado y colocado para morir.

¿Sucedió todo en silencio? ¿Estaba demasiado conmovido Abrahán para hablar, y su hijo demasiado extrañado para hacer preguntas? ¿Se habrán comunicado con gestos y expresiones faciales, mientras una sensación de temor y presentimiento descendieron al lugar que Dios le indicó a Abrahán? No lo sabemos, porque la única conversación registrada en este impactante momento de la historia tuvo lugar entre el hombre y su Señor.

Abrahán está de pie en la cima del monte, y desde ahí, sólo puede descender, a menos que levante sus ojos. Pero éstos no miran hacia arriba; contemplan la expresión corporal de la fe y la promesa; contemplan la única evidencia tangible de fe, y el cuchillo en su mano que debe acabar con ella.

Puede optar por volverle la espalda a su deber, desatar al chico y descender con él al valle pero, en cuanto levante a su hijo del altar, su fe morirá. Habrá cesado de seguir al Dios que vio por primera vez en Jarán para caminar solo de nuevo, perdido en un mundo sin fe.

Parecería que matar a su hijo destruiría su fe. Pero sabe que dejarlo vivir, cuando Dios le ordenó matarlo, aniquilaría su fe. Así que levanta su mano, aún mirando hacia abajo y, en el silenciosos momento antes de dar el golpe, escucha una voz del cielo. ¡Lo llama el mensajero de Dios! Y tiene un nuevo anuncio de su parte para el amigo de Dios: "No pongas tu mano sobre el muchacho, ni

le hagas ningún daño [...] Ahora sé que temes a Dios, porque ni siquiera te has negado a darme a tu único hijo" (Génesis 22:12.)

Abrahán cumplió su deber. Demostró que su fe la tenía en Dios, no en las cosas que éste provee. Que no dejaría de creer, aun cuando perdiera todas sus posesiones más preciadas en la Tierra.

Preguntas difíciles

Algo cuya comprensión resulta muy difícil para los no creyentes es por qué los creyentes se aferran a la fe a pesar de la terrible realidad del mundo: un lugar lleno de sufrimiento y dolor, donde miles de niños mueren diariamente por hambre, malaria, sida, desastres naturales, rechazo, abuso y tantas otras causas. Si existe un Dios en el cielo, ¿por qué no protege a los inocentes? ¿Por qué no bendice a todos los creyentes y los vuelve ricos como Abrahán? ¿Por qué aquellos que oran sufren tanto como aquellos que nunca piensan en Dios?

En el monte Moria, Abrahán responde todas las preguntas, diciendo que hay algo más en la vida que aquello visible que se pueda tener en las manos. Lo que realmente cuenta es saber que hay un Dios en el cielo, quien se preocupa por nosotros independientemente de que nos agraden sus decisiones o no. Saber que si usted abandona su fe, habrá desechado lo único que hacía que su vida valiera la pena. Que si olvida su trayecto espiritual, dejará verdaderamente de vivir. Que si deja de buscar al Dios superior a este mundo, renunciará a continuar ascendiendo y se deslizará hacia la perdición de todo lo demás.

La relación de Abrahán era con Dios, no con Isaac o sus rebaños o carpas. Era el Dios que lo llamó y le mostró el camino siempre. Mientras para algunos eso es "preocuparse demasiado por el cielo como para ser útil en la tierra", aprendió a vivir así a través de años de experiencia, intentando hacer las cosas a la inversa.

Tenemos a un Abrahán diferente al que salió de Jarán. Diferente gracias a sus vivencias y sus errores. Diferente por tantas ocasiones en que falló su confianza, y tantas otras cuando logró caminar con fe. Diferente por todas las veces que ignoró la voz de Dios, y todas las demás cuando escuchó. Diferente debido a los

años que pasaron, las cosas que vio, las personas que conoció y las batallas que libró. Sobre todo, era un hombre diferente porque aprendió a tener fe implícita, total y dispuesta en Dios que vive en el cielo, quien se preocupó por él y proveyó lo necesario para su bienestar presente y futuro, aunque no tuviera pruebas de ello.

Tenemos una tensión creativa en esta creencia. En el valle le dijo a sus sirvientes: "Quédense aquí con el asno. El muchacho y yo seguiremos adelante para adorar a Dios, y luego regresaremos junto a ustedes" (Génesis 22:5. La cursiva fue añadida). En la cima, ató al joven y lo preparó para su muerte.

Abrahán no sabía cómo podían suceder ambas cosas: el sacrificio de su hijo y el descenso del monte con él. Sólo sabía que Dios le prometió proveer un futuro a través de su hijo, y que no tenía caso dudar de su palabra. Entonces subió a la cima con toda la intención de obedecer la orden de Dios y presentarle los resultados. A veces así es la fe. Nos dice cosas que cuesta creer en el momento.

Esa es la verdadera fe. Pero también es una fe aterradora, porque todos hemos escuchado en las noticias, historias de personas que hicieron cosas extrañas y terribles porque creyeron escuchar un mandato divino.

La diferencia entre los Abrahán y los David Berkowitz del mundo, es que el patriarca pasó una vida entera aprendiendo a distinguir la voz de Dios, y ver las bendiciones que obtuvo cuando respondió a ella. No era un desequilibrado mental esquizofrénico. Era un hombre que puso a Dios a prueba una y otra vez, año tras año, y aprendió la diferencia entre las impresiones y los mensajes. Perseveró en su viaje por mucho tiempo, y el resultado fue una fe de la cual podía depender. Fe en un Dios en el cual podía depender –a pesar de sus extrañas peticiones.

El camino al monte Moria fue una continuación de la partida de Jarán. Abrahán no hubiera sido capaz de subir al Moria la primera vez que pasó por ahí, cuando iba de Siquén a Egipto. Dios lo guió a través de las experiencias que necesitaba para entrenarse y estar listo para la maratónica subida.

Así, Abrahán tenía casi 115 años cuando llegó a la cima –el momento era exacto en el horario de Dios. Al otro lado del valle se

encontraba el hogar de Melquisedec, pero ya no necesitaba un sacerdote intercesor. Tenía una relación íntima con el Todopoderoso. Cuando el mensajero celestial habló, Abrahán, quien contemplaba la evidencia de su fe, inmediatamente levantó la vista. "Abraham alzó la vista y, en un matorral, vio un carnero enredado por los cuernos. Fue entonces, tomó el carnero y lo ofreció como holocausto, en lugar de su hijo" (Génesis 22:13).

Ahí está: la evidencia de que tuvo razón al creer, aun cuando parecía que seguir su fe borraría el último vestigio de esperanza de su vida. Es uno de esos momentos *¡voilá!,* cuando la voz del cielo abre los ojos de una persona para que vea una cosa que había estado ahí todo el tiempo. Es un evento real y nos da una metáfora. Dios provee lo necesario para nosotros por adelantado, y eventualmente lo veremos.

Abrahán toma el carnero y lo sacrifica, y da por nombre a la cima del monte, "El SEÑOR provee". Estaba seguro de ello cuando subía la montaña. Ahora lo sabe con mucha certeza.

Alguna vez creí que el tema de la historia del sacrificio de Isaac era que Dios nos quita, nos pide renunciar a nuestras posesiones más preciadas. Abrahán ahora sabe que Dios da -un aspecto que resaltarían poderosamente un martillo romano y algunos clavos casi dos mil años más tarde, en la misma colina, donde Dios *"dio* a su hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna" Ouan 3:16. La cursiva fue añadida). Abrahán aprendió lo que necesitaba saber, y ahora puede descender del monte con su hijo.

El resto de la vida del patriarca es poco más que un corolario, aunque vivió otros sesenta años más o menos. En esa época, compró una pequeña porción de la tierra que Dios le prometió para sepultar a Sara. Encontró una buena esposa para Isaac y crió por su cuenta otra familia entera, pero la envió fuera de la tierra que Dios le prometió al hijo del pacto. Finalmente, después de seguir durante cien años al Todopoderoso, murió.

Sin embargo, el climax llegó en el monte Moria, donde demostró que confiaba en Dios explícita, implícita y totalmente. Su trayecto espiritual lo llevó a ese lugar. Nos ha desafiado a seguirle.

APÉNDICE

¿Cuándo sucedió todo esto?

r

n realidad, es posible tener una muy buena idea de cuándo • sucedieron los eventos recordados en la historia de Abrahán. Las costumbres y acciones descritas encajan mejor en los mediados de la época que los arqueólogos llaman la Edad del Bronce, es decir, entre el 2200 y el 1550 a. C.

Las genealogías listadas en el Génesis pueden ayudarnos a estrechar bastante el rango temporal, pero no proporcionan una fecha exacta del nacimiento de Abrahán. Basta con decir que probablemente vivió tantos años antes de Cristo como nosotros después. En un artículo de la *Biblical Arhaeology Review* (Revista de Arqueología Bíblica) de 1995, el reconocido egiptólogo Kenneth A. Kitchen defendió la historicidad de las historias de los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob, y sugirió que vivieron entre el 1950 y el 1 700 a. C. El eminente arqueólogo y cronólogo Siegfried Horn también sugirió que tal vez Abrahán nació alrededor del 1950 a. C.

Personalmente, todo esto me parece divertido. Puesto que yo nací en 1951 (d. C.), ¿por qué no usar el 1951 a. C. como el año del nacimiento de Abrahán? Si prefiere 1950 o el año en que usted naciste, por mí está bien; ¡no se lo discutiré! Sea cual fuere la fecha que le agrade, sólo recuerde que las partes principales de la historia probablemente sucedieron durante los años 1800 a. C.

No podemos determinar exactamente cuándo nació Abrahán porque la cronología bíblica antes de la época del rey David tiene muchas variantes, y las fechas no pueden fijarse con precisión. Sin embargo, los hallazgos arqueológicos y los registros escritos del siglo XIX a. C. confirman que en esa época era posible para un hombre como Abrahán realizar el mismo viaje, formar las mismas alianzas en Canaán, y llevar el estilo de vida descrito en su historia.

Los historiadores anteriormente pensaban que Abrahán era probablemente un contemporáneo del gran rey babilónico Hammurabi, quien es famoso por su código de leyes. Algunos

inclusive pensaron que tal vez Amrafel, rey de Sinar mencionado en Génesis 14, era Hammurabi. Los cálculos más aproximados ahora colocan al famoso rey de Babilonia en el trono unos cuantos años más tarde, en la primera mitad del siglo XVIII a. C., cuando la vida de Abrahán pudo acercarse a su fin.

Para poner esto en perspectiva, consideremos lo que sucedía en otras partes del mundo mientras Abrahán vivía. En la isla de Creta, la cultura minoica media estaba en apogeo. El gran palacio de Cnosos, famoso por su plomería interior con sanitarios superiores a cualesquiera otros construidos en Europa antes de la modernidad, estaba probablemente en construcción, mientras Abrahán vivía en una tienda cerca del encinar de Mamré. La cultura minoica se desarrollaría durante otros 550 años, antes de ser reemplazada por la cultura griega micénica. Transcurridos otros mil años, la cultura helénica florecería completamente en Atenas, en la era de Sócrates, Platón y Pericles.

Quizá doscientos años antes del nacimiento de Abrahán, el área que circundaba el Valle del Río Amarillo en China se unió bajo un gobierno único, conocido como la dinastía Hsia (o Xia). Duraría por lo menos 450 años, hasta ser desplazada por la dinastía Shang, la cual prevalecería durante casi siete siglos –cuando llegó Saúl, el primer rey de Israel. Hablando de Israel, Abrahán debió nacer casi mil años antes que Salomón, quien tomó el trono después de morir David, cerca del 971 a. C.

Egipto ya era una civilización antigua en la época de Abrahán, gobernada por la hoy llamada Duodécima Dinastía. Si el viaje de Abrahán a Egipto lo llevó a Gizeh, probablemente vio la Gran Pirámide, ¡que había existido ya por siete centurias!

En el Valle del Indo, parte del moderno Pakistán, una civilización conocida como la cultura del Harappa existía desde que las pirámides egipcias fueron construidas. Desapareció misteriosamente alrededor de doscientos años después del nacimiento de Abrahán.

En Inglaterra, los habitantes se reunían desde hacía varios siglos en un foso circular construido por el hombre, en el lugar conocido hoy como Stonehenge. El gigantesco círculo de piedras que hoy en día aún recibe muchos visitantes, quizá fue construido

más o menos cuando Abrahán edificaba su pequeño altar de piedra en Betel. La República Romana comenzó a existir mil cuatrocientos años más tarde, y el Imperio se fundó casi quinientos años después.

En el área que rodeaba Babilonia, el imperio acadio de Sargón I desapareció casi trescientos años antes del nacimiento de Abrahán. Más cercana, la Tercera Dinastía de Ur había expandido la influencia de la ciudad natal del patriarca, hasta controlar casi toda Mesopotamia, 150 años antes de que naciera el amigo de Dios. Dicha dinastía fue derrotada por los elamitas y amorreos cuando Téraj, el padre de Abrahán, era sólo un joven.

Probablemente se preguntará cómo concuerda todo esto con los registros genealógicos del Génesis. Mi Biblia solamente lista diez generaciones que abarcan 350 años entre la época del Diluvio y el nacimiento de Abrahán. ¿Cómo pudieron progresar todas esas civilizaciones, en tantas partes del mundo, en tan poco tiempo?

Quien estudie la cronología de las historias bíblicas tiene que considerar cuidadosamente preguntas como ésa. Personalmente, he llegado a la conclusión de que las listas encontradas en Génesis y otros libros bíblicos, son probablemente registros de lo "destacado". En otras palabras, en lugar de anotar a cada miembro de cada generación, la lista se enfoca en los nombres más importantes: aquellos que la gente recordaría, o que tuvieron una parte importante en la historia. Debido a eso, algunas generaciones no aparecen. Por ende, sumar los periodos de vida listados no necesariamente nos da una idea exacta de la cantidad de tiempo transcurrido entre el Diluvio y el nacimiento de Abrahán.

Si usted es norteamericano, pruebe esto: recite los nombres, en orden, de todos los presidentes que pueda recordar. ¿Recordó más de cuarenta? ¿Está seguro de que el orden es correcto? Y, por cierto, ¿mencionó también sus periodos de gobierno? Si es como la mayoría de las personas, probablemente no pueda recordar más de una docena; solamente a quienes tuvieron un impacto en la historia, como George Washington, Thomas Jefferson y Abraham Lincoln.

Me parece posible que la lista de Génesis sea similar. No

creo que Dios tuviera la intención de que las genealogías en la Biblia fueran usadas para formular una cronología de la historia terrestre. Las listas están ahí para recordarnos a los grandes personajes y sus obras, al igual que la lista de los grandes héroes de la fe en Hebreos 11.

Abrahán fue uno de esos héroes –quizá el más grandioso de todos–, y su historia es el comienzo de algo muy grande e importante. Se inició en Ur de los Caldeos, la cual muchos arqueólogos identifican con un sitio del río Éufrates, entre Babilonia y el Golfo Pérsico. En la época de Abrahán, Ur era una ciudad importante, pero no tan influyente como había sido algunos años antes, cuando fue la capital de la poderosa Tercera Dinastía de Ur, que gobernó la mayor parte del moderno territorio iraquí, y parte de Irán. Cuando Abrahán salió de Ur, Mesopotamia era controlada principalmente por dos ciudades vecinas: Isin y Larsa. No mucho tiempo después, las cosas cambiarían drásticamente a medida que Babilonia, desde el norte, aumentó su poder bajo el mandato de Hammurabi y conquistó un área mucho mayor que la gobernada por Ur –incidentalmente, un hecho que nos ayuda a señalar la época de Abrahán. La historia de Génesis 14 debió suceder antes que Hammurabi pusiera bajo su dominio a toda Mesopotamia, a mediados del siglo XVIII a. C. No confunda este reino babilónico, con el mencionado en Daniel y los libros históricos y proféticos de la Biblia. Ese imperio surgió mil trescientos años después, bajo el gobierno de Nabopolasar y su famoso hijo Nabucodonosor.

Existieron tres grandes imperios en torno a Babilonia o sus territorios vecinos. El primero fue el Imperio Acadio fundado por Sargón I (también conocido como Sargón de Acad, ciudad cercana a Babilonia que los arqueólogos no han podido identificar), cuya duración generalmente se limita al periodo 2371–2316 a. C. Hammurabi (1792–1750 a. C.) es el gobernador más conocido del Antiguo Reino de Babilonia, fundado alrededor del 1900 a. C., pero que no fue muy grande o poderoso hasta bien avanzado su reinado. Todo terminó en el 1595 a. C. El Nuevo Reino de Babilonia llegó a su apogeo gracias al padre de Nabucodonosor, aunque sólo duró unos cuantos años, del 626 al 539 a. C.

La vida de Abrahán encaja fácilmente en un periodo inter-

medio, cuando ninguna nación controlaba con fuerza las áreas a donde Dios lo llevó. Fue un momento oportuno, y Abrahán tuvo la fe necesaria para aprovecharlo.

Para mí es fascinante considerar la vida de Abrahán y otras historias bíblicas dentro de su contexto histórico –tan fascinante, de hecho, que pasé muchos años elaborando un conjunto de líneas temporales, que ilustran adecuadamente la historicidad de dichas historias. Si le interesa este tema, consulta mi página de Internet **www.biblelights.com** y observa los gráficos.

El trayecto a Moria

Cualquier jornada, por corta que sea, nos ofrece, en si misma, diferentes oociones. Especialmente cuano solo nos induce el placer o la aventura. Diferente es la situación cuando el recorrido tiene que ser hecho bajo circunstancias ajenas a nuestra voluntad.

La experiencia única y sorprendente del patriarca Abrahán, cuando realizó ese recorrido desde su hogar hasta la tierra de Moriah, nos llega en un lenguaje ágil y ameno a través de El Trayecto a Moriah.

Pero no solo es la experiencia histórica y personal del legendario personaje bíblico, sino que el autor nos induce a reflexionar en esos recorridos y sacrificios que cualquiera de nosotros tiene que hacer.

No necesariamente en el pedido que Dios hiciera a Abrahán, demandando el sacrificio de su hijo y heredero de la promesa, pero así como el patriarca pudo salir enriquecido y triunfante cuando culminó su trayecto, también nosotros tenemos la oportunidad de experimentar en nuestra vida, las maravillosas lecciones que Dios quiere ofrecernos en nuestros propios trayectos.

Ken Wade es reconocido por su habilidad para transmitir las ideas en un lenguaje comprensible a través de los libros que ha escrito, Actualmente se desempeña como guionista y productor de programas de radio y televisión para *La voz de la profecía*.

ISBN [illegible]